LIBROdot.com

Selgas y Carrasco, José

Nona : novela póstuma

Índice

Nona
Novela póstuma
Prólogo
Capítulo I
Puerilidades
Capítulo II
Cañizares y pachecos
Capítulo III
Las dos hermanas
Capítulo IV
La abuela
Capítulo V
El relicario
Capítulo VI
La sombra de la difunta
Capítulo VII
El alma de la casa
Capítulo VIII
Una fiesta popular
Capítulo IX
La mordedura de la serpiente
Capítulo X
El cofre de hierro
Capítulo XI
El paraíso
Capítulo XII
Adán y Eva
Capítulo XIII
Plan de campaña
Capítulo XIV
La caza del lobo
Capítulo XV
Fermín
Capítulo XVI
El sumario
Capítulo XVII
La velada

Capítulo XVIII
Al día siguiente
Capítulo XIX
Una por otra
Capítulo XX
Tres al saco
Capítulo XXI
Tragicomedia
Capítulo XXII
El locutorio
Capítulo XXIII
Drama

Nona
Novela póstuma

José Selgas y Carrasco

Prólogo

A Selgas, como escritor, no hay para qué recomendarle al público. Abeja literaria de aquellas para quienes se dijo Sic vos non vobis melleficatis apes, los editores de sus libros los han esparcido con tal profusión, que todo el mundo le conoce. Además, hay buenas firmas, de gran arraigo y responsabilidad en la república de las letras, que han garantizado el mérito sobresaliente de las obras de tan peregrino ingenio: Tamayo, Cañete, Alarcón, Pidal, nombres de sólido crédito, responden de que Selgas es una gloria nacional literaria; no se debe, pues, recusar la garantía de fiadores tan ilustres.

Pero la preciosa novela que con el título de Nona sale hoy a la luz pública, requiere un prólogo, siquiera haya de ser muy breve. Se trata de una nueva joya legada a la posteridad por autor tan esclarecido, y es bien que los lectores sepan, cuando menos, que Nona es obra póstuma, y que en ella resplandecen todas las eminentes cualidades de Selgas, sana intención, agudo ingenio, lenguaje puro y castizo, forma galana, espíritu penetrante de observación, y la fuerza descriptiva propia de quien, sabiendo pintar, estudiaba muy a fondo las costumbres.

Importa añadir que Nona ha sido hallada sin terminar entre los papeles de su autor, y que, si bien por estar en el secreto un amigo suyo, el desenlace de la novela es el mismo que Selgas tenía pensado, ha sido necesario escribir para darla a la estampa el último capítulo. Habiéndose distinguido Selgas, entre otras cosas, por su conciencia literaria, sería casi una mala acción exponerle a que se le imputen pecados ajenos.

Al frente de este libro quizás debiera ir el nombre del EXCMO. SR. MARQUÉS DE VALLEJO; el autor indicó en vida más de una vez su propósito de dedicárselo, y su intención de dirigirle en la Dedicatoria frases dictadas por un noble sentimiento. La muerte ha impedido a Selgas realizar aquel propósito; y como las efusiones de su corazón nadie sino él sabría expresarlas, habrán de suplir estas breves líneas lo que no está en nuestra mano hacer de otro modo para satisfacer su deseo.

Selgas ya no existe. Su talento, que tenía la facultad de enseñar y corregir deleitando, no puede ya producir nuevos libros que aumenten su gloria. Dotado de un afabilísimo carácter, no menos estimable y singular que su talento, derramaba en la intimidad, con la

profusión de quien, por lo inagotable de su caudal, no piensa en hacer economías, chistes y pensamientos profundos que, recogidos en un tomo, harían amenísima su lectura. Descanse en paz.

Para quien ha consumido sus días, como Selgas, enriqueciendo las bellas letras y defendiendo el orden social con sus escritos; para quien, habiendo sido dechado de honradez, luchaba incesantemente por medio del trabajo contra las dificultades materiales de la vida, la muerte es un triunfo, y al propio tiempo la tranquilidad y el reposo. Por algo ha dejado dicho en uno de sus inmortales tercetos al siglo XIX:

«Y a tal punto las cosas han llegado,
que hasta en la humilde casa en que se esconde,
tiembla el hombre de bien de ser honrado.»

E. G.

Capítulo I
Puerilidades

Doña María de la Paz Pacheco y su buen esposo D. Martín, último barón de la ilustre casa de los Cañizares, jamás fueron los amantes de Teruel, ni Julieta y Romeo, ni siquiera Pablo y Virginia.

Ella había visto a Martín desde los primeros años de su vida como la cosa más natural del mundo, ni más ni menos que como se veía a sí misma, sin que advirtiese prodigio ni portento alguno en que hubiese venido al mundo como es costumbre entre los mortales. Martín, por su parte, no distinguía en María de la Paz más que ojos bastante perspicaces para descubrir la primera manzana que maduraba en el árbol, y boca expedita para comérsela, porque, como buena hija de Eva, la manzana era su fruta predilecta.

Ambos se encontraron en el camino de la vida a poco de haber nacido, y ningún género de admiración y asombro se causaron al verse por primera vez; más bien pudiera creerse que se habían conocido antes de llegar a conocerse, que se habían visto muchas veces antes de verse por la vez primera. Juntos pasaron los primeros años de la vida, juntos corrían en las eras, juntos saltaban las acequias por donde el agua acude a regar los fecundos surcos de las huertas, y unas veces ella y otras veces él, según las circunstancias del caso, trepaban a lo más alto de los árboles en busca de los nidos que los pájaros esconden en lo más espeso de las hojas.

Eso sí, se daban sus citas, y es preciso convenir en que eran puntuales, sobre todo en esas hermosas tardes de primavera en que el cielo y la tierra se visten de gala para solemnizar la fiesta de la naturaleza con todo el esplendor que Dios ha concedido a los climas meridionales.

En esas tardes, apenas Martín volvía de la escuela y soltaba el libro en que empezaba a deletrear, provisto de una gran rebanada de pan moreno amasado en la casa y de buena ración de queso de la misma fábrica, salía como pájaro escapado de la jaula, y en cuatro saltos, entre bocado de pan y bocado de queso, se ponía en la misma esquina en que se doblaba la tapia del gran parador que formaba la parte posterior de la casa donde habitaban los padres de María de la Paz, y allí fruncía los labios de un modo particular, dejando escapar un silbido que cortaba el aire como una flecha. Y no caía en saco roto, porque a los dos minutos el postigo de la gran puerta del parador rechinaba bruscamente, y María de la Paz asomaba su cara risueña, veía a Martín apostado en la esquina, y se chupaba los dedos.

Debe advertirse que no era Martín el dulce motivo que ponía a María de la Paz en el caso de chuparse los dedos. Era que traía entre manos una soberbia rebanada de pan, también moreno y amasado en la casa, cubierta de abundante capa de miel amarilla como el oro, cogida en las colmenas de los juncales, antigua propiedad de los señores de Pacheco, situada en la falda del monte, donde las abejas tenían romeros a manta de Dios, y tomillos a qué quieres boca.

Una vez juntos, emprendían el camino de la Huerta, la cual se encontraba a doscientos pasos, al otro lado de las casas y tocando las tapias del pueblo. Allí aparecían una detrás de otra dos heredades, resguardadas por cerca de adobes sobre las que levantaban sus copas los árboles frutales, y asomaban sus ramos en revuelto desorden los rosales de cien hojas, los jazmineros dobles, las espesas pasionarias y las impacientes enredaderas, formando oleajes de todos colores. Estas dos heredades no eran más que dos huertos, dos canastillos de frutas cubiertos de flores, con sus altas palmeras que tendían en el aire las inquietas palmas, a modo de alas, como si quisieran volar, Dios sabe dónde.

El primer huerto pertenecía a los Cañizares, el segundo a los Pachecos, de manera que Martín y María de la Paz entraban en ellos como en su casa. Antes que llegaran, los perros del contorno salían a la vereda a recibirlos, ante todo porque el perro es amigo del hombre, y después porque olían el queso de Martín a media legua y el pan de María de la Paz a legua y media.

Así entraban, ya en uno, ya en otro huerto, y la primera operación de María de la Paz era coger la rosa más fresca, más grande y más encarnada que veían sus ojos, y prenderla de cualquier modo en su cabeza, sobre cuyos rizos negros llameaba la rosa como los relámpagos en las nubes en esas noches oscuras como boca de lobo que no se ven los dedos de las manos; luego cogía una pasionaria, que sujetaba en el doblez del pañuelo entre la garganta y la cintura, algo inclinada hacia el lado izquierdo, y corría en busca de su compañero; pero Martín no reparaba ni en la pasionaria ni en la rosa, porque las flores le importaban tres pitos. Además, toda su atención la absorbían los frutales, porque andaba buscando una fruta que se atreviera a decir «comedme».

Mas en punto a descubrir la más madura, María de la Paz se pintaba sola, y bien podía esconderse bajo siete estados de hojas, porque daba con ella en menos que canta un gallo. Sus ojos las descubrían, y las manos de Martín las alcanzaban, y una detrás de otra se las comían conforme las iban cogiendo. Cuando tropezaban con algún melocotón fugitivo, redondo como luna llena, encaramado en lo alto de las ramas, donde no era posible llegar, siempre encontraba María de la Paz una piedra, que ni hecha de molde, y que, puesta en las manos de Martín, iba derecha al grano, y el melocotón caía por su propio peso, como un pájaro herido en el aire. A esto le llamaban ellos «cazar al vuelo».

No era todo miel sobre hojuelas en las relaciones de estos dos personajes, pues solía haber entre ellos sus dimes y diretes, su dale que dale, y su erre que erre; y a dos menos tres andaban a la greña por guinda de más o guinda de menos. Mas no llegaba la sangre al río, en razón a que ella se ablandaba luego que veía el asunto mal parado, y él, después de haberse salido con la suya, cedía siempre; de modo que los dos quedaban contentos, él orgulloso del triunfo de su fuerza, ella satisfecha de obtener lo que deseaba; y la guinda o la manzana origen de la disputa pasaba al fin de las manos del uno a las manos de la otra.

Martín se la daba, diciéndole:

-¡Anda... fea!

Y María la tomaba con una mano, y limpiándose los ojos con el revés de la otra, se sonreía, contestándole a su vez:

-¡Hum!... ¡Tonto!

Después de esta borrasca, se serenaba el cielo, echaban pelillos a la mar, y vuelta a las andadas.

Así trascurrieron algunos años, sin que el tiempo se detuviera ni un momento a contemplar estas escenas infantiles, y ambos avanzaban en la senda de la vida en una misma dirección, aunque por distintos caminos; ella iba a ser mujer, y él empezaba a ser hombre.

Leía Martín con bastante desparpajo, y, según el maestro de primeras letras, leía en el filo de una espada. En cuanto a escribir, se lo encontraba hecho, y sus planas servían de muestra en la escuela. Por lo que hace a contar, tenía en la uña las cuatro reglas de la aritmética, y a mayor abundamiento era muy capaz de contarle los pelos al diablo.

No paraban aquí los progresos de su primera educación, porque el Sr. Cura, grande amigo de la casa de los Cañizares, lo había tomado por su cuenta, y quieras que no quieras, le metía en la cabeza velis nolis los elementos de la lengua latina, cierta tintura de geografía y algunas ideas generales, que, según el mismo Sr. Cura, no daban en piedra, de forma que el muchacho estaba en camino de llegar a ser casi un pozo de ciencia, tanto más, cuanto que había empezado a cobrarle afición a algunos libros de los que componían la biblioteca del Sr. Cura.

Por lo demás, saltaba como un corzo, corría como una liebre, montaba en pelo la yegua de su padre, y, en fin, donde ponía el ojo ponía la piedra. Martín se hallaba ya en esa edad crítica en que la voz indecisa entre el niño y el hombre no sabe a qué carta quedarse, y prorrumpe en notas desacordadas, como si el niño y el hombre hablaran a un mismo tiempo por la misma boca. Coincidían estas desafinaciones de la voz con esa primera sombra con que el bozo se anuncia. El hombre, pues, hecho y derecho estaba a la vuelta de un dado.

Para María de la Paz tampoco pasaba el tiempo a humo de pajas, pues sólo en un año había crecido los imposibles; y aunque la señora de Pacheco no era un portento de estatura, el caso es que la hija estaba ya tan alta como la madre, y como quien no quiere la cosa, hoy por mí y mañana por ti, uno por otro, María de la Paz iba presentando en su persona todo aquel conjunto de detalles que ocasionó en su día la perdición del mundo.

Aquella tez siempre tostada por el sol, empezaba a adquirir la blancura mate de los jazmines, empeñada en hacer resaltar lo negro de las cejas, de las pestañas y de los ojos; la boca se había recogido, como si adivinara que ya era preciso medir las palabras, y los labios, encarnados como dos cerezas, parecían como avergonzados de lo que callaban. Subía de vez en cuando a sus mejillas un ligero color de rosa, y casi siempre que esto le sucedía bajaba los ojos.

Un domingo que salían juntas de misa la señora de Cañizares y la señora de Pacheco, decía esta última:

-Hija mía, la vida es un soplo: no se sabe cómo se pasa el tiempo. Ahí tienes a María de la Paz: ayer jugando en los huertos como una chicuela, hoy mujer hecha y derecha. ¿Querrás creer que ya le está pequeño de todo el corpiño que le hice para la feria? Nos echan del mundo. Yo, ya casi abuela. Ya ves: ¡para lo que falta!

-¿Y vienes a mí con esas (dijo la señora de Cañizares), cuando el varal de Martín no se sabe dónde va a parar? ¡Parece mentira! Como el invierno se nos echa encima, le he achicado una capa de su padre; pues mira tú: no he tenido que cortarle ni un dedo.

Las excursiones a los huertos se fueron disminuyendo poco a poco, hasta que se acabaron del todo, porque María de la Paz no salía, ocupada cerca de su madre en los quehaceres de la casa, y Martín iba a paseo con su padre y con el señor Cura, o cogía la escopeta y andaba a tiros con las perdices del monte, o sacaba la yegua y corría la Ceca y la Meca.

Pero algunos días de fiesta las familias de entrambos pasaban la tarde, ya en un huerto, ya en otro, y allí volvían a encontrarse Martín y María de la Paz.

En una de esas tardes, Martín descubrió en lo alto de un peral un nido.

-¡María! -gritó desde el pie del árbol.
-¡Qué! -contestó ella.
-Ven... Un nido.
-¿De qué? -preguntó.
-De jilgueros.
-¡Ah! (exclamó ella, llegando al peral.) ¡Jilgueros!... ¡Yo que ando muerta por uno!...

Y olvidándose en aquel momento la niña de la mujer, se abalanzó al árbol, y comenzó a trepar, valiéndose de todos los recursos gimnásticos que los muchachos emplean en estos casos. No necesitó grandes esfuerzos para encaramarse sobre la cruz que formaban los dos brazos en que se partía el tronco del peral; mas no era eso todo lo que se necesitaba para cantar victoria, porque el nido estaba mucho más alto, y era preciso escalar uno de los brazos para poder cogerlo con la mano.

Martín contemplaba la agilidad de su compañera, sin interés y sin curiosidad: ¡Ya se ve!: la había visto tantas veces trepar a las copas más altas, que el espectáculo que presenciaba no le ofrecía novedad ninguna. En cuanto al éxito, era seguro; el nido caería en sus manos.

María de la Paz no se acordaba en aquel momento de que Martín estaba al pie del árbol siguiendo con ojos atentos todos los accidentes de la ascensión. Además, ¿qué podía importarle? ¡La había visto tantas veces subirse a los árboles, que su presencia allí no era ninguna cosa extraordinaria! Mas es lo cierto que ella no veía más que el nido, el nido a dos palmos sobre su cabeza, medio cubierto por las hojas, dentro del que aleteaban los polluelos, como si creyeran que era su madre la que se acercaba.

María, pues, sin encomendarse a Dios ni al diablo, tiró sus líneas, recogió un poco la saya que embarazaba sus movimientos, y puso el pie sobre el nudo de un vástago, elevándose como en el aire. Era el momento supremo, puesto que sus dedos casi tocaban al nido; pero momento en que a Martín, que no quitaba ojo, le entró tal tentación de risa, que, sin poderse contener, soltó la carcajada.

La muchacha volvió la cabeza sorprendida, y viendo a Martín que se reía como un descosido, se puso encarnada como una amapola, y sujetando la saya como Dios le dio a entender, se echó abajo de un solo salto. Martín seguía riéndose, haciendo a la vez muchos visajes: cualquiera hubiera creído que había visto el cielo abierto.

Ella, cada vez más encendida, lo miró con enojo, diciéndole:
-Martín... ¡Vaya una gracia!

Y dejándolo con la risa en la boca, echó a correr, abandonando el nido de los jilgueros que tan locamente había deseado.

Capítulo II
Cañizares y pachecos

No hay que darle vueltas: donde quiera que haya dos hombres, uno será más que otro, y, si no lo es, querrá serlo; y si no alcanza a conseguirlo, tratará por lo menos de aparentarlo. Tal es el origen de todas las aristocracias, y esta propensión es tan propia de la naturaleza humana, que serán inútiles cuantos sacrificios se hagan por destruirla.

Los Cañizares provenían de muy ilustre ascendencia. Oriundos de Andalucía, no desmintieron nunca su linaje, peleando en los tiempos de la Reconquista, unas veces contra el rey moro de Granada, otras veces contra el rey cristiano de Aragón, según caían las pesas, pero siempre con gran gloria de su nombre y crédito de sus hazañas. Descienden nada menos que del famoso Lope Cañizares, insigne andaluz que fue alcaide

de la torre de Cartagena, en Algeciras, en los tiempos ¡friolera! del rey D. Pedro de Castilla, el Cruel según unos, y según otros el Justiciero.

Sobre la gran puerta del caserón de los Cañizares se ve aún el escudo de piedra toscamente labrado, y son sus armas un campo de gules con ocho aspas de oro por orla. Calcúlese ahora si la familia de Martín tendría puestos sus cinco sentidos en el abolengo de la casa, y si en punto a pergaminos se las mantendría tiesas al lucero del alba.

Remachaba el clavo de sus humos nobiliarios una circunstancia tradicional en la familia, que consistía en que nunca había contraído vínculos de parentescos matrimoniales más que con familias de noble linaje. Así se ve en el árbol genealógico sucederse la descendencia, propagándose por medio de alianzas siempre dignas de su alta alcurnia, unas veces con la casa de Rocamora, otras con la de Aroca, después con la de Ponce de León, luego con la de Montijo, más tarde con la de López de Moratalla, y por último con la de Pérez Monte y con la de Almela, todas nobles por los cuatro costados.

Es verdad que los Cañizares habían venido a menos por lo que hace a bienes de fortuna, por causas que no es del caso relatar en este momento, y que, reducidos al beneficio de no muy pingües rentas, vivían apartados de las grandezas del mundo casi en el último rincón de la tierra, pegados al terruño, para conservar, junto con el honor de la familia, la poca hacienda que había quedado de su antigua opulencia. Eran, pues, labradores, y vivían entre el cielo y la tierra, ejerciendo la más noble, la más generosa, la más antigua de las industrias humanas, pero sin olvidar ni un momento que eran Cañizares.

Martín formaba a la sazón el último anillo de tan ilustre abolengo, y se hallaba ya en la edad en que urgía pensar seriamente en la mujer que debía encargarse de prolongar la gloria de la estirpe, facilitando a la casa nuevos sucesores. La señora de Cañizares habría dado un dedo de la mano porque su hijo abrazara la carrera eclesiástica, y se le hacía la boca agua pensando en verlo canónigo, y se chupaba los dedos ante la idea de oírle un sermón, uno sólo, en cambio siquiera de tantos como ella le echaba todos los días. Pero el sueño de su ambición se desvanecía ante la necesidad de perpetuar el nombre de la casa, idea fija, inamovible del señor de Cañizares; y ¡ya se ve!: como Martín era hijo único, y la buena señora estaba ya fuera de combate, puerta se cerraba a toda esperanza, a no ser que Dios hiciese un milagro semejante al que hizo con Sara. La idea, pues, del canónigo sólo se presentaba a su imaginación como un bello imposible.

No obstante, le sonreía cierta dificultad que se ofrecía al matrimonio de su hijo con mujer digna del caso; porque ¡vaya V. a buscarle novia al último de los Cañizares en un pueblo de cuatro casas, ni en veinte leguas a la redonda! Y no era cosa de correr el mundo en busca de una madre ilustre, cuyos hijos no habían nacido todavía. Mas eran cuentas galanas, porque con la obcecación propia de todos los deseos tenaces, la señora de Cañizares no contaba con la huéspeda, y la huéspeda le estaba sacando los ojos.

Allí, a dos dedos de su propia casa, dos calles por medio, casi en sus barbas; más aún: en la intimidad de su trato, estaba la familia de los Pachecos, tan linajuda como la de los Cañizares, y tan en ello, que no daban su brazo a torcer en punto a pergaminos ni al más pintado. El mismo señor de Cañizares, que tenía al dedillo la antiquísima alcurnia de los Pachecos, solía decir alguna vez, aunque en voz baja, que un Pacheco valía tanto como un Cañizares.

Nada menos que en tiempo de Julio César era ya noble y principal la familia de los Pachecos. Su primer ascendiente, Junio Pacheco, fue enviado por César contra los hijos de Pompeyo que sitiaban a Ula, hoy Úbeda, por ser buen caballero, natural de aquella tierra y muy respetado en toda ella, de forma que su alcurnia empieza, digámoslo así, saliendo por los cerros de Úbeda. La estirpe apareció luego en Portugal, donde los descendientes de Junio Pacheco fueron ricos hombres y señores de Ferreira. Un Pacheco se crió con el rey D. Alfonso de Portugal, y fue de los que por mandato del Rey hicieron

matar a doña Inés de Castro, casada en secreto con el infante D. Pedro, hazaña cuyo honor no he podido averiguar todavía.

En fin: los Pachecos fueron Maestres de Santiago, Alcaides, Gobernadores, Regidores, Capitanes de Guerra, Procuradores, cuanto había que ser; y los restos de la familia, lo mismo que los de los Cañizares, ostentaban sobre la puerta principal de la casa el escudo de su preclara nobleza en campo de plata con dos calderos jaquelados de rojo y dos órdenes de escaques también rojos. Así constaba en la ejecutoria, pues el escudo puesto sobre la puerta de la casa era de yeso ennegrecido por la intemperie, sin más color que el que da el tiempo, desportillado en muchas partes, sobre el que flotaban como cortinas rasgadas finísimas telas de arañas, siendo el hueco del casco casa solariega de una larga generación de gorriones, que la heredaban de padres a hijos.

Como se ve, los Pachecos podían escupir por el colmillo y mirar frente a frente a los Cañizares, cosa que al padre de Martín le parecía de perlas, y como hombre que no se duerme en las pajas, había resuelto a sorbo callado emparentar con los Pachecos, llevando in péctore la futura novia de su hijo; y he aquí la huéspeda con que no contaba la madre del canónigo.

El buen Cañizares vio acercarse el momento oportuno de tirar la manta y descubrir el pastel de su intento, y aunque no cejaba nunca en sus propósitos, consultaba con su mujer hasta los asuntos más arduos, porque los Cañizares habían sido siempre corteses con las damas:

-Juana (le dijo un día): estos cincuenta y ocho años que llevo encima no han caído en saco roto.

-No tanto (le contestó ella, mirándolo atentamente); porque aún se te ríen los huesos y no te faltan chicoleos para las mozas cuando llega el caso.

-¡Mal año! (exclamó el señor de Cañizares.) Mucha mies y poco trigo. Pero vamos al grano: el muchacho ya es hombre, y hay que pensar en casarlo.

-¡Ave María! (exclamó a su vez ella santiguándose.) No lo corren moros. ¿Y qué sabe él de eso? Mejor lo vería canónigo. ¡Vaya una prisa! Déjalo que vea mundo.

-¡Mundo! Ahí está el quid, Juana.

-¿Y cuál es el quid, Diego?

-El quid es siempre el mismo. Si ve mundo, se me encalabrinará con la primera que le guiñe los ojos, y tendremos a Periquillo hecho fraile.

-Fraile no (replicó la señora de Cañizares). ¿No sabe latín? Pues bien: que sea canónigo.

-Muy bien, señora (dijo Diego Cañizares). Pero entonces, ¿a dónde voy yo a buscar la descendencia de mi casa? ¿Quién, después de Martín, va a llevar el nombre de la familia? Juana, has pensado muy tarde en tener un hijo canónigo, puesto que no tenemos más que un solo hijo.

Juana se mordió los labios, sin duda por no decir lo que tenía en la punta de la lengua. Sabía muy bien la buena señora que no era suya la culpa.

-Bueno (dijo al fin); cásalo. Pero dime: ¿te ha caído la novia por la chimenea?

-Sí. Hace tiempo que la tengo escogida en la casa de los Pachecos.

-¡Una Pacheca! -exclamó la madre de Martín.

-Justo (insistió su marido). Familia ilustre, con escudo de armas y ejecutoria. ¡Pachecos!, ¿eh? ¡Cuántos quisieran! ¡Es una novia de cajón, y el matrimonio se cae de su peso! A mí me gusta el llanto sobre el difunto; así es que te vas a echar el manto, y un pie detrás de otro, vas a ir a la casa de la viuda de Pacheco, y lisa y llanamente le pides la mano de María de la Paz para el último descendiente de la casa de los Cañizares.

Antes de que la madre de Martín tuviese tiempo para replicar, el padre había desaparecido, dejando como una orden terminante sus últimas palabras, orden que se

hacía preciso cumplir al punto y al pie de la letra, porque D. Diego era así, condescendiente, bonachón, pero testarudo, y, sobre todo, ejecutivo.

Mientras la buena mujer se echaba encima la basquiña de alepín de los días que repican recio y el manto de las grandes solemnidades, un mundo de inconvenientes se levantaba en su imaginación, porque ella era también así, humilde, bondadosa, pero viva de genio, y, sobre todo, tenaz como la gota de agua que taladra la piedra.

La primera dificultad que se le ofrecía era que la viuda de Pacheco torciera el gesto y la echara de gran señora, porque al fin la hacienda de los Cañizares no era ninguna cosa del otro mundo, y la Pacheca podía muy bien pensar para su hija en algún príncipe destronado, y eso que entonces la especie no se hallaba tan propagada como ahora; pero ¡vaya V. a ponerle puertas al campo! La segunda dificultad consistía en que a María de la Paz se le hubiese puesto en el moño otro matrimonio, y, por último, quedaba el recurso de que Martín se hiciera de pencas, y a lo menos se ganaría tiempo.

Dando vueltas a estos pensamientos, llegó a la casa de la viuda, encontrándose las puertas de par en par abiertas, como si estuvieran esperando su visita. Subió uno a uno los anchos peldaños de la escalera, y al llegar al último, se encontró manos a boca con la viuda, que también parecía que la estaba esperando, aunque de toda confianza, porque la Pacheca llevaba ceñido a su ancha cintura un delantal de los que llaman allí de dos azules, y las mangas del vestido remangadas hasta el codo, y un manojo de llaves en la mano, que ni las de San Pedro.

-¡Válgame Dios, Juana! (dijo la Pacheca.) ¡Tú por aquí!... Y mira cómo me encuentras. ¡Ya se ve!: las amas de casa no tenemos más remedio que estar sobre un pie, porque si no, todo se haría sal y agua, y el ojo del amo engorda al caballo. Aquí me tienes que acaban de llegar los cuatro labradores que tenemos en el campo; vienen por simiente, porque dicen que la tierra la está pidiendo a gritos, y ha sido preciso abrir el granero y la despensa, porque esos hombres algo han de cenar. Y comen que es una bendición. ¡Qué bocas!...: no tienen suelo. ¡Pobrecillos!; trabajan mucho, y quieras que no quieras, he tenido que empezar el último jamón de este año. Pero, ¿qué aires te traen tan de tiros largos?...

-Tenemos que hablar a solas -le dijo la de Cañizares.

-Entra, entra (añadió la viuda, abriendo una puerta que tenía a la mano). Aquí hablaremos lo temporal y lo eterno sin que lo entienda la tierra.

Las dos entraron. Era el cuarto que servía de despacho a la Pacheca. Una mesa, un armario, cuatro sillas, todo de pino, y un gran tintero, era todo el menaje del cuarto. Allí despachaba la señora de Pacheco los asuntos de su casa; allí recibía a sus labradores, hacía sus ajustes, tomaba sus notas y llevaba sus cuentas.

-Vamos (siguió diciendo). Siéntate, y habla; desembucha, porque me tienes en brasas.

-La cosa es muy seria (dijo la señora de Cañizares). Hazte cuenta que a Diego se le ha metido en la cabeza la idea de casar a Martín.

-Muy bien pensado (añadió la viuda), porque al fin no se ha de quedar para vestir imágenes.

-Y me envía (continuó Juana), a pedirte la mano de María de la Paz para su hijo.

La señora de Cañizares se dejó caer sobre el respaldo de la silla, como quien descansa de penosa tarea, y al mismo tiempo la Pacheca se irguió cuanto pudo, frunció ligeramente la boca como quien medita, entornó ligeramente el ojo derecho como si se dijera algo a sí misma, echó sobre la mesa el manojo de llaves que tenía en la mano, y comenzó a bajarse las mangas del corpiño que conservaba remangadas; después cruzó las manos sobre su abundante cintura, y volviéndose a su amiga, le dijo:

-Malo es que a tu marido se le haya metido eso en la cabeza, y si es así, casorio tendremos. ¡Qué vamos a hacerle! Mi María le da media vuelta a la casa en menos que

canta un gallo, y sabe sacar jugo de una piedra. Martín no bailó en Belén, y entrará por el aro. Los dos son nobles hasta la pared de enfrente; pan no ha de faltarles, conque... a la iglesia, y santas pascuas. Éste es el mundo.

-Sí (replicó la madre de Martín, mordiéndose los labios). Pero, ¡ya ves!, ¡son tan jóvenes!

-Miren qué falta les puso... Pues qué, ¿no han de casarse hasta que tengan nietos?

-Bueno (insistió Juana); pero no se ha de matar al sastre en una hora. Dejemos que se traten, que se conozcan.

-¡Ave María Purísima! (exclamó la Pacheca.) Pues, mira, hija mía, si ya no se conocen de pe a pa, no sé cuándo diablos van a conocerse.

Era pleito perdido, o más bien matrimonio hecho, y la señora de Cañizares salió de la casa despidiéndose para siempre de la tenaz imagen de su soñado canónigo. El tonto de Martín se casaría como un borrego, y María de la Paz, ¡qué había de hacer más que casarse! ¿Saben hacer otra cosa las mujeres?

Mas no era todo oro y azul en el asunto, porque el demonio, que no duerme, había cogido la ocasión por un cabello, y andaba haciendo de las suyas. Era el caso que desde la intempestiva risa de Martín al pie del peral, en el momento en que María de la Paz iba a coger el nido de jilgueros, ésta había calado el capote, y no le pasaba Martín de los dientes adentro. Huía de él cielos y tierra, y de seguro allá en su pensamiento le hacía la cruz, ni más ni menos que si viera al demonio en persona.

Daba la fatalidad de que Martín desde aquella misma tarde no veía a María de la Paz una vez sin que, viniera o no a cuento, dejara de soltar la misma carcajada, y la muchacha volvía a ponerse encarnada como rosa de mayo, y aunque bajaba los ojos, como si quisiera echar un velo sobre su alma, bien claro dejaba ver que la procesión andaba por dentro. Y esta ojeriza iba subiendo de punto, porque Martín, una vez tentado de la risa, andaba siempre tras de María de la Paz, sin dejarla ni a sol ni a sombra, sin más fin que el de echarle la vista encima y soltar la carcajada. Siempre que se veían ocurría lo mismo; él echaba a vuelo las campanas de sus risotadas, y ella, como si acabara de bajarse del peral, se le encendía el rostro y se mordía los labios, como si quisiera coserse la boca.

Como se ve, había entre los dos poco menos que un abismo, y era muy de temer que María de la Paz se pusiera en lo firme y contestara a la petición de los Cañizares con unas calabazas como templos. Si la Pacheca advirtió alguna vez la aversión de su hija al último vástago de los Cañizares, no debió darle importancia, porque al día siguiente de la petición llamó a María, y como la cosa más natural del mundo, le dijo:

-Muchacha, vas a casarte.

-¿Con quién, madre? -preguntó.

-Con Martín Cañizares -le contestó la señora de Pacheco.

María de la Paz se puso encarnada al oír el nombre del que se le destinaba para marido; pero en vez de morderse los labios, los dejó sonreírse.

-Bueno (dijo). Me casaré con Martín.

Esta resolución inesperada, ¿fue pura obediencia o propósito de antemano concebido? Jamás se supo. Ello es que la noticia se esparció por el pueblo, corrió por la huerta, y llegó hasta los últimos límites del campo, sonando de boca en boca como el anuncio de un fausto suceso. Porque, ¡ya se ve!; la unión de las familias habría de celebrarse con toda la pompa propia del caso: Cañizares y Pachecos echarían la casa por la ventana, y habría pan largo para todos los pobres. Así como así, la cosecha había sido a pedir de boca, y los graneros estaban reventando de trigo.

Cada uno quería llevar a la fiesta el óbolo de su alegría, y en la casa de los Cañizares, como en la casa de los Pachecos, no se daba abasto a recibir presentes. Corderos recentales, cabritos mamones, cántaras de aceite, de vino y de leche, orzas de aceitunas

adobadas con limón, hinojo y sal, ollas reventando de arrope espeso y oloroso, tortas amasadas con manteca y escarchadas de azúcar, o bañadas en miel; pasas sazonadas en racimos a la sombra de los parrales, higos curados al sol y al aire como Dios cría las flores. Y a todo esto, en los corrales de una y otra casa entraban, como Pedro por su calle, las gallinas que todo lo escarban, los pollos que todo lo pican, los gallos que todo lo cantan; pavos impasibles, conejos del campo y perdices del monte. Aquello era el fin del mundo.

Los labradores y los colonos de una y otra familia se habían dado de ojo y echaban el resto.

La boda no se hizo esperar: al amanecer ya estaban los novios en la iglesia; allí confesaron y comulgaron, el cura les echó la bendición, y quedaron unidos para siempre. Desde allí pasó la comitiva a la casa de los Pachecos; la comitiva era todo el pueblo. Mesa en el parador, mesa en la cocina, mesa en la sala principal de la casa; no faltó cubierto para nadie, porque cuando la viuda de Pacheco abría la mano, había para todos.

Con el fin de hacer más popular la boda de su hija, dispuso que ésta vistiera un vistoso traje de aldeana. Así es que la reina de la fiesta estaba hecha un ascua de oro, y se llevaba detrás, primero los ojos y después las voluntades. Y la cosa no era para menos, porque lucía un zagalejo de color de naranja, bordado en terciopelo, que después de ceñir la estrecha cintura, dejando adivinar los contornos de la cadera, bajaba en copiosos pliegues hasta el tobillo, para que pudiera verse un pie pequeño, encerrado primero en una media de seda calada y luego en un zapato de raso blanco, desde donde los ojos podían remontarse a las más locas conjeturas. El talle se descubría íntegro encerrado en un corpicho de terciopelo, abrochado con botones de plata, dentro del que el pecho oprimido hacía esfuerzos inútiles por escaparse. Las mangas, ajustadas hasta la muñeca, no disimulaban ni uno siquiera de los bellos contornos del brazo. Añada V. a esto un pequeño pañuelo de crespón bordado
en oro, intentando cubrir la garganta, dos grandes arracadas de plata con diamantes, alhaja inmemorial de la familia de los Pachecos, dos grandes rizos negros como el ébano sobre las dos sienes y una gran trenza doblada y sujeta sobre la cabeza, cuya parte inferior caía sobre la espalda, como cae la noche sobre el día; y añada V. un par de ojos meridionales, dos cejas que ni pintadas, y una boca como un clavel que empieza a abrirse, sobre una cara blanca, blanquísima, como Dios hizo la nieve, y dígaseme si la novia no estaba en punto de caramelo.

Sentada en la parte principal de la sala, mirando a hurtadillas, sonriendo con media boca, y hablando en voz baja, con la cabeza ligeramente inclinada sobre el pecho, se la veía como quien espera; mientras Martín iba y venía, entraba y salía, subía y bajaba, como quien busca.

Llegó el momento en que, según costumbre antigua en el pueblo, los convidados hacen sus regalos, depositándolos en la falda de la novia. Allí se echa de todo, dulces, flores, abanicos, pañuelos, dinero, todo... El cura empezó, echando un pañuelo de seda de muchos colores, que llevaba atada a una de sus puntas la friolera de una onza de oro. Hecha la recolección de los regalos, empezaron los bailes; baile en el parador, baile en la cocina, baile en la sala; las guitarras, las bandurrias y las castañuelas sonaban a la vez en las tres partes: el mundo se venía abajo; de allí a la gloria.

No se sabe cómo los novios desaparecieron, cosa bien natural, puesto que estaban de pie desde el primer canto del gallo, y ya era tarde, y a Martín se le caía el cuerpo a pedazos.

Al otro día por la mañana, María de la Paz Pacheco de Cañizares se levantó temprano, dejando a Martín dormido como un gusano de seda. La cara de la novia, de suyo pálida, apareció ligeramente sonrosada, los ojos como nunca brillantes y la boca risueña como nunca. Mientras Martín dormía, ella tomó posesión del manejo de la casa. Ya muy

entrado el día, apareció Martín restregándose los ojos con los puños, tropezando con los quicios de las puertas, y arrastrando los pies como si cada uno le pesara una arroba. María de la Paz lo vio, y acudió a él, le quitó las manos de la cara, y mirándolo fijamente, le dijo:

-Ahora, Martín, ya puedes reírte todo lo que quieras.

Capítulo III
Las dos hermanas

De la manera que sucintamente queda relatada, se unieron en las personas de Martín y María de la Paz las ilustres familias de Cañizares y Pacheco. Y no se dirá que tan ruidosa boda vino a ser el término de un drama interesante, ni siquiera de un tierno idilio. No hubo entre ellos más promesas que las que mutuamente se hicieron al pie del altar, y puede decirse que no fueron novios más que el día de la boda. Después de haber pasado la vida juntos, se encontraban al volver la esquina del matrimonio como si nunca se hubieran visto, como dos pájaros en el aire, como dos nubecillas en el cielo, como dos flores en un mismo tallo. Nada tenían que confiarse de la vida pasada; ni deseos ni esperanzas, ni celos ni desdenes. El amor empezaba en ellos precisamente donde tantas veces acaba; empezaba en el mismo día de la boda.

Ningún esfuerzo tuvieron que hacer aquellos corazones para acercarse y para unirse; vírgenes uno y otro, nada tenían que descubrirse ni nada que ocultarse; el último Cañizares y la última Pacheca se encontraban sin haberse buscado; nunca pensaron en casarse; pero una vez unidos por el vínculo del matrimonio, se hallaban como el pez en el agua, y se veían como hechos el uno para el otro, sin haber caído antes en la cuenta. La poesía enfermiza, escéptica, llorona y patibularia de nuestros tiempos pasaría junto a esta pareja sin advertirla, porque la estética trascendental que nos domina necesita como primera materia algún crimen que justificar, alguna pasión desordenada que enaltecer, algún vicio siquiera que redimir, ni más ni menos que si las deformidades morales fuesen ya el único objeto del arte y el único encanto del genio.

Como no hay en el mundo dicha cumplida, antes de que terminara el año de la boda, la madre de Martín cayó enferma; y aunque la dolencia no presentó síntomas alarmantes, ella se dio por muerta, y aprovechando una ocasión oportuna, atrajo hacia sí a María de la Paz, que no se separaba de la cama, y le dijo:

-Mira, hija mía; éste es el mundo: hoy uno y mañana otro. Óyeme: tú eres buena, y Martín es un cordero; yo lo quería para canónigo; pero Dios ha dispuesto otra cosa, y está en buenas manos. A ti te lo encomiendo; eres su mujer; sé también su madre, porque los hombres no acaban nunca de ser niños. Háblale de mí todos los días para que no me olvide..., y guarda esas lágrimas, porque empiezas a vivir ahora, y ya verás si tienes en qué emplearlas. Ahora, con mucho disimulo, le dices al señor cura que entre, y nos dejas solos.

Cuando el buen Cañizares se enteró de que su mujer estaba resuelta a morirse, se llevó las manos a la cabeza, exclamando:

-¡Malo!... ¡Malo! La conozco, y si se le ha metido en la cabeza, lo hará. Lo de siempre...: hay que engañarla.

Y, dicho y hecho, se entró de sopetón en el aposento de la enferma, diciendo:

-¡Válgame Dios, Juana! ¿Qué prisa es ésta? ¿Te parece a ti que no hay más que decir ahí te quedas, mundo amargo? Espérate; pronto vamos a ser abuelos, y yo no me he de quedar aquí para simiente. Vamos, di: ¿qué locura es ésta?

Juana alzó los párpados que la muerte empezaba a cerrar, y miró a su marido con triste sonrisa: la afligía dejarlo, y al mismo tiempo se alegraba su alma al ver en los ojos del Sr. de Cañizares dos lágrimas como dos garbanzos: aquel sentimiento era su consuelo. Así, hasta el último momento de la vida, suelen acompañarnos la alegría y la pena.

Sin duda comprendió la enferma que debía abreviar tan doloroso trance, y oprimiendo ligeramente la mano de su marido, que tenía asida, cerró los ojos para siempre.

-¡La Unción! -dijo el señor Cura.

Y todos los circunstantes rodearon la cama, cayendo de rodillas.

Salió el duelo de la casa, y se extendió por el pueblo, y el luto se esparció por toda la comarca, pues los colonos y labradores de las dos familias pusieron en sus vestidos negras señales de tristeza.

-¡Ha muerto! -decían unos.

-Sí (contestaban otros); pero ha muerto como una santa.

Cañizares sollozaba como un chiquillo, y siempre decía lo mismo:

-¡Terca! ¡Terca! (exclamaba.) Es la primera jugarreta que me ha hecho en veinticinco años de matrimonio... No ha querido esperarme... Bien; quiere decir que yo apretaré el paso. ¡Qué he de hacer yo solo en este valle de lágrimas! ¡Parece mentira!: es la única vez que no he podido engañarla.

Todas las tardes daba su vuelta por el cementerio, unas veces solo, otras con el señor Cura, otras con su hijo y con el señor Cura. A los tres, vestidos de negro, se les veía al oscurecer salir del campo santo, lo mismo que tres sombras. Se había advertido que el viudo iba muy deprisa y volvía muy despacio; y el pueblo, que encuentra siempre el nombre propio de las cosas, le había puesto el novio de la muerte.

Y, en efecto, Cañizares iba deprisa hacia el cementerio; en su genio pronto y ejecutivo no cabían dilaciones; había dicho que apretaría el paso, y lo apretaba. Nada hacía para no vivir, solamente esperaba a la muerte, y como no llegaba pronto, él iba a buscarla todas las tardes.

Un día llamó a su hijo, y poniéndole las manos sobre los hombros, lo miró fijamente, diciéndole:

-Martín, no olvides nunca que eres Cañizares. Ese nombre que honradamente recibí de mis padres y honradamente te confío, te obliga a ser mejor que los demás hombres. Eres noble por los cuatro costados; pero ten siempre presente que los pobres son tus hermanos. El que tiene hambre tiene tanto derecho como tú al pan que te comes. Ésa es la ley que Dios nos ha impuesto. No adules al poderoso, porque te envileces; no ultrajes al desvalido, porque te infamas. Los que labran tus tierras, y vendimian tus viñas, y trillan tus mieses, son, como tú, hijos del que todo lo ha creado; no los oprimas, no los estreches, no los angusties, porque sus brazos son tu sustento. Los despilfarros arruinan; pero la avaricia será siempre odiosa. Eres fuerte, te sobran puños y no te falta corazón; ayuda al que trabaja, y ampara al menesteroso. La ley divina nos obliga más que las leyes humanas; primero Dios, y luego el Rey, porque antes has sido hombre que súbdito. Respeta para ser respetado. No
imites jamás el ejemplo de esa nobleza opulenta que se degrada en las disipaciones de las grandes ciudades; es árbol seco que no da ya ni sombra; es la plebe de la antigua nobleza. Si deshonras mi nombre, te maldeciré, sea donde quiera donde me encuentre, y tu madre no será bastante a taparme la boca. Cañizares siempre, nunca palaciego.

Dicho esto, abrazó a su hijo y le volvió la espalda, limpiándose los ojos con el revés de la mano.

La muerte, que se había llevado a Juana, vino al fin por Cañizares, y ella, que los había separado, los unió de nuevo en el cementerio bajo la humilde bóveda de una misma sepultura.

Y el caso es que a la Pacheca le entró también la nostalgia de la otra vida; y aunque aseguraba que estaba resuelta a vivir hasta el último día de su vida, siempre andaba a vueltas con el otro mundo. Alguna vez se desprendían de sus ojos lágrimas como cuentas de rosario; pero la habitual jovialidad de su semblante no se alteraba, ni su apetito disminuía, ni su salud daba señales de tener con la vida resentimiento alguno.

En esto María de la Paz dejó entender que un ser desconocido y nunca visto, que hacía nueve meses llevaba ella en su pensamiento, llamaba con cierta prisa a las puertas del mundo, y cate V. a la casa toda puesta en movimiento. Unos suben, otros bajan, entran y salen, van y vienen. Los amigos llegan, los vecinos acuden. Cada uno trae su receta, su amuleto, su reliquia; la vela de San Ramón arde delante de una estampa del Santo; y en medio de dudas, de temores, de esperanzas, todos se miran y todos esperan.

-¿Cómo va? -pregunta una vecina que llega.

-A escape -le contesta otra vecina que sale.

-¡Silencio! -dicen de repente.

Y en medio del silencio se oye un gemido, el gemido de un esfuerzo supremo; y después resuena distintamente el llanto de un niño. Todos respiran.

-¿Qué es? -preguntan desde fuera.

-¿Qué ha de ser? (contestan desde dentro.) Una niña como un ternero.

La ansiedad se convierte en gozo, en plácemes, en bendiciones y en alegría: sólo el que nace llora.

El bautizo se hizo sin fiesta, porque las casas de los Cañizares y de los Pachecos estaban de luto; pero tan triste circunstancia no impidió que la iglesia se llenara de gente. La madrina levantaba el velo que cubría a la recién nacida, y las mujeres se arremolinaban alrededor por verla, y se santiguaban llenas de asombro, porque jamás habían visto una criatura más hermosa.

Tenía los grandes ojos negros de su madre, una boca como un madroño, y una blancura que excedía a la de la misma nieve.

-Es muy hermosa (decía una mujer del pueblo contemplándola). Dios la bendiga; pero está muy seria. No parece que ha venido al mundo muy contenta.

-Yo de su madre (añadía otra), hubiera hecho hincapié en que fuese muchacho.

-¡Toma, toma! (replicó una tercera.) Al que le dan no escoge; y todo se andará, que en buenas manos está el pandero.

Por lo que hace a la viuda de Pacheco, reventaba de satisfacción, y no ocultaba su alegría, diciendo a boca llena a todos los que querían oírla:

-Aquí me tienen Vds.; ya soy abuela.

Desde este momento, se puede decir que la viuda desapareció del siglo; entregó a su hija las llaves de los graneros, de las despensas, todo el pequeño archivo de sus cuentas domésticas y de sus apuntes caseros, y renunciando a la actividad previsora de ama de casa, que había sido la única vanidad de su vida, se consagró al cariño y al cuidado de la recién nacida. Abdicó en su hija para no pensar más que en su nieta.

Muchas veces, sentada junto a la cuna y meciendo a la niña dormida, hablaba sola y se decía a sí misma:

-¡Vaya V. a entender estas cosas! Un ángel del cielo deteniendo a una pobre mujer en la tierra. Porque, eche V. por donde quiera, yo me encontraría muy a mis anchas a la hora presente descansando de la barahúnda de este mundo; pero, ¿quién se muere cuando esta cara de serafín me sale al camino y me corta el paso? ¡Vamos!: sea lo que Dios quiera; no hay más remedio que seguir viviendo.

En rigor no puede decirse que la abuela se rejuveneciese por la especial virtud del nacimiento de la nieta; pero era indudable que había retrocedido muchos años en su vida, y que, sin perder las señales exteriores que el paso del tiempo iba marcando en su

persona, bien dejaba traslucir que había vuelto a la primera edad. El alma, sobreponiéndose a los deterioros del cuerpo, parecía también que acababa de venir al mundo; todos sus pensamientos eran infantiles; habría dado la mitad de su hacienda por un juguete, y la mitad de su vida por una sonrisa de aquella niña, que, avara de sus gracias, sonreía muy pocas veces. Pasaba las horas muertas meciéndola en su anchuroso regazo, enseñándole con incansable paciencia el pon, pon, o cantándole los cuatro lobitos. Sus conversaciones con la nieta eran interminables. ¡Qué cosas le decía! ¡Qué cosas le contaba! Y para hacerse entender más fácilmente, le hablaba en esa media lengua con que los niños balbucean las primeras palabras.

Adivinaba sus deseos, y se anticipaba a sus caprichos. Eran dos niñas, una que empezaba a envejecer y otra que empezaba a vivir. De esta manera se unían la mañana que despunta y la tarde que cae, la infancia que florece y la ancianidad que se deshoja, la cuna y el sepulcro. La niña se llamaba Aurora; Cruz la anciana.

La munificencia de la abuela no conocía límites: le otorgaba a manos llenas las más altas jerarquías, los más grandes honores, los títulos más retumbantes. Era ángel de gloria, estrella de la mañana, reina, princesa, emperatriz, grano de oro, rayo de sol, mañana de abril, botón de rosa... Y si el entusiasmo subía de punto, añadía unas veces madre del cielo, y otras, hija del Obispo. La niña atraía ciertamente las miradas con su belleza y los corazones con su inocencia; pero la pasión de la abuela por la nieta se imponía a todas las voluntades, y no había más remedio que adorarla, complacerla y bendecirla. Aún no hablaba, y ya era el oráculo de la familia, porque todos estaban pendientes de sus sonrisas o de sus lágrimas; aún no tenía deseos, y ya ejercía el imperio de sus caprichos. La niña lo resumía todo; no había otra cosa de que hablar en la casa, ni otra cosa que ver en el pueblo; traía al mundo revuelto; desde que había nacido, nadie vivía.

Martín dirigía la doble hacienda de las dos casas, reunidas en una misma familia; y María de la Paz, puesta al frente de los quehaceres domésticos, era a la vez madre de familia y ama de llaves. El último descendiente de la ilustre casa de los Cañizares no se desdeñaba de presenciar las faenas del campo, de ayudar con sus propias manos a los trabajadores, de sentarse a la mesa de sus colonos, de partir con ellos el pan, la fatiga y el descanso. Era el padrino nato de todos los bautizos y de todos los matrimonios de sus labradores; dirimía sus contiendas, apaciguaba sus enemistades, socorría a los enfermos y acompañaba a los muertos hasta dejarlos en la sepultura. María de la Paz, por su parte, hacía más que todo eso: le quitaba el pecho a su hija para dárselo al primer pequeñuelo que lloraba en la cuna lejos de su madre; así es que les seguían por todas partes cariño, bendiciones, respeto y alabanzas. Eran los señores feudales de aquellos corazones sencillos; reinaban, en
fin, por un derecho, cuya legitimidad no será jamás discutida.

A los dos años de haber nacido Aurora, según decía la abuela, ya estaba otra vez la pelota en el tejado; y si María de la Paz no daba un cuarto al pregonero, tampoco hacía empeño en ocultar que, en efecto, había moros en la costa. Fue preciso despechar a Aurora, que aún mamaba; la abuela no podía llevar con paciencia esta usurpación, y hablando con la nieta, le decía:

-¡Qué padres tienes, hija! ¡Qué padres! ¡Vaya una prisa de traer a la casa quien te quite el pan de la boca!

La noticia de que iba a aumentarse la familia no sorprendió a nadie; la cosa se caía de su peso, y se esperaba; solamente la abuela no contaba con que había de venir un nuevo vástago a disputarle a Aurora el privilegio de ser única, y llamaba a su hija madrastra precisamente porque iba a ser dos veces madre.

¿Qué sería? En este punto se hallaban conformes todos los deseos, y había unanimidad de pareceres. Un Cañizares era lo que hacía falta en la casa; después de una niña, un niño; ¿qué cosa más natural? Eso se ve todos los días; y, ¡es claro!: los hombres van siempre detrás de las mujeres. Era un niño sin duda ninguna; las doctoras en esta materia habían descubierto señales inequívocas, y una gitana, viendo a María de la Paz, había dicho: «Buena estrella; el sol nace después de la aurora.» Con semejantes datos se tenía por cosa segura que sería niño el huésped que se esperaba. A Martín le sonreía la idea de un muchacho sano, fuerte y robusto a quien legar su nombre; María de la Paz se gozaba en su interior pensando en un pequeño Cañizares, que había de ser forzosamente el vivo retrato de su padre; hasta la misma abuela, visto lo inevitable del caso, prefería que su preciosa nieta tuviese un hermano más bien que una hermana.

De tejas abajo estaba decidido que el segundo fruto de este matrimonio había de ser varón; ninguna ley de la naturaleza se oponía a ello, y lo era ya por aclamación. Aún no había nacido, y ya se buscaba el nombre con que había de ser conocido en el mundo; y como lo que se busca con más afán no es lo que más pronto se encuentra, se repasó muchas veces el almanaque, sin que se diera con un nombre a gusto de todos.

De repente corrió por la casa la fausta noticia. «Ya está ahí», dijo uno, y «ahí está», repitieron todos.

En efecto: los gemidos de un llanto sin consuelo anunciaron que un nuevo ser acababa de entrar en el mundo.

Pero ¡qué desencanto!... No era varón; ¡era otra niña!... Martín se encogió de hombros, como quien dice «¡paciencia!»; María de la Paz la acogió en su regazo y la aplicó a su pecho, como diciendo: «¡Bah!... También es mi hija.» Y en aquel momento, oyendo la abuela llorar a Aurora, salió en su busca; y rodeándola con sus brazos, como si quisiera defenderla de alguna desgracia, la besó, diciéndole:

-No, hija mía, no llores; tú sola eres mi nieta.

A las gentes de la casa parecía que se les había caído el alma a los pies. Experimentaban el desaliento que origina el desengaño. «¡Otra niña! ¡Ni al demonio se le ocurre!... Esto va a ser un convento de monjas.»

-¿Qué nombre se le pone a la recién nacida?

-¡Nombre! Uno.

-¿Cuál?

-Uno cualquiera. ¿Qué más da un nombre que otro?

Se consultó al Almanaque; había nacido en el día de San Bernardo, y se la bautizó con el nombre de María Bernarda.

Es verdad que la segunda hija de Cañizares no era tan hermosa como la primera; en este punto la ventaja de Aurora resultaba incontestable, y la abuela se complacía en hacer ver la diferencia a todo el mundo. ¡Pobre niña! ¿Qué daño había hecho para ser recibida con tanto despego? ¿Comprendía ella algo del efecto que causaba su presencia? Seguramente no; pero es el caso que su boca sonrosada sonreía a todo el que la miraba. Las sonrisas que su hermana escaseaba tanto, ella las tenía siempre en la boca.

Un día, la niñera encargada del cuidado de Bernarda la acercó a Aurora, que jugaba sobre las rodillas de su abuela. Las dos hermanas se encontraron frente a frente, y la menor tendió los brazos como si quisiera abrazar a su hermana, sonriendo con la más dulce sonrisa de su boca. Aurora la miró fijamente, frunció su infantil entrecejo, y, tendiendo la mano, agarró la mejilla de su hermana, clavando en ella sus uñas diminutas. Bernarda hizo un puchero, y rompió en amargos sollozos: la niñera la apartó bruscamente, diciendo sin poder contenerse:

-Niña mala... ¡Mire V. qué gracia! ¡Lástima de azotes!

-¡Hola! (exclamó la abuela.) ¡Cómo se entiende! Tú tienes la culpa, por haberla acercado. ¿Qué sabe ella lo que se hace?

Aurora miró a su abuela, y señalando a su hermana, dijo en su media lengua:

-Nona, Nona.

-Sí, princesa (añadió la abuela). Llora, llora: es una niña muy llorona.

Desde entonces siempre que Aurora veía a su hermana la señalaba con el dedo, diciendo: «Nona, Nona»; y esta palabra, muchas veces repetida, llegó a ser un nombre, dejando Bernarda de ser Bernarda para ser Nona. ¡Desventurada criatura! Parecía que la abandonaba hasta el Santo de su nombre.

Capítulo IV
La abuela

Digámoslo sabiamente: no hay solución de continuidad. El género humano se empalma por generaciones, y no acaba una sin que esté ya en el mundo la que ha de sucederle, y aquí se halla el único orden que los hombres no han podido trastornar todavía, sin que se haga uso, para conservarlo, de más fuerza que la fuerza de una ley que es inviolable, pura y simplemente porque es indiscutible. De la cuna al sepulcro: he ahí todo el camino que ha andado la especie humana en el corto espacio de seis mil años.

Por lo tanto, no es posible andar mucho tiempo por el camino de la vida sin tropezar una vez, y caer para siempre. Por triste que nos parezca el caso, ello es que la sepultura abierta va siempre delante de nosotros, como un asilo que, más tarde o más temprano, ha de recibirnos. No hay manera de salvar ese pequeño abismo; y, échese por donde se quiera, siempre vendremos a parar en la muerte.

La abuela de Aurora no se hallaba exenta de esta contingencia; pues si bien la hermosa nieta había podido contenerla por algún tiempo en las inquietudes de la vida, es lo cierto que no poseía el singular privilegio de eternizarla sobre la tierra. Es muy posible que, sin abandonar del todo la idea del otro mundo, la buena Pacheca hubiera aplazado el tránsito inevitable para una época más lejana, a lo menos para la época en que Aurora, adornada con todas las galas de la juventud y de la belleza, pudiese contraer un matrimonio digno de su ilustre ascendencia. En tal caso, sólo habría pedido una corta prórroga, la necesaria para recibir en sus brazos al primer hijo de su adorada nieta.

Pero, ¡ya se ve!, el cuerpo se cansa también de la asidua tarea de la vida; y como no le es permitido suspender el trabajo continuo de vivir, ni por un momento, para cobrar nuevas fuerzas, llega un día en que desfallece, la sangre comienza a circular lentamente por las venas, los músculos pierden la elasticidad que es su fuerza, los ligamentos se aflojan, los jugos, manantiales misteriosos de la vida orgánica, se agotan, late el corazón más despacio, como si no quisiera llegar tan pronto al término del viaje, las principales funciones de la máquina se entorpecen; y como si se hubiese aumentado poderosamente la atracción del centro de gravedad, los pies se arrastran, las manos pesan, las rodillas vacilan, el cuerpo se encorva y la casa amenaza ruina.

No se hallaba la Pacheca en este extremo que marca una edad avanzada; pero desde el nacimiento de Aurora había abandonado la actividad de la mujer casera. Aquel subir y bajar de la despensa al granero, del parador a la cocina; aquella tarea continua de los quehaceres domésticos era su vida, y al recluirse cerca de la cuna de la nieta, parecía que había renunciado voluntariamente a seguir viviendo. Para la Pacheca, el mundo era su casa, el reposo era la muerte.

La inacción en que vivía minó poco a poco el edificio de su salud; empezó a experimentar la pesadez del cuerpo que pierde fuerza, y quieras que no quieras, se fue

apoderando de ella esa postración que viene a ser la muerte sin acabar de perder la vida, esa especie de intervalo que suele establecerse entre morir y ser enterrado. En aquel cuerpo, cada vez más inerte, se había reconcentrado la vida en un solo sentimiento. Aurora: he ahí la gota de aceite que mantenía aún viva la llama en la lámpara de su vida.

Pero ¡qué diablura! Aurora había cumplido ya seis años, su corazón y su entendimiento empezaban a agitarse dentro de su ser, y, ¡vamos!, no era la viuda el objeto especial de su pensamiento. Por un instinto cruel de la vida, huía de su abuela, como si hubiese advertido en ella las primeras sombras de la muerte. Semejante al pájaro que ha probado la ligereza de sus alas, abandonaba el árbol inmóvil que lo había acogido, dejándole en memoria el triste recuerdo del nido vacío.

La Pacheca, en vez de quejarse, la disculpaba; la seguía con su corazón y se resignaba a no verla más que en su pensamiento, porque la nieta, ligera como una mariposa, se escapaba siempre de las pesadas manos de su abuela, lo mismo que los pájaros se escapan de las jaulas. No se ocultaba a su ciego cariño el fruncido entrecejo de Aurora cuando pretendía retenerla algunos momentos a su lado, y al besarla tomaba la precaución de cerrar los ojos para no ver a la nieta limpiarse apresuradamente la mejilla donde se había estampado el beso de la abuela.

Esta ingratitud, digámoslo a la moderna, inconsciente, era como echar leña al fuego, porque servía de pábulo al cariño de la Pacheca, por ese nuevo atractivo que adquieren a nuestros ojos las cosas que nos abandonan.

Ella decía:

-¡Qué ha de hacer!... ¿Se ha de convertir a los seis años en Hermana de la Caridad? ¿Qué culpa tiene de que yo no pueda correr y saltar como ella corre y salta? ¡No faltaba más, sino que al cabo de mis años me hiciera yo verdugo de esa hermosa criatura que empieza a vivir!

Reflexionaba así a sus solas, como si dijéramos de puertas adentro, queriendo convencerse a sí misma de la razón de sus propias palabras. Algo sentía en el fondo de su corazón que le hacía hablar de esa manera; alguna voz oiría resonar en lo íntimo de su alma que la obligaba a salir a la defensa de Aurora. Y hablaba así con enojo, con toda la cólera de que era capaz su alegre y pacífica naturaleza.

María de la Paz pasaba junto a su madre las horas que las ocupaciones de la casa la dejaban libres, y solía echar de menos a Aurora, y preguntaba por ella.

-Déjala (le decía la abuela). Estará regando las macetas de la terraza, es su juego favorito. Le gusta estar sola: ¡ya se ve!; como que no tiene compañera.

-No es cariñosa (advertía la madre): es más bien arisca. Tengo ese sentimiento. No juega con las niñas de su edad, como hemos hecho todas.

-¡Dale! (replicaba la abuela.) Es formal; sabe más que la justicia; no se le escapa nada. ¿Qué quieres? ¿Que se pase el día desgreñada por esas calles de Dios apedreando perros con los muchachos de la vecindad, hecha un marimacho? Tú, como has sido de la piel del demonio, crees que no se pueden tener pocos años sin andar encaramada en los perales cogiendo nidos. No te rías ahí a sorbo callado, ni te pongas colorada, porque eso es lo que has hecho toda tu vida.

-Bueno (insistía María de la Paz). Eso está muy bien; pero ¿cuántas veces ha entrado hoy a verla a V.?

-Ciento y la madre (se apresuraba a decir la abuela). ¡Ya lo creo! No deja la ida por la venida.

María de la Paz movía entonces la cabeza en señal de duda, y la abuela añadía enojada:

-¡Cómo! ¿No sé yo lo que me pesco? ¡Cuidado con decirle una palabra más alta que otra! Yo soy la que la echa de aquí, la que le prohíbe que venga; es dócil, y obedece: si el pájaro vuela, es porque yo misma le abro la jaula.

La excelente mujer del difunto Pacheco no había mentido en su vida, porque aquel corazón, sano como una manzana, nada tuvo jamás que ocultar a nadie; pero entonces mentía, en razón a que se pasaban los días enteros sin que Aurora apareciera por el cuarto de su abuela.

En cambio no se echaba de ver que Nona, en cuanto ponía los pies en el suelo, corría a ver a la madre Cruz, se acercaba a la cama, y empinándose sobre las puntas de los pies, presentaba las mejillas y recibía en su boca siempre risueña un beso indiferente, casi inadvertido, un beso de cajón, uno de esos besos que quieren decir: «Bueno; está bien; hasta mañana.» Tampoco se advertía que la pequeña Nona se deslizaba por el cuarto de la madre Cruz, se sentaba en el suelo al pie de la cama o al pie del balcón, y allí se pasaba las horas enteras haciendo y deshaciendo muñecas con los trapos inútiles que recogía en la casa, hablando sola en voz tan baja, que nadie la oía, como si se la hubiese impuesto el más riguroso silencio. Y cuando la abuela se quejaba al hacer algún movimiento, Bernarda abandonaba sus muñecas, y salía a todo correr, diciendo: «Madre Cruz no duerme.»

Nadie hacía alto en estos pormenores, ni la abuela misma reparaba en ellos, pues nunca los puso en boca. ¡Y quién sabe si los inocentes cuidados de Nona la mortificaban, haciendo resaltar, no precisamente la ingratitud, pero sí el desvío de Aurora! El cariño no suele ser ciego porque no ve, sino porque cierra los ojos para no ver. ¡Quién sabe si la buena Pacheca veía en la presencia asidua de Bernarda una acusación contra Aurora!... Mas no penetremos en estos abismos del corazón humano.

Ello es que la viuda partía su vida entre la cama y el gran sillón de vaqueta que arrastrado junto al balcón del aposento le dejaba ver el cielo que se perdía a lo lejos por detrás de los tejados de las casas vecinas, al otro lado de las huertas coronadas de árboles que se extendían por la llanura y más allá todavía, sobre los contornos de la sierra que en airosas ondulaciones cortaban la bóveda azul del horizonte. Desde allí distinguía la señora de Pacheco, en medio de la vida de la naturaleza, las cuatro paredes del cementerio, dentro de las que se levantaban las cruces de las sepulturas con los brazos abiertos en señal de redención y de misericordia, al mismo tiempo que los cipreses erguían sus copas solitarias, como dedos fantásticos, señalando en la inmensidad de los cielos la eternidad de la vida. Allí acudían, saltando en incesante movimiento, los astutos gorriones que anidaban en los aleros de los tejados de toda la vecindad, atraídos por las migajas de pan que la
abuela les echaba sobre el piso del balcón. Antes de la hora acostumbrada para estas diarias prodigalidades, el balcón se cubría de pájaros, y unos subían y otros bajaban, iban, venían, y piando como quien llama, parece que querían decir: «¡Eh, abuela; ya estamos aquí!» Pronto se estableció entre la enferma y los pájaros la más íntima familiaridad. Ella los maltrataba diciéndoles: «Pícaros, que no dejáis flor a vida, ni fruta sana, ni sementero en paz, ni granero tranquilo. Tomad, hambrones: ¡lástima de gracia de Dios que os metéis en el buche!» Ellos no replicaban; pero si los dedos torpes de la madre Cruz tardaban en desmenuzar el pan, los más audaces solían picarlo al vuelo en sus propias manos.

Medio oculta detrás del sillón, con los ojos de par en par, y la boca risueña, solía Nona presenciar estas escenas, muda e inmóvil para no espantar a los pájaros que la miraban con recelo, como quien no las tiene todas consigo, porque estos diablillos emplumados, como les llamaba la abuela, no sabían distinguir bien la diferencia que existe entre un gato y un niño.

Así pasó la primavera de aquel año, llevándose el secreto con que da vida a tantas generaciones de flores, y llegó el verano con sus mieses doradas a fuego por el ardiente sol que ilumina el cielo de los climas meridionales. Y comienza la siega, y mientras las espigadoras buscan las espigas abandonadas en los surcos del rastrojo, la mies, cargada

en carros, que rechinan sobre las cansadas ruedas, es conducida a la era. Los pares dispuestos para esta faena relinchan, la parva se tiende y la moza más resuelta se planta en el trillo, derecha y firme como una estatua, lanzando sus yeguas impacientes sobre las ondas de la mies extendida. Aquello es verla y no verla; da vueltas incesantes con rapidez fantástica: se creería la aparición de una hada, si el aire que hace flotar su zagalejo de rayas azules no descubriera de vez en cuando el contorno de una pierna desnuda, redonda y maciza, asegurando que allí no hay más que una mujer de carne y hueso. Sus ojos brillan animados por la
rapidez de la carrera, su boca sonríe como una granada que se abre, su voz canta, su mano tostada por el sol hace crujir el látigo, y pasa arrebatada por la circunferencia de la era lo mismo que una flecha.

Los mozos han enganchado también sus trillos y se arrojan en su seguimiento; la buscan, la envuelven, la rodean, la estrechan, pero ¡bah!, todo es inútil: ella se escapa por el ojo de una aguja. No hay manera de cortarle el paso, porque se revuelve como un torbellino, y en el momento supremo les vuelve la espalda, dejándolos burlados; entonces se ríe a carcajadas, y con la mayor inocencia del mundo canta una copla que es toda malicia. ¡Vamos!, no pueden con ella. Y el caso es que cuando no la siguen, los incita, y cuando no la buscan, los provoca, porque lo mismo sobre un trillo y a la intemperie, que sobre ricas alfombras y bajo el artesonado de los salones, la mujer es siempre Eva. Y entre tanto su voz es la que mejor canta, su látigo el que más cruje, y su trillo el que más vuela. Y a todo esto el sol abrasa, el aire quema, y el grano, libre de la cárcel de la espiga, se esconde presuroso bajo la paja despedazada.

También pasó el verano, y el cielo comenzó a coronarse con las primeras nubes del otoño. A la siega siguió la cogida de la aceituna, que ya empezaba a caerse de los olivos, y a la trilla siguió la vendimia; la vida de las eras se trasladó a las almazaras y a los lagares, y al mismo tiempo la reja del arado surcaba la tierra, preparándola para la siembra. Martín no tenía un momento de reposo. Presenciaba todas estas faenas, y estaba a la vez en todas partes. La gente apetecía su presencia, porque significaba siempre más pan en las meriendas, más vino en las comidas, más vida en los bailes. A su vez, María de la Paz no se estaba mano sobre mano. Con su pañuelo de seda de vivos colores rodeado a la cabeza, con los brazos desnudos hasta más arriba del codo, con un delantal blanco como la nieve, con su cara risueña, con sus pies ligeros, ya aparece en el granero, ya en la despensa, ya en la bodega. Ella misma amasa el pan que han de comerse sus labradores, y la ilustre
descendiente de Junio Pacheco no se desdeña de servirles la comida y escanciarles el vino. Recibe a los que llegan con una nube de preguntas, y despacha a los que se van con un diluvio de encargos.

-¡Hola, Melchor!; ¿y tu hija?-Periquillo, entra el carro.-¿Cocea aún la Torda? ¿Cuándo te casas?-Aquí está Bartolo hecho una bola: ¿qué buena vida, eh?-Tío Bellido, ¿ponen mucho las gallinas?-Juanote, ¿conque te guiña el ojo la Tuerta? ¿Se come bien? ¿Se baila mucho?-¿Cuándo se hace dos la Roja?

Al despedirlos les dice:

-Mira, los del lagar que se laven bien antes de pisar la uva.-Toma estos bollos para los muchachos; esa torta de manteca para la viuda del Cano.-Dadle este hato a la Roja para lo que nazca.-A la tía Receta que le den una fanega de trigo, que es pobre y está vieja.-Oye, Benito: que me rieguen el huerto.-Al amo que se cuide, que no duerma al relente, ni al sol, ni a la sombra de las higueras, que da dolor de cabeza.

Ella está en todo, y lleva sus cuentas; lo que recibe lo apunta, y lo que da lo olvida.

¡Ah!: también pasó el otoño. La madre Cruz, sentada junto al balcón en su gran sillón de vaqueta, lo había visto pasar llevándose las últimas hojas de los árboles. En medio de la

naturaleza desnuda de sus pomposas galas, sólo los cipreses del cementerio conservaban su vestido, como quien espera; la lluvia, empujada por ráfagas de aire pasajeras, golpeaba los vidrios del balcón como quien llama; y la sombra del invierno, que se venía con sus nubes cenicientas y su sol desmayado, parecía reflejarse en el semblante de la Pacheca: su cuerpo se hacía cada vez más pesado. Se le había sorprendido al médico un gesto y una palabra. Frunciendo las cejas, se había dicho a sí mismo: «Ya están aquí los estancamientos.» Su plan curativo consistía en dar a la enferma todo el movimiento posible; así es que había hecho poner ruedas al sillón para poder moverla más fácilmente.

Llegó un día en que costó más trabajo vestirla, mucho más trabajo colocarla en el sillón de vaqueta, y en que el movimiento al trasladarla desde el pie de la cama al pie del balcón, le produjo congojas, desvanecimientos, angustias. La muerte está de tal manera en nuestra pobre naturaleza humana, que a cualquier accidente, a cualquiera dolencia aparece retratada en el semblante. María de la Paz vio la muerte en el rostro de su madre; pero no era mujer que se abandonaba fácilmente al desconsuelo y a las lágrimas. Para ella lo primero era socorrerla con el último esfuerzo, y después le quedaba toda la vida para llorarla.

-¡El médico!... ¡El médico!...

La urgencia con que fue repetida esta palabra esparció la consternación en la casa. El médico llegó: ya nada tenía que hacer, y, no obstante, hizo algo. Después del médico llegó el cura, que lo hizo todo. Donde acaba la ciencia, empieza la fe; Dios es el último refugio, la última esperanza, el último consuelo, el último remedio. Arrancar a Dios de nuestro corazón es abandonarnos a las horrorosas soledades de la muerte. No conozco un crimen semejante.

María de la Paz, de rodillas delante de su madre, asida a una de sus manos que besaba dulcemente, seguía con mirada atónita el curso tranquilo de aquella pacífica agonía. Detrás de María de la Paz estaba Martín, con los ojos hinchados y las manos cruzadas. La gente de la casa, agrupada junto a la enferma, contemplaba con silenciosa aflicción la dolorosa escena. ¿Y Nona? Nona se encontraba allí medio oculta por el respaldo del sillón; miraba alternativamente a su abuela y a su madre, y el llanto inundaba sus mejillas: su boca era un gemido mudo; lloraba sin sollozos.

Los ojos de la moribunda buscaban la puerta que daba entrada a la habitación; esta puerta entornada se abrió lentamente, y apareció Aurora. Adelantó su preciosa cabeza coronada de rizos negros, y miró con asombro infantil el cuadro que tenía delante. El dolor embargaba los ánimos, y por primera vez, en los seis años de su vida, nadie reparó en ella. Entonces su boca hizo un gesto incomprensible, y retrocedió, desapareciendo detrás de la puerta.

La moribunda la siguió con los ojos, movió los labios queriendo pronunciar alguna palabra, pero no pudo pronunciarla. La vida hizo el último esfuerzo, y la muerte cerró para siempre los párpados de la enferma, dejando en ellos dos lágrimas como únicos restos de la vida. Aquellos ojos tan alegres, se cerraron por última vez llorando.

Todos de rodillas, con voces ahogadas por los sollozos, rezaron delante del cadáver la oración de los difuntos.

María de la Paz amortajó a su madre.

Capítulo V
El relicario

Siempre será un misterio impenetrable ese último pensamiento que el moribundo se lleva al pasar de esta vida a la otra. Algo queda por decir en ese momento solemne, que la

muerte impide que se diga. En vano se ha pretendido encontrar en los yertos ojos del cadáver la última imagen que se ha reflejado en ellos. Inútilmente se interroga a la muerta expresión del rostro inanimado, buscando el rastro del último pensamiento que ha pasado por el alma del que acaba de morir. El arcano es siempre impenetrable, porque si la vida es así, frívola, ligera, inconstante, que a lo mejor nos vuelve la espalda, dejándonos con la palabra en la boca, la muerte, mil veces más seria que la vida, guarda acerca del secreto del último instante eterna reserva.

Este punto psicológico, digámoslo así, se ventilaba en la cocina de la casa de Cañizares entre la gente de escalera abajo. La vieja Marta, antigua cocinera de la Pacheca, jubilada ya en razón de su edad y sus achaques; Prisca, cocinera a la sazón, sin rival en el arroz con pollo y en el jamón frito con tomate; la Gila, niñera y moza de trabajo, de cara mofletuda y carnes apretadas, dispuesta siempre lo mismo para un fregado que para un barrido; el tío Ginés, mayoral de la casa, cachazudo como un poste, fiel como un perro, duro como la piedra; y, en fin, el mozo de mulas conocido por Chucho en toda la comarca por su habilidad en imitar el ladrido de los perros, discurrían de esta manera:

-¡Lástima de ama!... (exclamaba Marta.) ¡Más buena que el pan!

-¡Toma! (añadía el tío Ginés arqueando las cejas.) Como que era la madre de los pobres.

-Ya se ve que sí (decía Prisca). Y no hay quien me quite de la cabeza que algo se ha llevado al otro mundo entre pecho y espalda.

Gila confirmaba el parecer de la cocinera, diciendo:

-Yo no le quité ojo, y no se me olvidará mientras viva la cara que puso después de muerta... ¡Qué dolor tan grande!

Chucho echaba también su cuarto a espadas, decía, rascándose la cabeza con las dos manos:

-Cuando se murió la Valerosa, que en paz descanse, partía el alma verla. Se le iban los ojos detrás del pienso de la yegua, y miraba como una persona al rincón de la cuadra donde están los collerones. No le faltaba más que lengua para decir: «¡Válgame Dios!, ¡ya no tiraré yo más del carro!»

Aquí el mayoral dejó caer su sentencia favorita:

-Los animales (dijo), mejorando lo presente, son también de carne y hueso.

-Ése es mi tema, tío Ginés (añadió Chucho). Si los animales hablaran como los cristianos, no se hubiera ido la Valerosa a la otra banda sin decirle a alma viviente sus sentimientos.

-¡No seas bestia, Chucho! (gritó Marta.) Los demonios tienes en el cuerpo sacando a relucir a la Valerosa cuando hablamos de la muerte del ama.

-Él se explica (advirtió Gila); y si yerra...

Prisca la interrumpió con estas palabras:

-Ya salió la defensora. Dejadla, que ella te dará un cuarto al pregonero.

-Tío Ginés (dijo Chucho); sea V. testigo de que yo no quise agraviar a ninguna de las difuntas que pudren tierra.

-Bueno (contestó el tío Ginés). El vivo en su casa, y el muerto en la sepultura; pero el ama se fue al otro barrio llevándose algo en el buche. Yo también tengo eso entre ceja y ceja. Ahí está la cara de la difunta que no me dejará mentir. No se reía del mundo como hacen los muertos en cuanto cierran el ojo. Yo la vi cuando la llevamos al campo santo, y decía con la cabeza no, no, no. Su boca no chistaba, porque la procesión iba por dentro.

Chucho oía al tío Ginés con ojos atónitos, y cuando acabó, dejó escapar un gruñido que hizo erizar el lomo de los gatos que andaban merodeando por la cocina. Ese gruñido era la expresión de su entusiasmo: quería decir en el lenguaje de los perros: «¡Oh, cuánto sabe!» Prisca metió su cucharada, diciendo filosóficamente:

-Sí, tío Ginés: los difuntos hablan también después de muertos, aunque sea mala comparación, como las personas; solamente que hay que estudiar con el diablo para entenderlos.

-No tanto (replicó el mayoral). El demonio es el padre de la mentira, y el que estudie con él, nunca irá a derechas. A más que cuando Dios quiere, con todos los aires llueve. El ama se murió: ¡Dios la tenga en su gloria y por allá nos espere muchos años! En vida no se mordía la lengua, porque llevaba siempre el corazón en la boca... Pues... vino la nieta, y le cogió el pan debajo del brazo, y ahí está el busilis.

-¿Qué busilis? -preguntó Marta con cierta mezcla de curiosidad, de interés y de asombro.

-¡Toma! (contestó el tío Ginés.) Vengo de la viña: si aciertas lo que traigo, te doy un racimo. ¡Qué busilis ha de ser, tía Marta! El busilis de la cosa.

-No hable en latín (dijo Prisca, torciendo la boca), porque nos vamos a quedar en ayunas.

Aquí el mayoral no pudo contener la sonrisa de suficiencia satisfecha que hormigueaba en sus labios. Ni la vieja Marta con su experiencia, ni Prisca con su malicia, ni Gila que canta en la mano, ni Chucho que interpreta a los animales, lo entendían. ¿Qué más pudiera apetecer la vanidad de su entendimiento? ¿Acaso no consiste en la ignorancia del vulgo el triunfo de muchos filósofos y el éxito de muchos sabios? En realidad, ¿no es lo que más se aplaude aquello que menos se entiende?

No era el tío Ginés hombre del todo indiferente a la satisfacción de las glorias humanas, pues si bien estaba seguro de no haber sido el que inventó la pólvora, allá en los estrechos límites de la comarca, entre las gentes sencillas del campo, aspiraba buenamente a pasar por hombre que veía crecer la hierba.

-Vamos (dijo, después de saborear la curiosa expectación de su auditorio). No se necesita mucho pesquis para ponerse al cabo de la calle. Se murió la difunta; yo mismo ayudé a meterla en la sepultura con estas manos que se ha de comer la tierra; pero entre unas y otras se nos fue sin hacer testamento.

-¿Qué testamento? -preguntó Marta.

El tío Ginés la miró, asombrado de tanta ignorancia, y le contestó al golpe:

-Testamento es el papel que hace el escribano, donde el difunto dice esto quiero, esto no quiero.

-¡Y bien! ¡Qué!... -insistió Marta.

-Que como no hubo testamento, porque al ama se le quedó en el tintero, la nieta ha perdido de una mano a otra la mejora del tercio y quinto: y ahí está con sus pelos y señales lo que la muerta se llevó al otro mundo, sin poder decir esta boca es mía, porque cuando pensó en ello, la boca del ama estaba ya con los difuntos. Por eso iba diciendo por el camino: «No, no, no...; otra me queda dentro.»

La tía Marta se limpió los ojos con la punta del pañuelo de luto que cubría su cabeza, y dando al aire un gran suspiro, dijo:

-Tío Ginés, está V. en Babia.

-Puede (replicó el mayoral), que de menos nos hizo Dios; pero si la muerta no le dijo a V. al oído lo que le escarabajeaba en sus adentros, lo que yo digo está bien dicho.

Marta hizo un movimiento de impaciencia, pues a pesar de los años y los achaques conservaba la viveza de su genio pronto; y su fisonomía, triste por el luto del ama y arrugada ya por sesenta navidades, no había perdido las líneas expresivas que daban a sus gestos poderosa elocuencia. En el momento en que estamos tomó el misterioso aspecto de las grandes revelaciones. Sin duda alguna iba a confundir al Mayoral con razones nunca oídas. Algo sabía; pero se contuvo, reprimió el primer impulso, bajó los ojos y no pronunció ni una palabra.

-Hable V., tía Marta (le dijo Prisca), para que el tío Ginés, que todo lo escarba, sepa que aquí no comulgamos con ruedas de molino.

-No hablaré (le contestó). No quiero hablar. Los secretos de los muertos no son de este pícaro mundo, y nadie debe meterse en averiguar la vida de los que cubre la tierra. Así como así, hace más de cuarenta años que como el pan de la casa, y no dirá la santa que está en el hoyo que se le han ido los pies a la lengua de la tía Marta. Lo que hay, Dios lo sabe.

La sonrisa burlona del Mayoral daba a entender bien a las claras que ponía muy en cuarentena las palabras de la tía Marta. Entonces ella, por un movimiento que no pudo contener, se llevó la mano al pecho, e introduciéndola profundamente por debajo del pañuelo, sacó un relicario que pendía de su cuello por medio de un cordón de seda, y presentándolo en la palma de la mano, dijo:

-Aquí está el secreto. Aquí hay todo lo que Dios ha querido que haya. De aquí puede salir la voz de la difunta el día menos pensado.

El relicario, de forma ovalada, no ofrecía mayor diámetro que el de medio duro; era de plata sobredorada, y detrás del cristal que cubría una de las caras se veía una pequeña cruz de ébano.

Todos eran ojos: Prisca lo contemplaba con curiosidad, Gila con sorpresa, el Mayoral con calma, Chucho con asombro.

Este último no pudo reprimir los impulsos de su admiración, y alargó la mano para cogerlo.

-¡No lo toques! -le gritó la tía Marta.

Y el pobre muchacho, aturdido por la vehemencia de aquel mandato, retiró el brazo con la misma precipitación que si hubiese ido a tocar la cabeza de una serpiente.

-Bien (dijo Prisca). Es un relicario; pero ¿qué quiere decir ese relicario?

-¿No lo has oído? (le replicó Gila.) Hace hablar a los muertos.

-Sí (afirmó Marta): este relicario puede hacer que algún día hable la difunta.

Chucho miró al tío Ginés fijamente, como quien consulta un libro; pero el tío Ginés tenía la boca fruncida, reflexionaba, y no se reía.

Realmente el caso era digno de la expectación que causaba. La tía Marta habría sido alegre en su juventud, porque los pocos años son siempre alegres, y aún conservaba la fama de haber cantado como una calandria, y en cuanto a bailar, ninguna moza de su tiempo pudo ponerle la ceniza en la frente; los mozos se perdían por bailar con ella, porque se zarandeaba con toda la sal del mundo, y las castañuelas en sus manos sonaban a gloria, y aquel repiqueteo era como tocar a rebato.

Pero todo había pasado como un torbellino, y a los cuarenta años la tía Marta no movía los pies más que para andar, ni cantaba más que a sus solas en los quehaceres de la cocina. A los sesenta era una mujer seria, verdaderamente seria; su formalidad estaba reconocida por todo el pueblo. Jamás mentía, y en este punto tenía muy bien sentada la baza, pues era público y notorio que no se había casado con un buen partido, siendo ya talluda, por no mentir. Tampoco le faltaba entendimiento para poner las cosas en su punto, y no le estorbaba lo negro, porque sabía leer y aun escribir, lo cual para las mozas del pueblo no tenía gracia ninguna, en razón a que era hija de un maestro de escuela, que murió a lo mejor, dejándola huérfana.

El relicario brillaba en la palma de su mano, atrayendo las miradas atónitas de los cuatro personajes que ya conocemos, y cada uno se hacía cruces interiormente, sin acertar a explicarse la razón de aquel prodigio.

El tío Ginés fue el primero que rompió el silencio. Antes se rascó la oreja derecha, tosió después para aclarar la voz de suyo algo parda, se limpió luego la boca con el revés de la mano, y por último arqueó las cejas, diciendo:

-Si no se me ha traspuesto la memoria, ese relicario lo he visto yo puesto al cuello de la difunta cuando estaba de cuerpo presente.

-Júrelo V., tío Ginés (dijo Marta), porque yo misma, con estas manos que Dios me conserve, se lo puse antes de espirar para descanso de su alma.

Gila exclamó santiguándose:

-¡Y la enterraron con el relicario puesto!

-No (contestó Marta). Volvió a mis manos antes de que el ama fuese enterrada.

-¿Cómo? -preguntó Prisca.

-Yo misma (le dijo) lo saqué del cuello de la difunta y lo guardé en mi pecho.

En esta especie de interrogatorio le tocó su vez al mayoral, y preguntó, diciendo:

-Bueno, tía Marta; V. le puso el relicario y V. se lo quitó. Para ese viaje no se necesitan alforjas. Pero hablemos a palmos: si era del ama, ¿por qué lo guarda V. ahora como cosa suya?

Un relámpago de cólera pasó por los ojos de Marta, relámpago pasajero, puesto que el rayo pronto a estallar se detuvo en su boca.

-Lo guardo (dijo tranquilamente, ocultando de nuevo el relicario en su pecho), porque así me lo encargó la difunta.

-¡La muerta!... -exclamó Chucho en el colmo del espanto.

-¿Y para qué (insistió Prisca) le hizo a V. ese encargo el ama difunta?

-Ése es el secreto que quisierais saber para ir por toda la vecindad con conversaciones de puerta de calle, echando las campanas a vuelo; pero dais en piedra, porque la hija de mi madre se arrancará la lengua antes de que se le escape una palabra: mi boca será una sepultura.

La conversación que estamos oyendo se había entablado de sobremesa entre los personajes que intervienen en ella. Todavía, sin embargo, las manos de Chucho y de Gila no dejaban la ida por la venida, picando, ya en las aceitunas partidas, ya en los higos secos, ya en las almendras mollares tostadas en el horno de la casa, que eran los postres de la comida durante el invierno. Luego que la tía Marta pronunció las palabras que le hemos oído, cruzó las manos sobre la mesa, rezó la oración de gracias, y aplicó un Padrenuestro por el eterno descanso del ama difunta.

Al tío Ginés, a pesar de su calma, no se le cocía el pan con aquel embrollo del relicario; no sabía a qué carta quedarse, y se le hacía la masa vinagre por coger aunque no fuese más que un hilo de aquel enredo.

-Tía Marta (dijo); eso está muy bien; en boca cerrada no entran moscas; pero nadie lleva la vida en la faja, y cuando menos uno se piensa, cate V. a Periquillo hecho fraile. Su Divina Majestad puede enviarle a V. un torozón que se la lleve a mejor vida sin poder decir ¡Jesús me valga! Y entonces, ¿qué nos hacemos aquí con el relicario?

Los ojos de la tía Marta, pardos y grandes, se iluminaron con resplandor repentino; dio a su semblante toda la expresión de su natural energía; y poniéndose de pie, dijo con voz segura, con la voz del más íntimo convencimiento:

-No, tío Ginés, no. Mientras yo lleve sobre mi corazón el secreto que guarda este relicario, no puedo morir, y no moriré.

Dicho esto, abandonó la mesa; y erguida y con paso firme, como si de pronto hubiese adquirido la juventud pasada y la salud perdida, salió de la cocina, dejándolos con la boca abierta.

Prisca se encogió de hombros, arrimó a la pared la mesa en que habían comido, guardando en el cajón el pan y los postres que quedaban sobre el mantel. Después acudió a soplar la lumbre del fogón, porque era ya más de media tarde, y detrás de la comida venía la cena. Interiormente exclamaba:

-¡Un relicario!... ¡Y de oro!...

A Gila le tocaba barrer la cocina y fregar los platos; y absorta en esta faena, se preguntaba a sí misma muchas veces:

-¿Qué demonios habrá dentro de ese bendito relicario?

Por lo que hace al tío Ginés, tomó la puerta que daba al parador, pensando en lo mismo y sacando por consecuencia de sus razonamientos estas dos conclusiones:

-O el relicario es una brujería, o la tía Marta se ha vuelto loca.

Pero el mayor asombro donde se encontraba era en la cabeza de Chucho. No habiendo en ella capacidad para contener más de una imagen, la del relicario llenaba todo su entendimiento, y repetía una y otra vez el nombre del maravilloso enigma con la terquedad de una idea fija, y con la inutilidad del que golpea una puerta que no quiere abrirse.

Así entró en la cuadra; y encarándose con el macho que había sustituido a la Valerosa, le dio una gran palmada en el lomo, gritándole:

-¡Ceja atrás... relicario!...

Capítulo VI
La sombra de la difunta

Sin duda alguna es cosa muy natural que la madre muera antes que la hija, aunque ocurra con frecuencia todo lo contrario; mas es lo cierto que las cosas más naturales no suelen ser las más consoladoras. Así es que María de la Paz, que no había contado nunca con el privilegio de conservar eternamente sobre la tierra a la madre Cruz, no encontró en su corazón lágrimas bastantes para llorar su muerte. Esta desgracia esperada no fue por eso menos sentida, porque el temor no nos acostumbra a la realidad de lo que tememos, y no hay nadie que al ver morir a una persona querida no crea firmemente que aún tenía días en que vivir. Eso de no tener la muerte plazo fijo, la hará siempre a nuestros ojos intempestiva.

No vaya a creerse que María de la Paz andaba hecha una Magdalena, ostentando a la faz del mundo el desconsuelo de un llanto inagotable. Lloraba, sí, señor; pero lloraba a solas. Escondía sus lágrimas en los rincones de la casa por no afligir el corazón de su marido con el espectáculo continuo de su dolor; más aún: sonreía dulcemente, siempre que venía a cuento, para alegrar (si es posible decirlo así) a los ojos de Martín el luto que oscurecía su alma.

Su pena no era nube de verano que se deshacía en lágrimas y se desvanecía en sollozos; antes bien, era tan justa, tan legítima, tan verdadera, que no la derrochaba malgastándola en lloriqueos inútiles, más propios de la sensibilidad momentáneamente excitada que del sentimiento permanente.

Su dolor era más activo que pasivo, y en la sencilla piedad que formaba el fondo de su alma había encontrado manera de acercarse a su madre, a pesar de la muerte, abriendo entre la madre y la hija estrechas comunicaciones. Aún más: había conseguido hacer vivir a la viuda después de muerta, perpetuando en la memoria de la familia y en el orden de la casa sus gustos, sus costumbres, sus deseos. Sí, la Pacheca vivía después de enterrada.

A María de la Paz nunca se le habían pegado las sábanas; los primeros rayos del sol la encontraban siempre despierta; pero desde la muerte de su madre, después de trascurridos los nueve días del duelo oficial, se levantaba todas las mañanas antes de amanecer, y envuelta en su manto negro salía de casa, y paso tras paso se encaminaba a la iglesia, cuyas puertas el Sacristán soñoliento acababa de abrir bostezando, demasiado temprano para el sueño del Sacristán; pero ¡qué había de suceder!: el bolsillo de Cañizares se abría

de vez en cuando, y los sacristanes necesitan para vivir, como los demás mortales, hacer por la vida.

No se hacía esperar el sacerdote, y en el altar de la Virgen de la Aurora se decía una misa en sufragio por el alma de la Pacheca, misa que la hija oía entera de rodillas. Este acto piadoso venía a ser una cita con su madre. Allí hablaba con ella, le comunicaba sus inquietudes, le daba cuenta de sus esperanzas, le pedía consejo y reclamaba su auxilio; y sin que ninguna voz humana llegara a su oído, sin que ninguna señal externa hablara a sus ojos, dentro de sí misma, en el fondo tranquilo de su alma sencilla, encontraba respuesta a sus temores, aliento a sus esperanzas, consejo a sus dudas y auxilio en sus inquietudes; y contento su corazón, bendiciendo al Dios que humilla y ensalza, que aflige y consuela, que castiga y perdona; al Dios de la suprema justicia y de la inmensa misericordia, se volvía a su casa, saliendo a recibirla a las mismas puertas de la iglesia la mañana iluminada con los primeros rayos del sol, el movimiento del pueblo que despertaba y el ruido de la
vida.

Siempre que salimos de la iglesia, si hemos meditado, si hemos orado al pie de los altares donde la fe venera al Dios vivo, encontramos el cielo más esplendoroso, la naturaleza más rica, el ambiente más puro, la vida menos triste y las gentes más buenas. Sacamos de allí algo en nuestro corazón que todo lo embellece, que todo lo purifica, que todo lo ama. El templo es la casa de Dios, y por lo tanto el único hospedaje digno del hombre. Cerradnos esa puerta augusta por donde el mundo se comunica con la eternidad, y no tendremos refugio a que acogernos en nuestras adversidades, en nuestros desconsuelos, en nuestras tribulaciones, ni en nuestros triunfos, ni en nuestras alegrías.

María de la Paz entraba en su casa con el alma tranquila; y los quehaceres domésticos distraían su ánimo y dulcificaban su tristeza, pues jamás hizo de las penas excusa de los deberes. Lo primero que encontraba era a Nona, vestida de luto, con su boca risueña y sus ojos alegres, que le salía al encuentro presentando la cara, como el pobre la mano, esperando la limosna de un beso. María de la Paz la besaba, y seguía adelante. Aurora estaba aún en la cama; dormía, y nadie se hubiera atrevido a despertarla: ése era encargo de su madre. ¡Cuántas veces ésta se detenía delante de la cama de su hija, contemplando envanecida la singular belleza de su rostro! ¡Cuántas veces retrocedía silenciosa por no interrumpir su sueño! Pero no entraba en sus costumbres semejante condescendencia. Recordaba entonces que su madre la obligaba a madrugar desde muy pequeña, y volvía a acercarse a la cama con firme propósito de despertarla.

Un beso estampado en la frente de la niña dormida y un «hija mía» pronunciado con blanda dulzura eran los medios que adoptaba la severidad de la madre para sacar a la hija de la pereza del sueño. Aurora abría sus ojos negros, grandes y hermosos, echando a su alrededor esa mirada de disgusto y de fastidio con que miramos al que nos despierta en lo mejor de nuestro sueño; después dejaba caer los párpados, coronados de largas, negras y espesas pestañas.

-Vamos, hija (le decía María de la Paz). Ya es tarde, y hace un día muy hermoso: las flores de las macetas preguntan por ti; los pájaros te llaman desde el amanecer, y no sabes cuántas mariposas vuelan por la terraza.

La niña fruncía el gracioso entrecejo, se restregaba los ojos con impaciencia, y bostezaba. Quería decir sencillamente:

-¡Ay, qué impertinencia!...

Entonces María de la Paz acercaba a la cama las prendas del vestido de Aurora, y ella misma empezaba a vestirla: los caprichos de la hija ponían a prueba la paciencia de la madre: «Esas medias no; quiero las otras.» «Esos zapatos son viejos, no me gustan, no me los pongo.» «El pañuelo de algodón es feo; yo quiero el pañuelo de seda.» La madre

no oponía resistencia; había de ceder; ¿a qué resistirse? ¡Era tan hermosa!...; además, ¡estaba tan profundamente dormida!... ¡Ya se ve! ¿Qué niño no tiene caprichos?...

Entre tanto Nona había hecho su habitual residencia de la habitación de la abuela. Estaba el sillón de vaqueta cerca del balcón, en el mismo sitio en que se hallaba cuando espiró la madre Cruz. La urna del niño Jesús, colocada sobre la cómoda, se veía adornada con flores frescas, renovadas todos los días, porque allí la naturaleza da flores todo el año sin auxilio de estufas ni de invernaderos. La cama se encontraba hecha, intacta, y por debajo de la guarnición blanca y plegada que adornaba la cubierta de percal azul adamascada, asomaban los zapatos de orillo de la difunta Pacheca. El cuadro de los Dolores en que el corazón de la Virgen se ve atravesado por siete espadas, se destacaba sobre la pared; a su pie la mesa de nogal que desde muy antiguo servía de altar al cuadro, y sobre la mesa la lámpara, siempre encendida, con que la viuda de Pacheco tributaba el homenaje de su devoción a la Madre de los pecadores.

Todo estaba en su sitio, todo de la misma manera en que se hallaba antes que pasara por allí la muerte; sólo faltaba la que no pertenecía al mundo de los vivos; pero andaba por allí su sombra; parecía que se escuchaba el ruido ahogado y lento de sus pasos; no se podía mirar a la puerta sin creer que iba a entrar. María de la Paz había hecho del nombre de su madre la autoridad definitiva en todas las cosas; todo se había de hacer como lo hacía su madre; todo debía estar lo mismo que cuando su madre vivía; los labradores preferidos eran aquellos a quienes su madre mostró preferencia. A Marta se la consideraba como a persona de la familia, porque había sido la criada de su íntima confianza. Había muerto, es verdad; pero vivía, estaba allí, se sentía en todo su mano invisible, y se encontraba a la vez en todas partes.

Mas el cariño de la hija no se contentaba con mantener viva la memoria de su madre dentro de los límites de la familia; quería además perpetuarla fuera de la casa, para lo que dobló el valor de las limosnas, de cuyas resultas se aumentó el número de los pobres que diariamente acudían en busca de socorro. Ninguna desgracia llamaba a la puerta que no fuese remediada. Los pobres eran socorridos en nombre de la difunta, de manera que salían de la casa bendiciendo la memoria de la Pacheca, que aun después de muerta tenía manos para ponerles el pan en la boca. Dios había venido a verlos llevándose a mejor vida a la viuda de Pacheco, porque aquella caridad póstuma era el pan nuestro de cada día de todos los que no tenían sobre qué caerse muertos.

Un detalle verdaderamente pueril se había escapado a la solicitud de María de la Paz. Consistía este detalle en la costumbre que tenía la difunta de echar migajas de pan a los pájaros que acudían al balcón espesos como los dedos de las manos. Mas no había caído del todo en saco roto; porque para eso estaba allí Nona: cabalmente era su juego favorito.

Ya he dicho que pasaba la mayor parte del día en el cuarto de la abuela, y allí, sin más compañía que la de sus risueños pensamientos, alegres mariposas de la primavera de la vida, repasaba la cartilla, en la que empezaba a conocer las letras, o armada de su aguja cosía los vestidos de las muñecas, como mujer hacendosa, a punto largo. Por privilegio especial, sólo concedido a la infancia, cuanto había a su alrededor se animaba, formando ese mundo particular que únicamente cabe en la cabeza de los niños. Hablaba con los muebles, le sonreía al cuadro de la Virgen, le enviaba besos al niño Jesús de la urna, llamándole «pequeño de la casa», acariciaba a las muñecas, y solía enfadarse con el hilo que se escapaba de la aguja. Alguna vez, repasando la cartilla, decía: «A... A... ¿Por qué será A?...»

Después de comer traía su gran miga de pan, la desmenuzaba entre los dedos, y entonces era ella, porque los gorriones se deshacían saltando sobre los hierros del balcón y piando como si gritaran «a mí», «a mí», «a mí». Las migajas del pan desaparecían en cuanto llegaban al suelo, y saltando tras de ellas llegaban los pájaros más atrevidos hasta

picar los pies de Nona; ella se reía con toda su alma, pero se reía en silencio, para no espantarlos. Cuando los más audaces despojaban a los demás de la parte que les correspondía, se enojaba con ellos. Había uno más pardo que los otros, con el bozo más negro, la cabeza más gorda y el pico más duro: miraba de soslayo, moviendo a uno y otro lado la cabeza, con la insolencia del camorrista; listo, ágil, impetuoso, era el jaque de la compañía, el matón de la cuadrilla; en una palabra: era el que cobraba el barato. Nona le distinguía entre todos, y lo señalaba con el dedo, diciendo: «Ése es el malo.»

Como vamos viendo por el conjunto de pormenores que se nos va presentando, el recuerdo de la difunta viuda se hacía cada vez más inolvidable: si es posible sobrevivirse, la Pacheca sobrevivía. Mas, aún tributaba otro culto María de la Paz a la memoria de su madre. Ya sabemos que Aurora fue, desde el momento mismo de nacer, el ídolo de su abuela, de modo que la preciosa niña venía a ser como el testamento vivo que contenía la última, la única voluntad de la madre Cruz. Contrariar los gustos de Aurora, torcer sus caprichos, corregir sus inclinaciones, equivalía a mortificar el alma de aquella que estaba ya fuera de las tristezas del mundo.

Y he aquí que María de la Paz añadió a su natural cariño de madre la sagrada herencia del ciego cariño que la abuela profesaba a la nieta: aquel cariño constituía un mandato, y la severidad de la madre se convertía toda en dulzura cuando se trataba de Aurora, porque detrás de la nieta estaba siempre la sombra protectora de la abuela. Así es que Aurora continuaba siendo el ojo derecho de la casa y el objeto especial de todos los cariños de la familia.

La naturaleza le había concedido una hermosura realmente admirable y atractiva; pero había algo de aridez en su alma, algo de impenetrable en su carácter, algo de sombra que se reflejaba en su semblante iluminado por el pleno resplandor de la belleza. La extremada blancura de su tez aparecía bañada por un fulgor luminoso semejante al brillo de las estrellas en las noches serenas; su boca siempre seria dejaba admirar la pureza de su perfecto dibujo; los ojos contenían miradas insondables. Bien comprendía su madre que era imperiosa, poco indulgente y muy amiga de sus caprichos; pero eso era la niña; la mujer sería otra cosa.-¡Se cambia tanto!-¡Quién le había de decir a ella cuando cogía manzanas en los huertos y nidos de pájaros en los árboles, que a la vuelta de unos cuantos años había de ser la mujer de su marido, el ama de su casa y la madre de sus hijos! Poco a poco iría trasformándose el carácter de Aurora; su genio díscolo se ablandaría, porque al fin el mundo doma
mucho; la vida es una lima sorda que va gastando las inclinaciones y los resabios. Y Aurora tiene talento, perspicacia, penetración. Ahora no es más que una niña.

De esta manera discurría la madre pensando en la hija y pensando en la abuela, y se prometía ir suavizando insensiblemente aquellos defectos tan propios de los pocos años, y que los años mismos corrigen. Ella habría empleado la severidad maternal propia del caso; pero se trataba de Aurora, de su primera hija, de la que había sido la gloria, el amor y el orgullo de la abuela, y empleaba toda la dulzura de su cariño de madre. Y por ese movimiento natural de los contrastes, conforme los defectos de carácter se iban acentuando en Aurora, María de la Paz iba siendo cada vez más dulce, más condescendiente, más débil. De modo que, para Aurora, la madre Cruz no había muerto.

Esto lo veía la gente de la casa como la cosa más natural del mundo. Solamente Marta movía la cabeza, dando a entender que no se conformaba; sin embargo, comprimía los labios, y su boca era una piedra. Nona pasaba la vida como hemos visto: bien pudiera presumirse que su instinto de niña la hacía traslucir que no se la echaba de menos en ninguna parte, y se ocultaba. En el cuadro de la familia asomaba su faz siempre risueña, desapareciendo detrás de su hermana.

El invierno era crudo, las escarchas se sucedían, blanqueando las desnudas ramas de los árboles, las pendientes de los tejados y los surcos de los sementeros: las cumbres de la sierra de Espuña aparecían nevadas. Bajo la influencia de este frío imprevisto, se desarrolló en la población una verdadera epidemia de constipados; en las calles tosían hasta las esquinas, en las casas hasta las puertas y en las iglesias hasta los Santos. María de la Paz cogió también el suyo, pues había uno para cada vecino, y el médico ordenó un día de cama. Sí; ¡un día de cama!, ¡que si quieres!: la buena madre de familia no tiene tiempo para estar constipada. Martín apeló al recurso de ponerse serio, y no hubo más remedio que doblar la cabeza.

La naturaleza de la mujer de Cañizares era fuerte, y por lo mismo dócil: le habían mandado que sudara, y sudaba sin consuelo. El balcón que daba a la calle, la ventana que caía al parador y la puerta, se hallaban cuidadosamente entornadas, cubriendo la habitación de sombras silenciosas; porque cuando hace mucho frío parece que la oscuridad abriga.

María de la Paz no dormía; con la imaginación estaba en todas las cosas de la casa; pensaba en su madre, en su marido, en Aurora, en la despensa, en el granero, en la cocina. Estaba en todo. De repente gimieron los goznes de la puerta. Era Nona que entraba sigilosamente, andando sobre las puntas de los pies. Su madre no distinguía bien la pequeña sombra que se acercaba a la cama, y preguntó:

-¿Eres tú, hija mía?

Nona se detuvo; y con ese dulce timbre que Dios ha puesto en la voz de los niños como recuerdo de la voz de los ángeles, contestó diciendo:

-No, madre; soy yo.

María de la Paz se sentó en la cama, permaneciendo algunos instantes muda y pensativa; después pasó los extremos de los dedos por los párpados, porque sentía los ojos cuajados de lágrimas.

Capítulo VII
El alma de la casa

Hablando Martín Cañizares con el Cura, se explicaba de esta manera:

-Le digo a V., Padre Capellán, que hay que besar por donde ella pisa. Sí, señor; es una santa, muy capaz de contarle los pelos al diablo. Cuando muchacha era de la piel del demonio; lo mismo se encaramaba en los árboles que los gatos. Me acuerdo un día, y ya era moza, que apareció un nido de jilgueros en el peral grande del huerto de abajo, y sin encomendarse a Dios ni a Santa María, trepó a lo alto como una enredadera. Yo estaba al pie del tronco, y ella arriba... ¿Se hace V. cargo? Me parece que la estoy viendo. Pero aquello fue ver y no ver, porque cayó en la cuenta, y aunque yo era todo ojos, saltó furiosa del árbol, y me dejó con un palmo de narices. Y me la guardó hasta que nos casamos.

Aquí se detuvo para reírse, haciendo después con la boca el movimiento necesario para dejar entender que se chupaba mentalmente los dedos. Y es el caso, que el señor Cura también se sonreía. Pagado este tributo a aquel pícaro recuerdo, siguió diciendo:

-Pues bien: ahí la tiene V.; no duerme, ni descansa; se está matando. Desde la muerte de su madre, ¡tres años hace!, parece que le han agujereado las manos: ya la fanega de trigo, ya el celemín de harina, ya el saco de arroz; aquí el puñado de garbanzos, allá el puñado de judías. «Estas pasas para los hijos de la vecina.» «Aquellos higos para la hermana del ciego.» «¡Eh!: la gallina para la pobre enferma.» «El pedazo de jamón para la infeliz viuda.» Por aquí medio pan, por allí un pan entero... En mi ropa es un saqueo continuo.

«Eso ya no te sirve.» «Esto está ya muy viejo.» Y allá van mis pantalones, mis chalecos, mis camisas... Un día me encuentro sin capa que ponerme. ¿Y cree V. que gastamos más de lo que gastábamos antes? No, señor; yo echo mis cuentas, y, talán balán, a fin de año salimos lo mismo. ¿De dónde lo saca? Yo se lo pregunto, y ¿sabe V. lo que me contesta? Me sacude con el dedo en la punta de la nariz, y me dice: «¡Calla, tonto, que Dios da ciento por uno!»; y
hay que dejarla que tire la casa por la ventana.

-Doña María de la Paz (dijo el señor Cura) es un alma buena, y la bendición de Dios la acompaña por todas partes.

-Pues oiga V. (continuó Cañizares). Con los labradores es una risa. No me gusta que se retrasen en el pago de las rentas, porque, en vez de hacerles un favor, es perderlos, y yo sigo a mi padre, que en paz descanse, al pie de la letra. Cuando el año es malo, abiertos tienen mis graneros y mi bolsillo; pero cuando la tierra responde, la formalidad es antes que todo. Yo aprieto, el labrador se resiste, ella interviene, y se trampea la cosa. Si me pongo en lo firme, entonces ella, sin que yo lo sepa, les facilita el dinero para que me paguen; después se entiende con ellos, y nunca pierde. De lo cual resulta que yo soy el tirano y ella el paño de lágrimas. A mí, sí, señor, me quieren, me respetan; pero a ella la bendicen.

Al señor Cura no le cogía de nuevas lo que estaba oyendo, pero escuchaba complacido.

-¿Qué dirá V. (siguió diciendo Cañizares) que ha descubierto ahora? No se le escapa nada. Ha descubierto que mi pobrecilla Nona es también hija nuestra, que es humilde como una malva y buena como el pan bendito; y dice muy formalmente que no debe haber diferencia ninguna entre las dos hermanas.

-Y dice muy bien -añadió el señor Cura.

-Por supuesto; pero a Aurora no le hace gracia el descubrimiento. Yo en esas cosas ni entro ni salgo. Si fuesen muchachos, me entendería con ellos, y andarían derechos como pinos. Han tenido la ocurrencia de ser chicas las dos, ¡qué hemos de hacerle!... A la madre es a la que le toca bregar con ellas. ¿No es esto, Padre Cura?

-Eso mismo, Sr. D. Martín.

-Además, yo me paso la mayor parte del año en el campo. Hace poco que vine del Juncar Hondo, que está al pie de la sierra, donde he plantado unos almendros que van a estar allí como en su casa, y ya la escarda me está llamando a voz en grito. Las escarchas han tenido a la simiente encerrada en la tierra; pero en cuanto el tiempo ha empezado a abonar, se han desatado los sementeros, y están que da gozo verlos.

-¿Buena cosecha, ¡eh!, Sr. Cañizares?

-Buena, Padre Cura, buena. Si Dios no envía una plaga que nos deje con la miel en los labios, no ha de faltar pan para el invierno.-En cambio doña María de la Paz (añadió irguiendo la cabeza y ahuecando la voz) es una Pacheca que honra la casa de los Cañizares.

-Así es (dijo el señor Cura). Y me parece (añadió, mirando al cielo por los vidrios del balcón) que nuestro paseo se aguó esta tarde.

-¡Cómo! (preguntó Cañizares): ¿va a llover?

-¡Quia! No se ve una nube por un ojo de la cara. Lo que quiero decir es que ya va el sol de capa caída, y que a esta hora salta el cierzo que viene de la sierra.

-No se ha perdido gran cosa (añadió Cañizares): casualmente cuando hace frío, en ninguna parte se está mejor que al amor de la lumbre. Media vida es la candela...

Hablando así, echó en el gran hueco de la chimenea ramas de olivo y sarmientos secos que avivaron la lumbre, y siguió diciendo:

-Ahora que nos entre el cierzo. Y no es eso todo. Tenemos en la casa (añadió en tono confidencial) un chocolate capaz de resucitar a un muerto, y toda la tarde estoy oliendo

como a tortas con manteca. De seguro esta mañana han salido del horno, y estarán diciendo «comedme». Vamos a probarlas.

En la cara redonda y apacible del señor Cura se vio claramente que le era agradable lo que acababa de oír, y restregándose las manos y encogiéndose de hombros, se acercó a la chimenea, mientras Cañizares abría la puerta y sacaba la cabeza, haciendo resonar su voz por el largo corredor de la casa con estas palabras;

-¡Prisca!... ¡Gila!... ¡Marta!...

Después fue a sentarse frente a frente del señor cura al amor de la lumbre.

Marta acudió la primera, y entró diciendo:

-Buenas tardes, señor Cura.

-¡Hola, buena Marta! ¿Cómo andan esas fuerzas?

-Padre Capellán, muy firmes; estoy hecha un roble; aquellos alifafes volavérunt, y no puede conmigo un terremoto.

-¡Bravo!

-Es preciso vivir, Padre Cura; porque cuando una tiene algo que hacer en el mundo, hay que decirle a la muerte que se espere...

-Eso está muy bien (dijo Cañizares), y por mi parte, te doy desde ahora licencia para que vivas hasta el día del juicio. Entre tanto, lo que importa es que le digas al ama que hay aquí dos amigos dispuestos a matar el tiempo tomando chocolate. ¡Eh! espera: chocolate con tortas de manteca... ¡Oye! Si viene alguna rodaja del salchichón que aquí usamos, no le haremos ascos. ¡Escucha! Agua de la fuente, y ¡mira!, para el agua bizcochos blancos de los que mandan las monjas. ¡Aguarda! Al Padre Capellán le gusta el chocolate espeso.

Marta salió con paso ligero y ágil. Se le habían quitado diez años de encima lo menos desde la última vez que la vimos. El señor Cura se arrellanó en el sillón en que estaba sentado, y cruzando las manos, dijo:

-Soy nuevo, como V. sabe, en este curato; mas, por lo que voy viendo, el pueblo debe ser rico.

-Debía serlo (añadió Cañizares); pero las sequías nos matan. Bien pudiéramos disfrutar el beneficio de aguas seguras y constantes si las obras no fuesen tan costosas: aquí no hay capitales para emprenderlas; y ¿quién se acuerda de este rincón del mundo?

-Dígame V., Sr. D. Martín (preguntó el Cura): ¿V. no ha sido nunca alcalde?

-Ni Dios lo permita (le contestó). No se puede ser hombre de bien y alcalde al mismo tiempo.

-¡Pero, hombre! (exclamó el señor Cura.) ¿No son Vds. electores? ¿No eligen Vds. los diputados?...

-¡Eligen! (repitió Cañizares, arqueando las cejas.) No, señor; a nosotros, pobres contribuyentes, no se nos deja más elección, que la del árbol en que hemos de ahorcarnos. Los gobernadores son bajaes de tres colas; no quiero nada con ellos. Yo me arreglo con mis labradores muy sencillamente. Cuando llega el caso, averiguo quién es el candidato, y les digo: «Ése es un tunante», y no lo votan; o les digo: «Éste me parece un hombre regular», y entonces votan. Muchas veces me veo obligado a decirles: «No lo conozco; no sé de dónde ha salido este hombre.» Y ellos echan sus cuentas, y votan o no, según les parece. No se puede hacer otra cosa. Nos han vuelto la espalda, y así anda el mundo.

No sé qué habría contestado el Cura que oía atentamente al Sr. Cañizares, si en aquel momento no hubiese entrado Marta, sosteniendo entre ambas manos gran bandeja de antiguo uso, sobre la que humeaban dos enormes jícaras de chocolate, blancas y resplandecientes, que formaban parte de la mejor vajilla de la casa, dos vasos anchos y hondos, rebosando de agua más trasparente que el cristal en que se hallaba contenida, un platillo con rodajas de salchichón por cuya masa apretada asomaban granos enteros de

pimienta, bollos calientes amasados con manteca, ansiosos del chocolate que hervía en las jícaras, y bizcochos blancos, esponjosos, sedientos del agua contenida en los vasos. Además, traía la bandeja dos rebanadas de pan moreno heñido aquel mismo día por las manos de María de la Paz y cocido en el horno del Parador, caldeado con haces de oloroso romero recién traído del monte, donde ya empezaba a florecer. Al entrar la bandeja se perfumó la estancia.

-Aquí (dijo Cañizares, acercando una silla a la chimenea): aquí.

Marta colocó la bandeja donde su amo le indicaba, no sin recelo de alguna catástrofe, porque el asiento de la silla no ofrecía bastante espacio para contenerla.

-Ya tenemos aquí el gaudeamus, Padre Cura (exclamó Cañizares). Ahora vamos a dar de él la debida cuenta.

-¡Todo sea por Dios!-añadió sencillamente el Cura, desdoblando su servilleta, mientras el autor del gaudeamus hacía lo mismo con la suya.

Las servilletas resplandecían de puro blancas, olían a limpio y eran grandes como manteles. Estaban hechas de lino cogido en los bancales del Juncar, hilado en la casa y curado al sol y al sereno, tejido a conciencia, formando esa labor menuda que llaman allí granillo de trigo; dos listas azules marcaban en los extremos la anchura de la urdimbre, y en los ángulos contrapuestos había pequeñas iniciales bordadas al traspaso con hilo encarnado: en uno se leía M. C., y en el otro M. P.: Martín Cañizares y María Pacheco eran inseparables; sus nombres andaban juntos por todas partes. El doble escudo de la casa estampado sobre aquella tela un poco brusca, pero limpia y sana, habría hecho muy buen efecto; pero ¡qué diablo!, no les había ocurrido semejante cosa.

Los dos amigos empezaron a matar el tiempo tendiendo sobre las rodillas sus respectivas e inmensas servilletas.

-Muy mal andan las cosas, -dijo el señor Cura, hundiendo un bollo en las profundidades de la jícara.

-Muy mal andan, -añadió Cañizares, sepultando en su boca otro bollo entero bien calado de chocolate.

Marta, de pie, gallardamente plantada, con los brazos cruzados y a cierta respetuosa distancia, seguía atentamente los movimientos de las manos, que saliendo de las jícaras iban siempre a parar a las bocas. Mataban el tiempo, ¡cosa bien singular!, haciendo por la vida.

En esto apareció en la puerta que Marta se había dejado abierta el risueño semblante de Nona.

-¡Hola! (exclamó el señor Cura viéndola.) Muy bien venida. Entra, hija mía, entra.

Nona entró, dirigiéndose al Cura, a la vez que éste decía:

-Ahí tiene V.: las moscas acuden a la miel y los niños a las tortas de manteca.

Y cogiendo un bollo de la bandeja, se lo dio a Nona, que al tomarlo le besó la mano, y él le dijo:

-Dios te haga una santa.

A la vez apareció en la puerta María de la Paz, y con ella Aurora; pero Aurora, en la que los primeros indicios de la mujer empezaban a contornear las formas de la niña. Aurora impaciente, todavía crisálida, que, ansiosa de volar, no sé por qué jardines imaginarios, hace tentativas por convertirse en mariposa; movimiento misterioso en el que la naturaleza, anticipándose a la edad, anuncia la llegada de la juventud antes de haber terminado la infancia. Pudiéramos decir: el boceto que quiere ser cuadro; el botón que pretende ser rosa. Y, no hay por qué ocultarlo, esta trasformación tímida, indecisa, pudorosa, comenzaba a insinuarse por medio de las más bellas indicaciones. Nunca el nombre de Aurora le había caído más propiamente, pues era, en efecto, el primer resplandor de la mañana que amanece, o, lo que viene a ser lo mismo, la mujer clareando

entre las últimas sombras de la inocencia; Eva un momento antes de consumarse la perdición del género humano.

En cuanto el Cura vio a la Pacheca asomar por la puerta de la habitación, intentó ponerse de pie para recibirla dignamente; pero el plato que tenía en una mano, el bollo que tenía en la otra, la jícara que estaba sobre el plato, y la servilleta que cubría sus rodillas, embarazaban de tal modo sus movimientos, que no acertaba a levantarse. Notando Cañizares la dificultad en que se veía, lo detuvo, diciéndole:

-Quieto, señor Cura, quieto. Doña María de la Paz no ha sido nunca en esta casa persona de cumplimiento.

-Ya se ve que no (añadió María de la Paz, con la boca llena de risa). El señor Cura sabe que está en su casa, y que aquí se le recibe siempre con los brazos abiertos.

-Ahora, Padre Capellán (dijo Cañizares), corresponda V. a ese agasajo del ama de la casa poniendo las tortas en las nubes.

-¡Oh!... -exclamó el Padre Cura levantando los ojos al cielo. Quería decir: «¡De aquí a la gloria!»

Aún podía recoger la satisfacción de María de la Paz un testimonio no menos fehaciente, que consistía en que el plato en que habían ido las tortas estaba vacío.

-¡Vaya! (dijo con ingenua alegría): creí que se me había ido la mano en la manteca; pero, gracias a Dios, han salido buenas.

Hasta entonces el señor Cura no había reparado en Aurora; mas de pronto fijó en ella sus miradas apacibles con ingenuo asombro.

-¡Ah! (exclamó.) ¡Qué alta está! A esta niña se la ve crecer. ¡Y es hermosa como un lucero!

Sostuvo Aurora con terca firmeza la mirada benévola del señor Cura, y como si fuese inaccesible hasta a las alabanzas, permaneció muda, seria e inmóvil como una estatua que se contempla a sí misma. Sus pequeños pies se apoyaban graciosamente sobre el suelo como los del resto de los mortales, y, sin embargo, debía creerse elevada sobre no sé qué pedestal, desde donde todo lo miraba por encima del hombro. Nona se acercó a su hermana ofreciéndole el bollo que le había dado el señor Cura y que conservaba entero. Aurora lo rechazó bruscamente, y el bollo, desprendido de las manos de Nona, rodó por el suelo, mientras ella decía: «No lo quiero.»

-¡Hola! (exclamó Cañizares con acento enojado.) ¿Qué es esto?

Nona se encogió de hombros, como si hubiese querido esconderse en el centro de la tierra, a la vez que Aurora se irguió como si pretendiera hacer frente a las palabras de su padre. Éste, más asombrado que colérico, añadió:

-¡Coja V. ese bollo que ha hecho caer de las manos de su hermana!

Aurora permaneció inmóvil, y Nona se apresuró a coger el bollo que había caído a sus pies. Cañizares paseó por la habitación la mirada atónita; la expresión airada de sus facciones indicaba que apenas podía contener el enojo. Nunca María de la Paz había visto aquella cara en su marido.

-¡Calla! (le dijo éste.) No hables; no la defiendas. Si un Cañizares se hubiera atrevido a desobedecer a su padre, no habría tardado el cielo en hundirse y aplastarlo. ¡Ahí tienes los mimos de la abuela!

-¡Por Dios, Martín! (exclamó María de la Paz.) ¡No digas eso!

Martín se puso de pie, y se dirigió a su hija, diciéndole:

-¡De rodillas!

Un ligero temblor invadió el cuerpo de Aurora; pero permaneció sin moverse. María de la Paz se acercó a su hija como para protegerla; el señor Cura presenciaba la escena con la boca abierta; Marta hacía expresivos visajes en que nadie reparaba, y Nona miraba a su padre con ojos despavoridos reventando de lágrimas. Hubo un momento de silencio, de

inmovilidad y de angustia: el momento de la tempestad en que parece que va a estallar el rayo.

No hay fuerza semejante a la de la debilidad. Toda la energía del padre se estrellaba ante la resistencia de la hija. Nada más fácil que hacer doblar aquellas rodillas rebeldes bajo el peso de la fuerza bruta; pero es innoble poner las manos sobre los seres débiles; además, no habría sido la obediencia, sino la violencia. Cañizares hubiera querido tener delante un león sobre que arrojarse, y se encontraba ante la voluntad de una niña, y no podía aplastarla.

-Llevadla de aquí (dijo con acento imperioso). Que no vuelva a ponerse en mi presencia. Los hijos desobedientes no tienen padres. No volverá a ver la sonrisa en mis labios. ¡Fuera! (gritó.) ¡Fuera pronto!

Su cólera buscaba alguna contradicción; pero no la obtuvo; porque María de la Paz empujó a su hija hacia la puerta, y salió de allí con las manos cruzadas y el semblante desolado.

-Un convento, señor Cura; un convento, murmuraba Cañizares.

Marta, con la mano en el pecho sujetando el relicario que llevaba al cuello, hacía con la cabeza signos afirmativos.

Era la primera tempestad que nublaba el cielo de aquella casa.

Capítulo VIII
Una fiesta popular

Si queréis medir con exactitud el verdadero progreso humano de nuestros días comparado con el progreso de la antigüedad, tomad este punto de partida: Moisés, gran legislador del pueblo hebreo y del mundo entero; Licurgo y Solón, legisladores de Grecia; Numa Pompilio primero, y mucho después Justiniano, legisladores de Roma; D. Alfonso el Sabio, legislador de España; los Concilios fueron a la vez legisladores de la Iglesia y de los pueblos. Pues bien; legislador es hoy cualquiera.

La cualidad de legislador no es hoy una aptitud, es un derecho; para ser legislador basta ser ciudadano. Como quiera que las leyes se hacen para los pueblos, hemos sacado por consecuencia que los Pueblos deben ser sus propios legisladores. Ahora bien: aquí tenéis un hombre oscuro; su nombre no lo habéis oído pronunciar todavía en ninguna parte; os es permitido dudar si la cédula de vecindad que presenta es auténtica. ¿Suficiencia? Se desconoce. ¿Virtudes? Se ignoran. ¿Méritos? Ninguno. ¿Títulos? Cero. ¿Qué representa? Nada. ¿Es contribuyente? Ni eso. He ahí un legislador. Y no así como se quiera, sino un legislador inviolable en el ejercicio de sus funciones legislativas.

El rincón de la tierra teatro de las escenas que vamos refiriendo, se hallaba conmovido; y a pesar de que el semblante de las gentes que se dirigían apresuradas a la Plaza de la Villa no mostraba el mayor regocijo, otras señales dejaban entender que el motivo de la agitación pertenecía al orden de los sucesos faustos.

Por de pronto los tres balcones del caserón del Ayuntamiento aparecían engalanados con colgaduras de percalina amarilla y encarnada. Aunque no correctos, iguales y graciosos, arcos vestidos de follaje decoraban la plaza; el Sacristán batallaba desde el amanecer con una legión de muchachos que se habían encaramado en la torre de la iglesia, noticiosos de que se iban a echar las campanas a vuelo. Delante del gran portalón de la casa municipal esperaba una galera inmensa con toldo de lona, enganchada a dos mulas enormes que, so pretexto de las moscas, coceaban y cabeceaban luciendo quitapones encarnados, y haciendo sonar las campanillas de los ruidosos collares; el mulero, vestido de gala, con su chaleco de percal con más ramos que el último domingo

de Cuaresma, abrochado con botones de plata gordos como nueces, con su faja de estambre de color de sangre de toro, sentado en el pescante bajo la sombra de la extensa ala de su sombrero de copa cónica, con las ramaleras en una
mano, el látigo en la otra y el cigarro en la boca, hablaba tranquilamente con las mulas, lo mismo que pudiera hablar con su familia; y es el caso que las mulas lo entendían a media palabra.

En un rincón de la plaza se organizaba la música, alma de toda fiesta, voz de todo regocijo. Un licenciado del ejército que había sido requinto de regimiento llevaba la voz cantante por medio de un clarinete de acentos desgarradores, a los que añadía el organista de la parroquia las notas dulces de la trompa, como quien echa azúcar en vinagre; cuatro instrumentos más, de latón, que no entraban nunca a tiempo, entre los que sobresalía la voz siempre intempestiva del cornetín, formaban el total de la banda. En el ángulo opuesto la pólvora alternaba con la música, y de vez en cuando salía bufando un cohete rabioso, que iba a estallar en las nubes, después de dejar en el aire rastros de humo; todos los ojos seguían el curso del cohete en el espacio, y todas las bocas quedaban abiertas al estallar el trueno.

A la vez la multitud corría, atropellándose en las calles que desembocaban en la plaza; las mujeres con sus pañuelos a la cabeza de extraños dibujos y vivos colores, llevando muchas de ellas las crías en brazos; los hombres en mangas de camisa, envueltos en sus fajas; los muchachos unos medio vestidos, otros menos vestidos todavía, muchos sin nada a la cabeza, bastantes descalzos. Desde la plaza, donde la gente formaba remanso, salía una corriente que se dirigía por la Calle Larga hasta detenerse en las últimas casas donde comenzaba el camino que conducía a la capital. Los vendedores ambulantes de rosquillas, almendras, avellanas y naranjas iban y venían, pregonando entre la concurrencia a grito pelado lo exquisito de sus mercancías, como en los días de gran fiesta.

A todo esto el Ayuntamiento se hallaba reunido en la sala consistorial, de la que habían desaparecido la mesa presidencial y los cuatro bancos en que tenían asiento los miembros de la corporación, para dejar espacio a otra mesa larga, cubierta con un mantel y adornada con variedad de frutas y de flores. El Alcalde era todo actividad; nunca su levita tradicional había faldoneado tanto como aquel día; sus zapatos de becerro blanco no podían estarse quietos ni un instante; el hongo de color de tierra que cubría su cabeza se multiplicaba; en una palabra: el bastón de la autoridad estaba a la vez en todas partes. Los demás individuos del Municipio esperaban en la sala de sesiones, unos vestidos con sus trajes de labradores, y otros con sus trajes de artesanos.

Entre los primeros se hacía notar el Síndico, hombre de cuarenta años, fornido, cejijunto, de expresión dura, de mirada fija y serena, frente estrecha y cabeza voluminosa. Había corrido mucho mundo, trayendo algunos cuartos ahorrados, de cuyas resultas era propietario de una viña, a media legua del pueblo, camino de la sierra, viña en la que construyó su pequeña casa con buen hogar y buena cuadra, donde vivía solo, sin más compañía que la de un mastín rojo y formidable y la de una escopeta fina y segura que tenía siempre junto a la cama. Porque, ¡ya se ve!, se ayudaba a vivir con la caza, y todo era necesario para guardar la viña. Nunca quiso casarse; la gente del pueblo le llamaba el Ermitaño. En honor de la verdad, el aspecto de su persona y la dureza de su fisonomía no lo recomendaban; pero su vida era ejemplar, e intachables sus costumbres: jamás bebía, y nunca se le vio en la taberna. Él solo se bastaba para cultivar su viña, y solía pasar días enteros en la sierra,
detrás de las perdices. Éste era el Síndico.

De repente el alguacil del Ayuntamiento, con el sombrero echado atrás, la respiración anhelosa y cubierto de polvo, entró en la sala de sesiones, gritando:

-¡El coche! ¡El coche!

Al mismo tiempo sonó en la torre la señal de un repique general de campanas, un cohete más rabioso que los anteriores bramó en el aire y estalló en las nubes, el clarinete del licenciado exhaló tres notas preventivas, y la banda prorrumpió desaforadamente en el himno de Riego.

¡Era natural!: en aquel país de tierras abrasadas por la sequía, el himno de Riego debía ser un himno de esperanza.

-¡Ea! (dijo el Alcalde): no hay tiempo que perder; el coche se ha adelantado media hora. Vamos, hay que cogerle en el camino antes de que llegue.

El Ayuntamiento en masa, dirigido por el Alcalde, bajó la ancha escalera de las Casas Consistoriales, y uno a uno los individuos de la municipalidad fueron tomando asiento en la galera; el alguacil se acomodó como pudo en el estribo, y las mulas partieron, permítaseme decirlo así, al gran trote; recorrieron como en triunfo la Calle Larga, y orgullosas de arrastrar en su carrera a todo un municipio constitucional, subieron a escape la primera cuesta del camino.

¿Qué ocurría? ¿Qué fausto suceso alteraba la tranquilidad habitual del pueblo? No se sacaba en limpio gran cosa de las conversaciones de las gentes que esperaban en la plaza el momento supremo de la fiesta. Aquí se decía: «Ya está ahí.» Más allá: «Ahora llega.» Más lejos: «Va de paso.» Más cerca: «Viene deprisa.» Algunos que llegaban a todo correr del último ventorrillo de la carretera, añadían varios pormenores. «Es alto» (decían). «Es joven.» «Trae a la cintura una cadena de oro muy grande.» «Lleva en la mano un anillo que relumbra lo mismo que un lucero.» No pasaban de aquí las averiguaciones hechas. Indudablemente se trataba de una persona, y de una persona nunca vista ni oída en el pueblo, cuyo nombre debía ser completamente ignorado, en atención a que nadie lo pronunciaba.

En medio de los murmullos con que se agitaba la impaciencia de la expectación pública, se oyeron retumbar las pesadas ruedas de la galera, se oyó crujir el chasquido del látigo, y se percibió distintamente el retintín de las campanillas. Poco después las mulas desaladas penetraron en la plaza: hábilmente dirigidas, dieron una vuelta majestuosa, yendo a detenerse delante de la puerta de la casa municipal como puestas con la mano. La multitud se arremolinó en el acto alrededor de la galera, y el Ayuntamiento comenzó a apearse. Uno a uno fueron saliendo los individuos que lo componían, y como en procesión fueron entrando, digámoslo así, en el vestíbulo del Hôtel de Ville, colocándose en dos filas al pie de la escalera.

Detrás del Ayuntamiento se apeó un nuevo personaje, y en él se fijaron todas las miradas. «Ése, ése es», se decían unos a otros, y muchas manos lo señalaban con el dedo; él, por su parte, saltó graciosamente desde el estribo, saludando con afable sonrisa, mientras el Alcalde echaba a su vez pie a tierra, ayudado por el alguacil, al que le guiñó el ojo confidencialmente; éste, que era además pregonero de la villa, se adelantó hasta la mitad de la plaza, y lanzando al aire el sombrero, gritó con toda la fuerza de sus ejercitados pulmones:

-¡Viva nuestro Diputao!

La respuesta a esta aclamación no pudo oírse, porque en el acto mismo prorrumpieron las campanas en un repique desesperado, bramó la música en el rincón de la plaza, y silbó un ramillete de cohetes que se elevó sobre las cabezas de la muchedumbre, abriéndose en el aire como una palmera al estallar en entusiastas detonaciones.

Cuatro compadres apoyados en sus largas varas de fresno, comentaban el suceso con estas palabras.

Uno decía:

-¡Es el Diputao!...

-Eso dicen que es -contestaba otro.

El tercero arqueó las cejas diciendo:

-Es pájaro de cuenta... ¡Tiene mucha mano!

-¡Que si tiene! (exclamó el cuarto.) ¡Vayas si tiene mano! (Y señalando con dos dedos el negro de una uña, añadió:) No le falta más que tanto así para ser Rey.

De pronto apareció el Alcalde en el balcón del Ayuntamiento con semblante a la vez serio y risueño, serio porque así convenía a la dignidad del cargo, risueño porque así lo exigía la solemnidad del regocijo. Agitó los brazos imponiendo silencio, y luego que lo obtuvo, apoyó el estómago sobre el pasamano de hierro, y echando, por decirlo así, el cuerpo fuera, con la voz de los grandes momentos, habló de esta manera:

-Conciudadanos...

Las apiñadas caras de la multitud se miraron unas a otras, porque aquellas gentes sencillas jamás se habían oído llamar con semejante nombre.

-Conciudadanos... (siguió diciendo.) Ha llegado el día...

Aquí se detuvo para echar un vistazo sobre la cuartilla de papel que tenía en la mano; pero el enemigo encargado de oscurecer la gloria de los alcaldes hizo que una ráfaga de viento se llevara la cuartilla de papel, haciéndola volar sobre las cabezas del auditorio.

-Conciudadanos (volvió a repetir). Ha llegado el día de que todos os deis con un canto en el pecho, porque... quieras que no quieras, gracias a vuestro Ayuntamiento que no se duerme en las pajas, el Diputado que hemos elegido está entre vosotros... No lo conocéis... Nosotros tampoco lo conocíamos; pero no hay más que echarle la vista encima para decir que es un hombre cumplido. Conciudadanos: se acabó eso de andar con la lengua por el suelo a causa de las sequías... Tendréis agua, agua hasta la pared de enfrente... Sí, vais a estar con el agua al cuello. Bajará por la sierra como Pedro por su casa... Tendréis carretera por la mitad del pueblo, puente en la rambla y un canal... ¿Sabéis lo que es un canal? ¿Sabéis lo que son canales? Son conductos de agua con los que se riega a toca teja... Son los tesoros del mundo, los tesoros... de un tal... Creso... de que hablan las historias antiguas. Eso os promete nuestro digno Diputado, y lo cumplirá, porque tiene agallas para
cumplirlo, y donde él habla, firma el Rey... Esperad, que aún me queda otra: En la taberna de la Manca y en el ventorrillo del Tuerto tenéis cuenta abierta; podéis beber a cuartillo por barba. Nuestro Diputado paga, y vuestro Alcalde os recomienda la mayor alegría. Conciudadanos: no confundáis la libertad con las contribuciones. La patria es la patria, y hay que soltar la mosca. Vuestra primera autoridad hará la vista gorda a muchas cosas, pero será inexorable con los remolones.-¡Conciudadanos... vivan las libertades públicas!... ¡Viva nuestro Diputado!...

El estrépito de las campanas, los mugidos de la música y el bufar de los cohetes, ahogaron otra vez las aclamaciones del entusiasmo popular. Solamente Chucho, que se hallaba en primera fila, consiguió dominar el tumulto, dejando oír un aullido auténtico, que hizo ladrar a todos los perros de las cercanías.

Después del Alcalde apareció en el balcón el Diputado. Lo hemos visto muy a la ligera, y no faltará algún lector que quiera conocerlo más despacio, porque la curiosidad es siempre impaciente. Vamos a examinarlo un momento.

Por de pronto, resulta del total de su persona que es menos joven de lo que debiera ser, pues si bien se descubren fácilmente los treinta años de su vida, se advierte a la vez que el culto de los placeres le ha anticipado a buena cuenta diez años más. El esmero de su vestido demuestra que el principal pensamiento que le domina es él mismo, y la exageración de la moda en todos los pormenores de su traje dice bien claramente que es un hombre que vive al día. Sí puede observarse cierta elegancia en su persona; pero lo

que más le distingue es esa soltura de modales particulares que facilita la educación que se recibe en los casinos.

Ya sabemos que es alto, y debemos añadir que es flexible: el pantalón gris oscuro cae admirablemente diseñando los contornos de la pierna ágil, derecha y nerviosa; no oculta el chaleco del mismo color y de la misma tela, que es hombre de pecho ancho, y la cazadora correspondiente se encarga por su parte de marcar la rectitud de la espalda y lo bien puesto de los hombros. Una desproporción se nota, que consiste en que los brazos son demasiado largos, y el mismo exceso se advierte en los dedos de sus manos blancas, bien cuidadas, pero huesudas. Está a punto de ser rubio: pero se ha detenido en un castaño claro, que no sienta mal a su semblante naturalmente pálido. Mira con ojos grandes de pupila cenicienta, ojos algo adormecidos, algo apagados, en los que brillan alguna vez relámpagos de audacia. La nariz es vulgar, la boca movible, astuta, la sonrisa burlona, la barba fina. Si se lee atentamente en su fisonomía, se encontrarán más señales de malicia que de inteligencia. Posee
un repertorio escogido de cuentos sumamente verdes, con lo que ha empezado a hacer las delicias del Ayuntamiento. En los salones de la buena sociedad sería un joven simpático, entre las gentes de los cafés un hombre de mundo, en las salas consistoriales en que lo encontramos es un oráculo.

Su sola presencia en el balcón impuso silencio, y sin abandonar la burlona sonrisa que constituía el estado habitual de su boca, dijo con soberano desparpajo:

-¡Electores! Poco tengo que añadir al elocuente discurso que acaba de pronunciar en el día de hoy y en este mismo sitio el insigne Alcalde de este pueblo ilustre. Me habéis elegido, me habéis elevado con vuestros sufragios a la alta esfera de representante del pueblo, y yo os declaro, en medio del entusiasmo popular que me rodea, yo os prometo, yo os juro que desde hoy vuestros intereses me pertenecen. Habéis puesto en mis manos vuestra riqueza, vuestra prosperidad... ¿qué menos puedo hacer yo que tomarlas como cosa mía? Yo levantaré en el seno del Parlamento la voz de vuestros derechos, y desde Ceuta al Pirineo, desde las playas del Mediterráneo a las costas del mar Cantábrico, el mundo os hará justicia. ¡Electores!: estad seguros de que nunca os pagaré lo que os debo. Al encontrarme entre vosotros, me parece que estoy en mi casa...: ya os conozco. ¿Llegaréis vosotros a conocerme?... Desde este balcón monumental, tribuna del pueblo y baluarte de las libertades patrias, yo
os reconozco, yo os admiro, yo os saludo, yo os abrazo. ¡Electores! ¡Vivan las elecciones populares! ¡Viva el Ayuntamiento!

Esta vez las aclamaciones del auditorio se anticiparon a la música, a los cohetes y a las campanas, y el orador, rodeado de la corporación municipal, abandonó el balcón entre los plácemes de los concejales. En honor de la verdad, el Diputado celebraba ingenuamente su triunfo, pues recibía las manifestaciones del entusiasmo público, no con la burla de su constante sonrisa, sino con el abandono de las más francas carcajadas.

A nadie sorprendía la impasibilidad del Síndico ante la animación entusiasta de los circunstantes, porque ya se sabía que el Ermitaño era hombre de muy pocos cumplimientos; y no obstante, una observación fina y atenta habría podido advertir que las miradas del Diputado y del Síndico solían cruzarse, no se sabe si impulsadas por mutua curiosidad o movidas por mutua inteligencia.

Inmediatamente después de los discursos se dio principio al banquete; el héroe de la fiesta ocupó el sitio principal de la mesa, y después de haber hecho por la patria empezaron a hacer por la vida.

El Ayuntamiento se había propuesto echar la casa por la ventana; por consiguiente, el almuerzo iba a ser opíparo, espléndido, suntuoso. A los fondos municipales no suelen dolerles prendas en estas ocasiones; la fiesta era popular, y el pueblo la pagaba.

El primer plato que se puso sobre la mesa fue un cabrito, a la vez que la multitud vitoreaba desde la calle entre los bramidos de la música, el estruendo de las campanas y los silbidos de los cohetes.

Capítulo IX
La mordedura de la serpiente

Claro está que el Diputado electo no había de pasar por la cabeza de su distrito como un rayo desprendido de las nubes. Era la primera vez que pisaba aquella comarca, y parecía natural que se enterara por sus propios ojos de las necesidades del pueblo y de la mejor manera de remediarlas. Además, había objetos dignos de la culta curiosidad de un viajero ilustrado. Aún podían verse, formando el primitivo recinto de la población, cimientos medio desenterrados de muros romanos: allí está la iglesia mayor, de origen gótico, destruida y profanada por los árabes y reedificada en tiempo de D. Alfonso XI, con todo el exceso de adornos y detalles del gusto bizantino; fuera del pueblo, a corta distancia de las últimas casas, se descubren todavía las ruinas de una mezquita, cuyas paredes desgarradas parece que lloran su pasado dominio y su extinguida gloria; más allá, sobre una pequeña colina, mordido por el tiempo y surcado por la intemperie, aún se levanta el rollo, suplicio
permanente, que atestigua la antigua jurisdicción de la villa, columna miliaria que señala el tránsito de toda una época; rebuscando en los pedregales y en los derrumbaderos próximos, se pueden encontrar restos de mosaicos despedazados, tiestos de ánforas rotas y monedas gastadas, que sólo pasan en el mercado de los anticuarios más especialmente dedicados a la numismática.

Mas si el Diputado electo vive tan deprisa que no tiene tiempo para detenerse a contemplar esos despojos de lo pasado, la naturaleza, más antigua que la historia y más artista que el hombre, le ofrece lugares pintorescos, sitios caprichosos, perspectivas inagotables, eterna desesperación de los paisajistas. Allí está el Juncar de los Cañizares, con su hilo de agua que baja del monte, con sus pequeños huertos escalonados, con sus colmenas formadas en línea, con su majada que humea al caer de la tarde, cuando el rebaño vuelve de pastar en las laderas vecinas. Detrás, más arriba, como colgada en la pendiente de la sierra, está la Gruta milagrosa. En ella, buscando los reconquistadores agua con que apagar la sed que los devoraba, encontraron tres tesoros: una imagen de la Virgen toscamente tallada en piedra oscura, un cofre de hierro que contenía collares de perlas, brazaletes de oro y una diadema cuajada de piedras preciosas, y cavando más en el fondo de la gruta, tropezaron
con una vena de agua, que saltó sobre sus rostros, escapándose entre las grietas de los peñascos. La piedad erigió una capilla bajo la advocación de la Virgen de los Remedios, y la más viva devoción, heredada de padres a hijos, cubrió las paredes de la ermita de milagros de cera y el altar de sencillas y fervorosas ofrendas.

Desde este lugar, consagrado por la tradición y la fe, refugio de las esperanzas humanas, consuelo de las desdichas y remedio de los males, se extiende como en inmenso anfiteatro un paisaje cuyos límites se confunden con el horizonte. La tierra se humilla ante el pórtico de la Ermita y desciende hasta la llanura en cañadas bordadas de sementeros y festoneadas por largas hileras de naranjos, almendros, olivos y granados; lentiscos, tomillos y romeros rodean el santuario como en perpetua ofrenda, y el pinar trepa hasta la cumbre de la sierra, como si quisiera formar sobre la Ermita un dosel siempre verde.

Desde este lugar, digo, parece que la tierra se hunde y que el cielo se acerca. Al pie se ve el pueblo recostado sobre una pequeña eminencia como rebaño que sestea, y los viñedos, los olivares y los sembrados se empujan unos a otros, dejando a su paso sobre la llanura viviendas aisladas, rústicas alquerías y majadas solitarias.

Pero bien podía el Diputado electo ser insensible a los encantos del paisaje, y aun podemos darlo por seguro, pues nada revelaba en él inclinaciones contemplativas. Mas, en tal caso, todavía le ofrecía el pueblo el atractivo de un nuevo recreo. Los pinares de la sierra, salvados hasta entonces de la devastación universal, ofrecían caza abundante. Mas el Alcalde estaba en todo, y tenía ya dispuesto el orden de los festejos.

Ante todo, era preciso recorrer oficialmente las principales calles del pueblo, y de paso visitar a los primeros contribuyentes. Un vistazo a la iglesia mayor, donde había curiosidades que ver, era de cajón; un día siquiera de gira a la ermita de los Remedios, se caía de su peso; y tres días, aunque no fuesen más que tres, de jolgorio en la sierra, venían de molde. Cabalmente se estaba en la época de la caza del macho, y entraban las perdices a manojos. Más aún: se había presentado en la sierra un lobo, que hacía grandes destrozos en la comarca, sin que se hubiera podido darle alcance, de modo que un ojeo con el representante del pueblo a la cabeza, y de allí a la gloria. Tal era el programa del Ayuntamiento.

Hay una vanidad muy susceptible, y es la vanidad local: todo el mundo pone en las nubes el lugar en que ha nacido, aunque ese lugar se halle en el último rincón de la tierra. El Diputado no podía sustraerse a estos obsequios, en que estaba empeñada la vanidad de sus electores. No había más remedio que someterse. Hay agasajos crueles... cierto: pero el héroe de la fiesta no podía negarse a ellos sin comprometer el éxito que desde el primer momento había obtenido su presencia. Éxito loco, porque la familiaridad de su trato, la franca soltura de sus modales, el abandono de sus conversaciones y la malicia de sus cuentos, los tenían a todos con la boca abierta; jamás habían visto un hombre más divertido. ¡Vamos!: se los llevaba de calle.

Hablaba de todo con esa erudición superficial con que el mundo ilustra a los hombres, sin necesidad de que abran ni cierren ningún libro, y con ese desenfado con que el vulgo culto sorprende a la ignorancia de las gentes sencillas. El hecho es que había caído de pie en medio de sus electores, que jamás pensaron en elegirle, y que ya se disputaban el honor de haberlo elegido. ¿Qué había de hacer?... Era preciso entregarse a los inconvenientes de su posición. Por otra parte, el entusiasmo que inspiraba le debía ser muy lisonjero. Además, lo trataban a cuerpo de Rey. Y, por último, después... ¡Después!... ¡Cuándo volverían a echarle la vista encima!

La comitiva salió de las Casas consistoriales; el cuerpo municipal íntegro formaba el acompañamiento, y los más curiosos y los chiquillos desarrapados, que en todas partes se encuentran, componían la escolta. Justo es decirlo: a su paso se entreabrían las ventanas, se abrían los balcones y se descorrían las cortinas, dejando ver caras morenas, de ojos negros y labios encendidos, unas curiosas, otras afables, otras serias: era una ovación a la que el Diputado correspondía dignamente.

El Alcalde le iba haciendo notar las circunstancias locales más curiosas.

-Vea V. (le decía); aquel caserón donde entra ahora el carro de los Jiménez fue antes Casa de Ayuntamiento, y este esquinazo que dejamos a la derecha fue el Pósito. Yo le compré por cuatro cuartos, y me he hecho una almazara... Mire V.: ¿ve V. esta piedra que está empotrada en la pared?... Pues ahí debió darse una batalla muy antigua. Dicen que es la losa de un sepulcro, y puede que sea, porque tiene letras. Repare V... C... M... Quiere decir: cayó muerto. Lo demás está en latín... Creo que era el general de los romanos.

Siguieron adelante; y al volver la primera esquina, el Alcalde se detuvo, diciendo:

-¿Ve V. aquella casa que cierra la calle? Es la casa de los Pachecos; y aquel escudo que se divisa debajo del balcón es el escudo de la familia. ¡Casa muy noble! Pacheco no tuvo más que una hija, que se casó con Martín Cañizares, que vive en la casa de su padre. También tiene otra hija; pero de mi flor...: ya la verá V., porque ahora entraremos en su casa. Es gente de muchos pergaminos.

Así cruzaron algunas calles, sin que hubiese que observar nada notable, hasta que llegaron a una callejuela que dejaron a la izquierda, y entonces dijo el Alcalde:

-Ahí fue donde el perro del tío Pelendengue le mordió al muchacho de la tía Roncas, y se armó una en el pueblo, que ardía Troya.

-¿Sí, eh? -preguntó el Diputado.

-Eche V. la cuenta... Como que el perro estaba rabiando.

-¿Y murió el muchacho?

-¡Ya lo creo!: murió como un perro.

-Sigamos derecho (dijo uno de los concejales), porque por ahí vamos a salir a las eras.

-Por aquí, por aquí (replicó el Alcalde). Daremos la vuelta por la calle del Barranco. Quiero que vea el señor Diputado, nuestro digno representante, la cruz de Mindolo.

Y adelantándose a la comitiva, echó por un callejón tan pendiente, que parecía un derrumbadero. Bajaron uno detrás de otro, siguiendo la dirección del Alcalde, hundiendo los pies en el terregal que formaba la pendiente de la calle, al fin de la que el Presidente del Ayuntamiento se detuvo, señalando con la vara de la justicia administrativa la desconchada pared de la última casa, al mismo tiempo que decía:

-Aquí acabó Mindolo. Ésta es la cruz, y ahí están para perpetua memoria las señales de las balas.

En efecto: se veían las señales que el Alcalde indicaba, y una cruz de madera unida a la pared, y cogida con yeso sobre un poste de ladrillo.

Uno de los concejales de la clase de artesanos hizo esta advertencia:

-Todos los años hay que renovar el poste de la cruz, porque no se sabe quién se entretiene en echarlo por tierra.

-¿Quién?... (exclamó otro concejal de la clase de labradores.) ¿Quién ha de ser? Mindolo está en los profundos infiernos, y no se empareja bien con la cruz, y faja con ella.

-Eso debe ser (dijo el Diputado, enseñando algo incorrectos pero blancos los dientes que descubría su eterna sonrisa). Y bien (preguntó): ¿quién era Mindolo?

-¡Mindolo!... (exclamó el Alcalde admirado.) ¿No ha oído V. hablar nunca de Mindolo?... Pues ha sido el ladrón más famoso que se ha paseado en tierra de cristianos. Era el terror de estos contornos. Tenía su guarida en la sierra, y no se le podía meter mano. Era muy hombre, mucho corazón, muchos puños y muchas piernas. Desbalijaba a todo el mundo en veinte leguas a la redonda: lo mismo estaba aquí que allí, que en todas partes: era el amo de los cortijos y de las alquerías; lo mismo era decir Mindolo, no había hombre que no se echara boca abajo.

-¿Quién le dio caza? -preguntó el Diputado.

-¿Quién? (le contestó.) Una mujer: la Pastora; la moza más cabal que ha nacido de madre.

-¿Y cómo fue eso?

-Fue de esta manera: a la caída de una tarde estaba la Pastora en el cortijo de la Hondonada, que había ido a cuidar a una tía suya que estaba enferma, y que murió de resultas, cuando sin ser visto ni oído, cátese V. allí a Mindolo. Aquello fue un relámpago; cogió a la Pastora por la cintura, se la echó al hombro, y se metió en la sierra. ¡Hágase V. cargo! Al otro día apareció ella en el pueblo; venía como si tal cosa; no se la pudo sacar palabra, y se metió aquí en esta misma casucha, donde vivía su madre, que era viuda de

un pastor de cabras. Verá V.: la gente, que todo lo huele, dio en decir que la muchacha iba de noche a la sierra, porque la habían visto venir por el camino de la Hondonada una vez al romper el día, y las malas lenguas no le dejaban hueso sano. Y el caso es que la Pastora tenía un novio, el menor de los Vigiles, que eran dos hermanos de pelo en pecho; pero desde el lance del Cortijo el novio no aportaba por la casa de la Pastora. Y aquí tiene V. que una
noche corrió el rum rum de que Mindolo estaba en el pueblo, durmiendo en casa de la Pastora. Los Vigiles iban de puerta en puerta dando la noticia, armados los dos con carabinas. Las mujeres se encerraron en los últimos rincones de las casas, y los hombres más valientes, unos con escopetas, otros con chuzos, otros con hachas, otros con palos, se fueron acercando a la puerta de la casa que da a la otra calle; pero ninguno se determinaba a ser el primero. En esto se abrió con mucho tiento esa ventana que ve V. encima de la cruz, y asomó una cabeza. En la calle no había alma viviente, porque en la confesión no se había ocurrido que por aquí podía escaparse. Dicho y hecho: Mindolo echó el cuerpo fuera, se escurrió por la pared y saltó en tierra.

-¡Bien por Mindolo! -exclamó el Diputado, que oía atentamente el relato del Alcalde.

-Espere V. (le dijo éste); porque lo mismo fue caer en tierra, le descerrajaron dos balazos que lo dejaron seco al pie de la ventana. Fueron los Vigiles, que, conchabados con la Pastora, estaban ocultos detrás de la esquina.

-De manera (dijo el Diputado) que ella lo vendió...

-Como a un chino (añadió el Alcalde). Se la guardó hasta que pudo vengarse. Pero no fue coser y cantar... porque Mindolo se comió la partida, y antes de tomar soleta la remató de una sola puñalada.

A todo esto, durante la excursión por las calles del pueblo la comitiva salía de una casa y entraba en otra, porque era preciso visitar a las principales familias y cumplir con este deber electoral, siquiera con los primeros contribuyentes. En todas partes se le recibía con las mayores muestras de admiración, y en cada una de ellas encontraba el indispensable agasajo de un piscolabis. Una mesa, sobre la mesa una bandeja, sobre la bandeja tortas, bizcochos y dulces; alrededor algunas botellas de vino de la última cosecha: he ahí el buffet obligado en todas las casas. Y no había más remedio que hacer los honores a tan señalado obsequio; pues desairarlo habría sido una falta imperdonable. Así es que al llegar al sitio de la catástrofe de Mindolo, la comitiva llevaba tomadas ya diez veces las once.

Como a su tiempo indicó el Alcalde, dieron la vuelta por la calle del Barranco, viniendo a desembocar en la plazuela de los Cañizares, frente a frente de la casa de Martín. Entraron en ella, y subieron la escalera con la solemne lentitud que el caso requería. Marta los condujo a la sala principal, amueblada con sillas de nogal de asientos de paja, formando el estrado un sofá de la misma especie que las sillas, una consola colocada entre los dos balcones y sostenida por cuatro columnas salomónicas, contenía dos floreros, cubiertos con sus respectivos fanales; en medio una mesa, donde se veía la efigie de la Virgen de los Remedios; sobre la urna el cuadro pintado con vivos colores, en que se ostentaba el doble escudo de las dos familias; seis retratos de antepasados de una y otra casa de muy dudosa semejanza, y más respetables por la antigüedad que por el mérito, decoraban las paredes. No había mesa, ni bandeja, ni tortas, ni bizcochos, ni dulces, ni copas, ni botellas: así es
que el Diputado respiró como quien saca la cabeza del agua.

La visita tuvo que esperar un momento, al cabo del que entró en la sala Martín Cañizares con su cara tostada por el sol del campo, en la que empezaban a marcarse las líneas de la edad, pues habían caído sobre su persona ocho años más de vida desde la

última vez que lo vimos. El Alcalde era naturalmente el introductor de embajadores, y se adelantó diciendo:

-Sr. D. Martín: aquí hemos venido a que conozca V. a nuestro Diputado.

-Bien hecho (contestó Cañizares restregándose las manos). Esta casa está siempre abierta para todo el mundo.

-Yo (añadió el Diputado electo) cumplo con un deber dando las gracias a los electores por la confianza que me han dispensado.

-Nada de eso (replicó Cañizares). A mí no me debe V. gracias ningunas, porque yo no lo he votado; y en cuanto a los dependientes de la casa, nunca se matan por acudir a las elecciones. Ésas son cosas que arreglan los gobernadores con los Ayuntamientos; los demás no llevamos vela en ese entierro.

-De todas maneras (dijo el Diputado electo), es para mí una satisfacción estrechar la mano del ilustre descendiente de los Cañizares.

-Y lo será mía (replicó Martín), si el señor Diputado le hace entender al Gobierno que hay aquí unos cuantos españoles que también viven en el mundo. Pero, ¡vamos!, yo soy franco, y me temo que al fin nos hará V. la trastada... Perdone V. mi rudeza; lo digo, porque eso es lo que hacen todos.

El Diputado se mordió los labios; el Alcalde se deshacía en señas, que Cañizares no veía, o no quería ver. Al fin echó por medio, diciendo:

-El Sr. D. Martín siempre el mismo. ¡Y bien! ¿la familia, buena?... Ya aquí, quisiéramos saludarla.

-No hay inconveniente (dijo Cañizares; y acercándose a la puerta, gritó, haciendo bocina de la mano): ¡María!... ¡Nona!... ¡Aurora!...

No se hicieron esperar. Primero entró María de la Paz seguida de Nona, y saludó con su habitual agrado, mientras abotonaba a sus muñecas las bocamangas del corpiño. La presencia del elegido del pueblo no le causó ni admiración, ni asombro, ni extrañeza. Luego, con paso de reina, dejando admirar las graciosas ondulaciones de su talle, entró Aurora en la sala, y todos los ojos se volvieron a ella, porque atraía las miradas como la luz atrae a las mariposas.

Nuestro Diputado se quedó atónito; desapareció la expresión burlona que daba animación a su fisonomía, y no pudo ocultar el desvanecimiento repentino de que se sentía poseído. Aurora, por su parte, clavó en él la tenaz mirada de sus altivos ojos; mas poco a poco se fue suavizando la dureza habitual de su rostro, se desató el nudo de su entrecejo, sus labios se entreabrieron, y envió al elegido del pueblo la más dulce sonrisa de su escaso repertorio.

Después de los cumplimientos para estos casos establecidos, la comitiva comenzó a despedirse. Entonces el Alcalde se dirigió a María de la Paz, diciéndole:

-El lunes tenemos gira en la Gruta. Va medio pueblo... Conque allí nos veremos.

-Sí (dijo Aurora); allí nos veremos.

-Sí (repitió María de la Paz); iremos, porque para visitar a la Virgen siempre estamos dispuestas.

Martín Cañizares acompañó al Ayuntamiento hasta la escalera. El Diputado la bajó asido al pasamano, porque experimentaba flojedad en las piernas y aturdimiento en la cabeza. Una vez en la calle, alzó los ojos; Aurora estaba en el balcón, y otra vez volvieron a cruzarse sus miradas.

Ella sonreía; él se llevó la mano al corazón, como si hubiese recibido en él un golpe inesperado. Sentía en el fondo de su ser un dolor desconocido, algo semejante a la mordedura de una serpiente.

Capítulo X
El cofre de hierro

Tenemos, pues, que el héroe del entusiasmo popular que acabamos de conocer no pudo dormir en toda la noche; y debe saberse que no eran las satisfacciones del triunfo las que ahuyentaban el sueño de sus párpados, porque con el triunfo contaba como César con la fortuna, y lo que agitaba su espíritu era para él enteramente nuevo, no anotado en el libro de sus previsiones.

En primer lugar, la tragedia de Mindolo preocupaba su ánimo con tenacidad impertinente; la traición de la Pastora le causaba extraña sorpresa; en segundo lugar, la ruda franqueza del señor de Cañizares mortificaba su amor propio. Aquel patán se había permitido mirarle por encima del hombro en medio de la plenitud de su gloria, y, lo que es más, se había atrevido a leer en su pensamiento; y, por último y sobre todo, Aurora resultaba dueña de su ser; desde el primer momento se sintió dominado por el singular encanto de su belleza, y luego aquella mirada imperiosa y aquella sonrisa acariciadora parecían decirle «adórame»; y él se sentía arrebatado por la ardiente idea de adorarla.

No pudo dormir en toda la noche, porque la vengativa Pastora, el brutal Cañizares y la irresistible imagen de Aurora daban vueltas alrededor de su pensamiento como un torbellino; y no se sabe por qué misteriosa ilación de las ideas se enlazaban en su memoria esos tres recuerdos, avivados por la actividad incansable de la imaginación excitada por el insomnio: su situación venía a ser la del hombre que sueña despierto.

En vano buscó la postura más cómoda, pues las probó todas inútilmente. En vano invocó los recuerdos más risueños de su vida pasada, de sus más felices aventuras, y en vano, en fin, intentó huir de su pensamiento fijo fabricando en los espacios de lo porvenir los castillos en el aire con que nos anticipamos la vida, vida que, después de todo, nunca llega.

Cansado de dar vueltas, saltó de la cama y abrió el balcón precisamente en el momento en que empezaba a rayar el día. ¡Qué tenacidad de pensamiento!... La aurora le salía al paso; decididamente Aurora era ya su destino.

El fresco de la mañana y la luz del día calmaron la agitación de su espíritu, y la realidad palpable de las cosas disipó las sombras fantásticas del insomnio. Entonces casi llegó a reírse de sí mismo, porque ya no veía en la Pastora más que una venganza estúpida, menos aún: una ingratitud vulgar, porque al fin el bruto de Mindolo no había hecho más que quererla con todas sus fuerzas; en Cañizares sólo veía un salvaje, un palurdo sin trato de gentes, sin mundo y sin modales; y lo que es en Aurora, veía nada menos que el cielo abierto, un nuevo triunfo que se le venía a la mano, la fruta más delicada del Paraíso que se le ponía en la boca: ¿qué había de hacer más que comerla?

Empezaba el pueblo a despertarse, y aquí se entreabría una ventana, más allá una puerta; los pares de labranza salían de los paradores arrastrando la pértiga del arado, cuya reja, bruñida por la tierra de los surcos, resplandecía como una hoja de plata iluminada por la primera claridad de la mañana. Los labradores que guiaban las yuntas, caballeros sobre una de las mulas, iban cantando, porque el día es la alegría de los que trabajan, y el trabajo la esperanza de los pobres. Al mismo tiempo entraban en el pueblo cargas de hortalizas, frutas y legumbres, unas en sarrias o corvos sobre el lomo de machos perezosos o de borricos macilentos; otras llegaban sobre las encorvadas espaldas de los mismos hortelanos.

A las mujeres del campo y de la huerta tampoco se les pegaban las sábanas, pues entraban en el pueblo trayendo, ya cestas de huevos colgadas en el brazo; ya pares de gallinas atadas por los pies y cogidas con las manos; ya cántaros de leche apoyados en las caderas; ya bultos de lino rastrillado o de madejas hiladas, balanceándose sobre las

cabezas, sostenidas a la vez por cuellos morenos redondos y fuertes, tal cual adornado con sartas de espesas cuentas de cristal blanco o de negro azabache. Toda esta variedad de vendedoras entraba en la Plaza Mayor y tomaba punto, vociferando la venta en toda clase de tonos. Andaban a las vueltas chicos desarrapados, que al amanecer se encontraban tan vestidos como al acostarse, y que, una manzana aquí, una naranja más allá, mal que bien siempre encontraban algo con que desayunarse. Éste era el pan de cada día.

Nuestro Diputado, echado de brazos sobre el pasamanos del balcón, seguía el movimiento del pueblo que despertaba, encontrándose en las ventanas entreabiertas y en las puertas entornadas con bocas que bostezaban y ojos que sonreían. Ya era otro hombre; la vida del pueblo lo volvía a la realidad de la vida, y la luz del sol, iluminando el cielo y la tierra, consiguió sacarlo de las lobregueces de su pensamiento.

Como fácilmente se comprenderá, el Alcalde había disputado al pueblo entero el honor de hospedarle, y lo tenía instalado en la mejor habitación de la casa. Entre los muebles puestos a su servicio, echó de ver un gran sofá de roble con almohadones de vaqueta; y sintiendo que el sueño, ¡a buena hora!, empezaba a hormiguearle en los ojos, abandonó el balcón, miró con desprecio la ingratitud de la cama, revuelta por las inquietudes del insomnio, y fue a recostarse sobre los almohadones del sofá; y dicho y hecho: se dejó caer, y se quedó dormido.

Al despertarse halló la puerta de su estancia de par en par abierta, y a dos pasos de su inviolable persona al síndico, que de pie contemplaba su sueño.

-¡Hola! -exclamó restregándose los ojos.

-Parece que se madruga -dijo el Ermitaño.

-No tal (contestó), puesto que estaba durmiendo.

-Durmiendo, sí (replicó el síndico); pero vestido.

-Eso quiere decir que me visto antes de despertarme.

-Yo (añadió el respetable concejal) vine al romper el día a dar una vuelta por la plaza, para que haya orden y no se cometan abusos.

-Muy bien, señor síndico, muy bien (dijo el Diputado). Hay que velar por los intereses del pueblo, y así se cumple con los deberes municipales. No nos eligen para que dejemos que todo vaya manga por hombro.

Después preguntó:

-¿Quién hay en la antesala?

-El Ayuntamiento (contestó el Ermitaño). Estamos esperando al Alcalde, que ha ido a decirle al Cura que después de almorzar iremos a ver la iglesia.

-¡La iglesia!...: perfectamente. ¿Y qué hay que ver en la iglesia?...

-Hay que ver pilastras, arcos, capillas, retablos, santos y lámparas.

-¿Nada más?

-Sí, se pueden ver las casullas de seda bordadas en oro, los cálices de plata sobredorada, los ciriales de almendro plateado, y...

-Bien (dijo como quien se resigna); iremos a la iglesia.

-También son de ver (añadió el síndico) las alhajas de la Virgen. Dicen las gentes que son de mucha riqueza, y el pueblo las tiene como un tesoro. Creo que vienen de muy antiguo.

En esto entró el Alcalde a poner su autoridad a las órdenes del Diputado, anunciando de paso que el almuerzo estaba en la mesa. Pronto arregló su toilette el ilustre huésped, y seguido del Ayuntamiento, que esperaba en la antesala, entró en el comedor a hacer por la vida.

Con tres cuentos de primer orden, verdes como una primavera, amenizó el almuerzo, haciendo desternillar de risa a todo el cuerpo municipal, y hasta a la misma alcaldesa, que

retorcía la boca para no disimular la risa que le retozaba por dentro, pues habría tenido por grave desatención permanecer seria, y sobre todo caer en la tontería de ponerse encarnada.

Levantáronse los manteles, y la comitiva salió de la casa, bulliciosa como una fiesta y alegre como unas castañuelas. Atravesó la plaza, y se halló delante de la iglesia, que se elevaba frente a frente de las Casas consistoriales, mirándose ambos edificios cara a cara, lo mismo que dos antiguas amigas que se encuentran, de las que la segunda todo se lo debe a la primera, pues nació a su sombra y se crió en su regazo.

Tiene la iglesia su atrio cercado de un muro de dos metros de altura, y se entra subiendo tres escalones de piedra. Cuatro álamos forman, por decirlo así, una calle que conduce a la puerta principal del templo. La portada, medio oculta por las copas de los álamos, es de dos cuerpos, severa de líneas y sobria de dibujo, pero excesivamente recargada de adornos, y hace el efecto que haría el canto llano si lo oyéramos expresar con toda suerte de ejecuciones de garganta.

En el atrio estaba el señor Cura, con su cara de siempre, redonda y apacible, y su mejor sotana: ¡quizá no tuviese otra! Detrás del señor Cura aparecía el Sacristán, de cara enjuta y nariz larga, hábil cazador, que se sabía la sierra de memoria; hombre solo, sin mujer, sin hijos, sin familia.

Dirigida por el Cura, la comitiva entró en la iglesia, y, en efecto, el Diputado no vio más que frisos, pilastras, arcos, capillas, santos y lámparas, a pesar de que el señor Cura le iba explicando la historia del templo y las joyas artísticas que contenía.

-El retablo del altar mayor (le decía), ya lo habrá V. conocido: es dórico, aunque no puro; según los inteligentes, descubre algo de la solidez y de la severidad propias del gusto griego; pero dicen que participa del gusto romano en la profusión de los detalles y alargamiento de las proporciones.

-Sí, sí (exclamaba el Diputado). Es dórico, no cabe duda que es dórico...; todo él está dorado.

-En cambio (siguió diciendo el Cura), los dos altares laterales son jónicos. Estilo más ligero, pero no menos bello... Aquel San Jerónimo no es de Rivera; debe ser de algún discípulo... Este Cristo es de Montañés: a lo menos yo le tengo por auténtico. A V., ¿qué le parece?

-Me parece lo mismo... Sí, señor... Los montañeses son capaces de todo.

El señor Cura lo miró con ojos estupefactos, y él siguió diciendo:

-Le confesaré a V. que tributo al arte el más profundo respeto; pero, en verdad, no es mi fuerte. Otros estudios más serios y más positivos me preocupan. Sin embargo, no soy completamente extraño a la belleza, y he acreditado alguna vez ser hombre de gusto. Vea V.: ese altar me encanta; un frontispicio sobre dos columnas salomónicas... Convengamos en que Salomón lo entendía: la sencillez es la sublimidad.

Dicho esto, dio media vuelta, y se dirigió majestuosamente hacia el altar mayor, deteniéndose delante del presbiterio. El Cura, que lo seguía, observó que contemplaba alternativamente las dos grandes lámparas que, sostenidas por dos ángeles, colgaban a uno y a otro lado del altar, y acercándose le dijo:

-Mucho adorno, muchas figuras, mucha hojarasca... Son platerescas.

-¡Tan grandes (exclamó), y de plata!

-¡Ah!..., no, señor (le contestó el Cura). Son de madera.

Desde allí pasaron a la sacristía, formada de una pequeña sala que caía a espaldas del altar mayor, e iluminaban dos ventanas altas, cruzadas de barrotes de hierro, que daban a la calle; por debajo de estas ventanas se extendían las cajoneras en toda la longitud de la sala. A la derecha se abría una puerta de roble, fuerte y vigorosamente asegurada en los goznes, que comunicaba con un huerto que no pasaría de un celemín de tierra, al que

daba sombra la extensa copa de una higuera inmemorial. Por este huerto se pasaba a la habitación del Sacristán, y un muro de mampostería, elevado a la altura de las ventanas de la sacristía, cerraba toda comunicación con la calle. En fin: enfrente de la puerta de comunicación con el huerto se abría otra igual que daba paso a la casa del Cura.

Aquí fue el Sacristán el encargado de enseñar los ornamentos, y no tardó mucho en colocar sobre el ancho tablero de las cajoneras los ternos de más valor por su riqueza o por su antigüedad, y el Diputado electo los admiraba, exclamando con frecuencia: «¡Precioso! ¡Magnífico! ¡Soberbio!», sin poner realmente gran atención en lo que veía. El Sacristán, por su parte, hacía brevemente la historia de cada una de aquellas sagradas vestiduras, en tanto que el Ayuntamiento, formado en corro alrededor del Diputado, se regocijaba del asombro que causaban las ricas telas, los armoniosos matices y los exquisitos bordados de las casullas, de las dalmáticas, de las capas pluviales y de las albas guarnecidas de encajes.

-¡Esta iglesia es opulenta! -dijo el Diputado.

-No, señor (le contestó el Cura). La iglesia está pobre: lo que V. ve es un legado antiguo, que nos ha dejado la piedad de nuestros padres. Hoy, apenas tenemos para las primeras necesidades del culto.

-El lujo (añadió el elegido del pueblo) es una necesidad del hombre civilizado; pero entendámonos, el lujo reproductivo. La ciencia moderna ha puesto los puntos sobre las íes, y aquí tiene V. un gran capital amortizado, extraído de la circulación de la riqueza pública.-¡Contrastes de las épocas!

-Cierto (replicó el señor Cura afablemente): contrastes de las épocas. Yo, por mi parte, entiendo que el lujo consiste en lo que es superfluo, y éste es el tributo más justo que puede pagar el hombre, porque a Dios se lo debemos todo.

-Ahora (dijo el Alcalde) vamos al trueno gordo. Nos quedan que ver las alhajas de la Virgen.

-¡Oh! (exclamó el Diputado.) En punto a alhajas, debo anticipar a Vds. que nada puede sorprenderme: he visto las mejores del mundo, y hoy se trabaja en ese ramo maravillosamente.

Mientras hablaba así, el Cura y el Alcalde hacían salir de la parte superior de la cajonera, en la mitad de su longitud, a los pies del Crucifijo sostenido en la pared, delante del que se revestían los sacerdotes, un cajón pequeño, perfectamente ajustado a su hueco, y cuyo fondo vacío no pasaba de dos pulgadas de ancho. El espacio a que el cajón se ajustaba aparecía cortado interiormente por un tablero de madera. El Cura y el Alcalde introdujeron a la vez las manos, e hicieron saltar dos cuñas laterales, estrechamente adheridas a sus respectivas mortajas, y entonces el tablero se inclinó hacia adelante, descubriendo un segundo fondo: de allí sacaron el cofre de hierro.

Era una caja de poco más de un palmo en cuadro por otro palmo de altura, hallándose la tapa desprendida de los pasadores con que debió quedar sujeta antes de ser enterrada en la Gruta, y bien se advertía que habían sido limados los pasadores para poder abrirla: no tenía cerradura. Dentro de ella se escondía otra caja de cedro pulimentado. En el momento en que esta segunda caja iba a abrirse, se estrechó el medio círculo formado por los circunstantes, y las cabezas se apiñaron alrededor del señor Cura y del Alcalde.

Un relámpago de luces de todos colores invadió los ojos del Diputado, y su asombro habría sido advertido, si todas las miradas no hubiesen estado fijas en el fondo resplandeciente de la caja que acababa de abrirse. Solamente el síndico, extraño a todo menos a su viña, a sus deberes municipales y a sus cacerías en la sierra, se paseaba, alejado del grupo, a lo largo de la sacristía, contemplando, ya uno, ya otro, los cuadros de Santos que decoraban las paredes, o entretenía su indiferencia desde la puerta que daba al huerto, viendo a los gorriones saltar de la higuera a la tapia.

-Aquí tiene V. (dijo el Alcalde) las alhajas de la Virgen.

-Parecen ricas (contestó el Diputado, procurando sonreírse). ¿Están Vds. seguros de que toda esa pedrería no es falsa? Porque la industria hace prodigios, y ahora se imitan las piedras preciosas de un modo maravilloso.

-Estamos seguros (le replicó el Cura). Basta advertir que en los tiempos a que se remonta el hallazgo de estas joyas no se conocía el modo de falsificarlas. Vea V. los arabescos que forman las piedras preciosas, las esmeraldas que unen las hojas de la diadema, la forma de tiara que ésta semeja, las argollas de oro macizo rodeadas de un cordón de rubíes, las pulseras en forma de rosas rociadas de diamantes, y, en fin, esas sartas de perlas de todos tamaños descubren el gusto y el lujo oriental de estas joyas. ¿Quién pudo enterrarlas en la gruta? Hay que presumirlo, pues no se sabe. Lo que consta por documento auténtico es que los reconquistadores que las encontraron las cedieron en honor y obsequio de la Santa Virgen, y así vienen de generación en generación. El proceso de este milagroso hallazgo se encuentra en el archivo de la parroquia. Como V. ve, la tradición y la gloria de este pueblo se hallan vinculadas en la devoción a la Virgen. ¿En qué manos mejores podía ponerla?

-No me opongo (dijo el Diputado), porque yo respeto todas las opiniones, y llevo mi tolerancia hasta las preocupaciones.

Sólo el Cura comprendió todo el valor de esas palabras, y siguió diciendo:

-Antes se guardaba el cofre de hierro en la gruta, en el mismo camarín de Nuestra Señora; mas la aparición de un famoso bandolero -Mindolo, intercaló el Alcalde- hicieron temer un robo sacrílego, y desde entonces se guarda aquí, como V. ha visto, bajo dos llaves, una que tiene el señor Alcalde y otra el Cura de la feligresía.

Dicho esto, metió la caja de madera en la caja de hierro, y una dentro de otra las ocultó en el hueco abierto por el cajón, encajó el tablero en sus ranuras, las cuñas volvieron a ajustarse en sus mortajas, y el cajón entró en su sitio. El Alcalde y el Cura dieron una vuelta entera a cada una de las cerraduras, guardándose uno y otro sus respectivas llaves.

-¡Qué hermosura de perlas!... exclamó un concejal, todavía admirado de haberlas visto.

-Mucho (añadió el elegido); pero en punto a perlas, la más célebre es la Perla de Rafael.

El señor Cura se echó a reír. Si era chiste, porque tenía gracia; si era ignorancia, porque no dejaba de ser chistosa.

Salieron de la sacristía por la puerta que daba a la casa del Párroco, y el síndico se acercó al Diputado, preguntándole:

-¿Todo se ha visto, eh?

-Todo -le contestó.

-¿Y el cofre?

-¡Oh! Sí (exclamó). También he visto el cofre de hierro.

Capítulo XI
El paraíso

Hasta ahora no hemos hecho más que ver la parte exterior del personaje elegido por el voto popular, y podemos decir que aún no lo conocemos, puesto que todavía no sabemos su nombre. No hay que extrañar una falta que tan fácilmente puede subsanarse, y que, a mayor abundamiento, tiene sus razones. Primera: que la mayor parte de los electores del pueblo se encuentran en la misma ignorancia. Segunda: que una vez designado por todos con el título de Diputado, no necesita, en realidad, otro nombre para abrirse paso en el mundo, y ser conocido.

¿Acaso es tan ignorada esa nueva planta, y tan oscura la vida de esa especie espontánea, que no acertemos a distinguir los rasgos característicos de la familia en toda la variedad de sus ejemplares? Cabalmente, por punto general, vienen al mundo lo mismo que los simples mortales, sin ser conocidos de aquellos a quienes se atribuye la facultad de darles el ser. No nacen a la vida ordinaria, a la vida particular que vivimos los demás hombres; nacen a la vida pública; y como el secreto de las fecundaciones no se ha descubierto todavía, salen al mundo público incubados en el misterio perpetuamente impenetrable de las urnas electorales. El recién nacido puede ser joven, puede ser viejo; mas, de cualquier modo que sea, desde el punto mismo de su nacimiento corre de su cuenta el hacerse hombre. Es una generación nueva, mejor dicho, es la tendencia, el modo de ser dominante en la nueva generación. ¿Qué más quiere saberse?

Muy bien; pero somos curiosos, nos gustan las cosas con pelos y señales, y tenemos derecho a saber su nombre y apellido. ¿Y para qué? Ahí está el acta de su elección, porque las papeletas de la candidatura depositadas en la urna fueron quemadas inmediatamente después del escrutinio. Mas ¿qué nos importa su nombre? Désele uno cualquiera. ¡Hay tantos que poderle dar! Contentémonos con saber que es Diputado. Su naturaleza, después de todo, era la naturaleza humana; su vecindad, dudosa, porque activo, movible, impaciente, no acierta a estarse quieto en ninguna parte, viniendo a resultar que casi no tiene domicilio fijo; su casa siempre es la mejor fonda, con lo cual consigue tener buen hospedaje en todas las capitales del mundo; su profesión, se ignora; sus bienes de fortuna no constan anotados en ningún registro de la propiedad; pero indudablemente es hombre que sabe, porque habla de todo; y debe ser rico, porque gasta como un potentado. En cuanto a su familia, es seguro que ha
de andar reñido con ella, pues nunca la nombra. ¿Se quieren más detalles? Vamos a darlos.

Si se tiene en cuenta el ligero ceceo con que pronuncia las palabras, el desparpajo de sus chistes, la prontitud de sus respuestas y la soltura de su lengua, hay que tomarlo por andaluz; mas no debe perderse de vista que anima el relato de sus cuentos, siempre que el caso lo requiere, imitando al pie de la letra el áspero acento de los catalanes, el dejo sobón de los aragoneses, la desabrida modulación de los valencianos y la cadencia llorona de los gallegos. En este género de imitaciones era un prodigio.

Suele haber días que amanece más temprano, y son aquellos en que la primera luz de la mañana nos trae algún acontecimiento extraordinario, que el temor o el deseo nos anticipan, porque acontece que el temor y el deseo no nos dejan dormir tranquilos, y nos despiertan antes que las dudosas claridades del alba anuncien la proximidad del nuevo día. Ése debía ser el motivo que ocasionaba el movimiento interior que se advertía en las principales casas del pueblo en la madrugada del día siete de marzo de mil ochocientos y tantos.

En medio de la oscuridad con que la noche envolvía la antigua villa, llamémosla así, de los Remedios, en el tranquilo silencio de sus calles desiertas, se echaba de ver que no todas las familias del pueblo dormían a pierna suelta, como era costumbre en las madrugadas de los días ordinarios, porque a través de los postigos entornados se escapaban rayos de luz que iban a reflejarse en las paredes de enfrente, o se desvanecían en las sombras a lo largo de las calles.

Dentro de las casas se percibía ese ruido sordo que produce el movimiento de una familia que despierta a deshora; rumor confuso de pasos que van y vienen, de voces que llaman, que disponen, que advierten; de murmullo de conversaciones íntimas y de risas, que bien daban a entender lo alegre del suceso. En los paradores la animación no era menos activa; el candil clásico iba de una parte a otra, como si ufano de sus rojos resplandores quisiera disputarle al sol el privilegio de iluminarlo todo; las mulas hacían

resonar los clavos de las herraduras sobre el empedrado de las cuadras, y ya medio aparejadas sacudían las campanillas de los collares, relinchando, ni más ni menos que si exclamaran: «¡Qué demonios de tempranera es ésta!» Y empinaban a la vez las orejas, moviéndolas de un lado a otro, en atención a que andaban por allí los muleros echando por aquellas bocas sapos y culebras.

A todo esto, los carros y las galeras con sus toldos de lona, ellos descansando sobre las varas apoyadas en el suelo y ellas con las lanzas tendidas señalando el camino, con sus dobles bocas abiertas, parecía que esperaban el momento de tragarse a toda la familia; pero entre tanto, las mozas de la casa, peinadas de fiesta y vestidas de gala, bajaban cestos y canastas cubiertos con manteles, que se iban colocando en las aguaderas atadas en los varales de las galeras y de los carros.

Y sobre el fondo confuso del sordo tumulto de voces, pasos, risas, conversaciones, gritos, coces, relinchos y estrépito de campanillas, se destacaba el cacareo de las gallinas que empezaban a desperezarse, el canto triunfante de los gallos que anunciaban la próxima llegada del día desde el fondo de sus escarbados dominios, encerrados dentro de las tapias de los corrales, y los ladridos de los perros que sonaban aquí, luego allá, luego más allá, luego más lejos, lo mismo que si fuesen centinelas apostados de distancia en distancia que se dan la voz de alerta.

En cuanto a los pájaros, sabían perfectamente que no era todavía hora de echar a volar; pero sorprendidos por la algazara de la casa, se revolvían en los nidos, temerosos de que se les jugara alguna mala partida, y aleteaban como quien se viste deprisa, y asomando las movibles cabezas por debajo de las tejas, se miraban unos a otros piando, con lo cual querían decir claramente: «¡Vecino!... ¿qué pasa?»

Más madrugador que el día, el aire mensajero de la mañana volaba bullicioso, metiéndose por todas partes, lo mismo por las junturas de las ventanas, que por debajo de las puertas, que por los vidrios rotos de los postigos, y aquí me entro, allí me salgo, alzaba las cortinas, ponía en movimiento los papeles sueltos que hallaba sobre las mesas, y hacía vacilar la llama de las luces sobre los mecheros de los velones, y sin más cumplimientos soplaba muy frescamente sobre el rostro de los que le salían al paso, diciendo a unos y a otros: «¡No saben Vds. el frío que hace por ahí fuera!»

Al fin clareó en el horizonte el primer reflejo del día; las estrellas, avergonzadas, empezaron a ocultarse en la profundidad de los cielos, al paso que las nubes, formando dibujos imposibles, acudían presurosas a presenciar el nacimiento de la mañana. Allí, formadas en grupos movibles, cambiando a cada momento de tonos y de contornos, comenzaron a ataviarse deprisa y corriendo con sus más ricas galas; y eche V. encajes de los más caprichosos bordados, bandas magníficas de brocado de oro, y mantos espléndidos de soberbia púrpura. Allí, escalonadas unas sobre otras, parecían dispuestas a detener el paso de la mañana; pero de repente brotó un rayo de sol del fondo aterciopelado de sus lujosas vestiduras, lo mismo que brota entre los peñascos un chorro de agua.

El cielo, cada vez más azul, sonreía, los árboles sacudían sus hojas cuajadas de perlas, el agua saltaba cubriendo el aire de diamantes... Era el día que iluminaba el cielo, llenando la tierra de regocijo. El día precisamente señalado en el programa del Ayuntamiento para la gira en la Gruta milagrosa.

En el camino que, subiendo y bajando, conduce del pueblo a la Ermita, se veía hormiguear, en diversidad de colores, un cordón de gente: unos a pie, otros a caballo sobre mulos recelosos o sobre pacientes borricos; todos en larga caravana, de vez en cuando interrumpida, se dirigían al santuario, que blanqueaba a lo lejos en el centro de la ancha cuenca formada por la sierra, mientras la campana suspendida sobre el pórtico de la capilla llenaba el aire de alegres sonidos, clamando: «¡Aquí!» «¡Aquí!» «¡Aquí!» A lo

mejor una nube de polvo anunciaba el paso de una galera, detrás iba un carro, detrás una tartana; conforme el día adelantaba, crecía el movimiento.

La galera del señor Alcalde retumbó en el camino, atestada con todo el personal del Ayuntamiento. En el sitio de preferencia, detrás del mulero, asomaba la cabeza del Diputado. Delante, muy delante, corría una tartana, dejándose atrás lo que encontraba al paso.

-¿Quién va allí? -preguntó.

-Aquella (le dijeron) es la tartana de Cañizares.

-Corre bien (añadió): mulero, vamos a cogerla.

-¡Hala! -gritó el mulero, haciendo crujir el látigo sobre las orejas de las mulas.

Pronto la galera alcanzó a la tartana, en la que iban María de la Paz y Nona, Aurora y Marta. Cuando la penúltima vio que aquel carruaje se les echaba encima, se volvió con viveza, diciendo:

-Chucho, que no nos alcance la galera del Alcalde.

Chucho, clavado en el asiento de varas, se aseguró el sombrero en la cabeza, torció la boca y ladró mil veces mejor que un mastín, y el macho, que lo entendía como si lo hubiese parido, salió lo mismo que una centella. La tartana volaba, y la galera la seguía como un torbellino.

Entre el polvo que levantaban las ruedas y bajo los pabellones encarnados que adornaban la boca de la tartana, el Diputado veía resplandecer el rostro de Aurora y chispear las miradas en la negra profundidad de sus ojos soberbiamente rasgados. Él había agitado su sombrero para saludarla; ella, después de llevarse el pañuelo a la boca, lo sacudió en el aire contestando al saludo. Se miraban y se sonreían, y un pensamiento mutuo, siempre el mismo, iba de la galera a la tartana y volvía de la tartana a la galera, como lanzadera impalpable que traía y llevaba el hilo invisible de mudas comunicaciones. Y aquellas miradas, y aquellas sonrisas, y aquella carrera, tenían algo de vértigo.

Al fin la tartana se detuvo al pie de la cuesta que subía a la Ermita, y detrás de la tartana se paró la galera, al mismo tiempo que el Diputado saltaba ágilmente por encima del pescante, llegando a la boca de la tartana de Cañizares en el momento en que Aurora salía como el sol entre nubes. Casualmente la falda del vestido, detenida dentro del carruaje, descubría todo el pie de Aurora puesto sobre el estribo, pie que, dicho sea de paso, habría besado el elegido del pueblo, si la estrecha cara del zapato, cubierta con un gran madroño de seda, ofreciera espacio bastante para un beso; pero nuestro hombre no era de los que pierden el tiempo, y puesto que le daban el pie se tomó la mano, ofreciendo la suya a la hermosa hija de Cañizares, que no vaciló en aceptar el obsequio.

-No ha podido V. cogerme -le dijo, riendo a carcajadas.

-¡Cómo no! (exclamó él, oprimiendo la mano de Aurora.) Me parece que la tengo a V. cogida.

-¡Toma!... (replicó ella, apoyándose en la mano del Diputado para saltar del estribo.) Entonces también puedo yo decir que le tengo a V. cogido.

-¡Eh!, ¡eh!, ¡niñas! (gritó María de la Paz, asomando la cabeza por la boca de la tartana.) No hay que perderse por esos vericuetos; lo primero es ir a rezarle a la Virgen.

Aurora echó delante, y comenzó a subir la cuesta seguida del héroe de aquella fiesta popular; detrás subían María de la Paz, Nona y Marta, y cerraba la marcha el Ayuntamiento, formando la escolta.

El aspecto que presentaban los alrededores del Santuario no podía ser ni más animado ni más vistoso. Las familias se albergaban, según iban llegando, al pie de los árboles que cubrían las vertientes a uno y a otro lado de la cuesta; las enredadas ramas de las higueras, la sombra de los olivos y las copas de los castaños servían de techos

hospitalarios, y las mantas encarnadas, amarillas y negras, o blancas y azules, extendidas de un árbol a otro, coloreaban sobre el fondo oscuro del monte como tiendas de campaña. Con cuatro piedras escogidas a propósito se construía el hogar, y los tornillos, y los romeros, y los lentiscos humeaban en aquellas cocinas improvisadas. Aquí se comía, allí se cantaba, más allá mozos y mozas se deshacían en las más vivas contorsiones del baile; y el rasguear de las guitarras y el puntear de las bandurrias, y el repiqueteo de las castañuelas, y los acentos, ya alegres hasta hacer saltar los pies, ya melancólicos hasta hacer saltar las lágrimas, de
los cantos populares, resonaban por todas partes.

A lo lejos, viniendo del pueblo, la multitud acampaba en las laderas del monte. Parecía un torrente formando cascadas, en que se agitaban revueltos todos los colores del arco iris. Arriba la Ermita, inmóvil como el que espera; abajo la multitud, bulliciosa como quien llega; la cruz que se eleva, el pueblo que sube: en lo alto la esperanza; al pie la alegría.

En las ciudades la vida es solitaria; cada uno va encerrado en el egoísmo de su pensamiento; nadie piensa más que en sí mismo; los hombres se miran con indiferencia, con desdén o con recelo; las formas exteriores del trato no son más que aspectos convenidos, detrás de los que se oculta el interés, la animadversión, el engaño, la envidia, y ¡cuántas veces el odio! La sinceridad, esa gran puerta del alma, nunca se encuentra abierta.

En el campo ya es otra cosa: la naturaleza es más comunicativa, más espontánea que la sociedad; el paisaje es más alegre que la población; la sombra de los árboles es más risueña, más afable, más hospitalaria que la sombra de los palacios. Los hombres se ven, se conocen, se saludan y se hablan; las familias se mezclan, se confunden; las diferencias desaparecen ante la realidad de que es una misma la tierra que a todos los sustenta y uno mismo el cielo que a todos los cobija. En la ciudad, la casa se cierra, el dinero se esconde, la felicidad se finge. En el campo, se parte el hogar, se parte el pan, se parte la alegría. En la ciudad todo es de uno, de dos, de tres; en el campo todo es de todos. En fin: las grandes poblaciones apenas tienen cielo; en el campo todo es horizonte.

Desde el pie de la cuesta hasta el atrio de la Ermita el paso de nuestro héroe fue una carrera triunfal; la gente se agolpaba a las orillas del camino para verlo de cerca, los jóvenes lo miraban con curiosidad y con admiración, los ancianos con respeto. De vez en cuando salían de los grupos de aquellas gentes sencillas voces que lo vitoreaban; pero donde obtenía el verdadero éxito, el verdadero triunfo, era entre las mujeres, sobre todo entre las mujeres de las familias más acomodadas, entre aquellas que por sus bienes de fortuna, por lo antiguo del abolengo y por la novedad de la belleza se consideraban con derecho a matrimonios ventajosos. ¡Cuántas pretensiones le salían al paso bajo el aspecto de insinuantes miradas y de incitadoras sonrisas!...

Y lo curioso del caso es que las muchachas más frescas cuchicheaban entre sí al verlo, se llevaban los pañuelos a la boca como queriendo contener las carcajadas que bullían en sus labios, y se encendían las mejillas como las nubes cuando el sol amanece, y los párpados se entornaban como las puertas detrás de las que queremos ver sin ser vistos, porque las mujeres del Mediodía, cuando abren la boca cierran los ojos, ni más ni menos que el que tira la piedra y esconde la mano.

Y todo ello consistía en que los cuentos, siempre verdes, del Diputado, no se sabe cómo, corrían entre ellas de boca en boca y de oído en oído, y no podían verlo sin celebrarlos con las mejillas encendidas, los ojos a media luz y las bocas reventando de risa.

No hay que decir si tan dichoso mortal recogería con satisfacción los laureles de su triunfo; mas hay que advertir que los recibía sin vanagloria, más bien con la natural soltura del hombre que agradece la generosidad del deudor que le paga lo que le debe.

Aurora marchaba delante con aire victorioso; aquel triunfo era su triunfo: las miradas iban detrás del Diputado, y el Diputado iba detrás de ella.

Llegaron al atrio de la Ermita, y María de la Paz, Nona, Aurora y Marta se dirigieron al templo, desapareciendo envueltas en la doble corriente que formaban los que entraban y los que salían. Nuestro Diputado se detuvo contemplando el extenso paisaje que se extendía hasta el horizonte. Poco después apareció Aurora en la puerta de la Ermita; y dando vueltas a una de las esquinas del santuario, se ocultó detrás del edificio; él la vio salir y doblar la esquina; y tomando el camino contrario, se perdió detrás del ángulo opuesto, y ¡qué demonio!, a los pocos pasos los dos se encontraron, ¡vaya una casualidad!, detrás de la iglesia.

Ni uno ni otro mostraron sorpresa al encontrarse...: ¡era tan natural el encuentro!

A la espalda de la Ermita se abre un valle, cubierto de espesa arboleda, sombreado por la altura de la sierra que lo resguarda de los ardores del sol, y defendido de los vientos del Norte por la alta colina en que está asentada la Ermita; se goza en él de una primavera casi perpetua: cultivado en pequeños huertos, se halla cruzado por senderos que serpentean en las desigualdades del terreno, apareciendo y desapareciendo bajo la sombra de los frutales; hilos de agua, escapados del manantial de la gruta, se precipitan en estrechas regaderas, murmurando como quien va deprisa y habla solo; los pájaros anidan sobre las ramas cargadas de frutos, porque las familias previsoras deben tener el hogar junto a la despensa, y cantan con toda la alegría de los que viven a mesa puesta; al través del ramaje entrelazado penetran los rayos del sol como polvo de oro cernido por las hojas, y el viento silba dulcemente bajo las bóvedas formadas por las copas de los árboles, imponiendo silencio
al gorjeo de los pájaros y a los murmullos del agua.

-¡Precioso valle! -exclamó el Diputado.

-¡Vaya! (replicó Aurora.) ¡Precioso! Es el Paraíso. Lo llamamos así en el pueblo, porque aquí siempre es primavera: hay rosas todo el año. ¡Ah!... Estoy viendo una que empieza a abrirse; allá abajo...: es de cien hojas, de las que más me gustan, y voy a cogerla.

Diciendo así, mostró su más deliciosa sonrisa, chispearon sus ojos entornados, se abrió su arrogante entrecejo como un regazo que espera; y dejando flotar el pañuelo amarillo de casimir de la India que cubría sus hombros, semejante a una mariposa que se escapa de entre las manos, se lanzó por la pendiente del sendero que bajaba al valle.

Siguiola el Diputado guiñándose el ojo, y diciéndose a sí mismo:

-¡El Paraíso!... ¡Oh!... ¡Magnífico!... Entremos en el Paraíso.

Capítulo XII
Adán y Eva

Medio escondida entre las ramas y las hojas entrelazadas, la rosa a medio abrir se veía como solemos ver la faz medio temerosa medio risueña de una monja al través de las dobles rejas del locutorio.

Aurora forzó fácilmente la clausura, y la sacó de la oscuridad del claustro en que el rosal la tenía cogida, para que brillara en el mundo de su cabeza sobre la negra sombra de sus cuantiosos rizos.

Fue dicho y hecho, pues cuando llegó nuestro hombre ya la rosa, prendida con toda la gracia del mundo, sonreía por sus cien hojas, satisfecha de adornar tan gallarda cabeza.

Él saboreaba interiormente las delicias de la predilección que obtenía, y, semejante al gato que deja correr delante de sus ojos al ratón indefenso, seguro de alcanzarlo,

devoraba en muda contemplación los encantos que la juventud y la belleza le ofrecían en impremeditado abandono.

Porque Aurora, sin darse cuenta de ello, no omitía ninguno de los detalles con que la mujer se complace en realzar las seducciones de su persona, y ya el pie bullicioso asomaba y se escondía bajo las ondas del vestido, ya la mano, palpando la oscura abundancia de los rizos, hacía resaltar lo correcto del dibujo y la blancura sonrosada de los dedos, ya el pañuelo, recogido airosamente sobre un hombro o sobre otro, descubría a medias, para mayor atractivo, las ondulaciones del talle y los contornos del brazo. Y tan armonioso conjunto resultaba animado por sonrisas rápidas, por miradas brillantes y fugitivas, a la vez que las movibles ventanas de su nariz recta y graciosa se dilataban, como si el alma dentro de aquel cuerpo contenida respirara con ansia el aire silencioso de todos los deseos.

Al Diputado le faltaban ojos para seguir el inventario de tantas perfecciones, y comprendía con halagüeña claridad que en la urna escondida de aquel corazón de dieciocho años había sido elegido por unanimidad, y contaba y recontaba todas aquellas demostraciones que el empeño de agradar inspira a las mujeres como votos favorables. Hacía el escrutinio de esta segunda elección, y se erguía triunfante, lo mismo que si tuviera el acta en el bolsillo.

La coquetería no es ciertamente el amor, pero convengamos en que es la antesala de todos los amores.

Hasta el momento a que hemos llegado, la conversación no había podido salir de frases insignificantes y de monosílabos sin importancia, hilos sueltos que no podían atarse para formar la urdimbre en que la palabra teje la tela matizada de las conversaciones.

Andaban sin dirección fija, con lentitud indiferente, lo cual no impedía que mutuamente se observasen. Así penetraron en lo más espeso del valle, donde los senderos, embovedados por las ramas de los árboles, les ofrecían a cada paso continuas tentaciones de perderse en el laberinto de caminos ocultos que se abría a su paso. Allí llegaba el rumor del pueblo, que bullía en la pendiente opuesta de la colina, y al través del ramaje se le veía hormiguear alrededor del Santuario.

Nada convida tanto el abandono de las mutuas confidencias como la soledad, la sombra y el silencio; pero es el caso que Aurora guardaba la reserva incitadora con que nos detienen y nos atraen las puertas entornadas; al mismo tiempo que el insigne Diputado se encerraba en ese silencio estratégico, comparable a la inmovilidad de la araña que espera a la mosca.

Ella se paró de pronto, miró al Diputado entornando los ojos, y le dijo:

-Ya hemos visto el valle; ahora subiremos a la Ermita por la senda de los olivos.

Él replicó al golpe:

-Me parece que todavía no hemos pecado, para que se nos eche tan pronto del Paraíso.

Con toda la sencilla naturalidad con que Eva debió ofrecer a Adán el fruto vedado, la hermosa hija de Cañizares soltó el trapo a reír, al mismo tiempo que decía:

-Sí; pero no hemos de pasar aquí toda la mañana. Ya empieza la gente a salir de la Ermita.

Adán se aproximó a Eva, e inclinándose para acercar la voz al oído, pronunció estas palabras:

-Yo viviría eternamente en este paraíso.

Movió ella la cabeza con risueño desdén; dejó que sus rizos flotaran un momento sobre las mejillas del Diputado, y después le dijo:

-¡Eternamente!... ¡Bah!... Este paraíso es muy pequeño para tanto tiempo.

Positivamente no esperaba él tan singular salida; pero no se detuvo, y preguntó admirado:

-¿Qué cosa más grande hay en el mundo?...

Mirolo Eva de alto a bajo, se encogió de hombros, y contestó sencillamente:

-El mundo.

-Cierto (se apresuró a decir él, mientras aspiraba con ansia el perfume de la rosa prendida en la cabeza de Aurora); cierto: nada hay en el mundo más grande que el mundo.

-Es mi sueño (añadió ella). Nunca lo he visto; pero yo no sé quién me cuenta de él tantas maravillas, que quiero verlo. Aquí es la vida muy sosa. Todos los días iguales, las mismas caras siempre, siempre las mismas gentes, siempre las mismas conversaciones; la siega, la siembra, la vendimia; el año se pasa mirando al cielo por si llueve o si no llueve, y no hay que hablar de otra cosa. Mi padre tan brusco; mi madre tan gorda; Nona tan santa...

Caían estas palabras de los labios de Aurora con el natural abandono con que caen de las ramas de los árboles los frutos maduros, y el Diputado los saboreaba antes de probarlos; y como quien va a tiro hecho, torció el ala del sombrero sobre la ceja derecha, para dar más gracia a su fisonomía, cogió al paso la mano de Aurora, y la oprimió, diciendo:

-Lo comprendo todo: con dos ojos como dos soles, con una boca que dice «comedme», y con un talle que se lleva detrás todas las miradas, las cuatro casas de un pueblo escondido en el último rincón de la tierra, no ofrecen, en verdad, encanto alguno para seducir a nadie.

-¡Pues! (añadió Aurora.) Yo me desespero, y duermo por desquitarme; sueño muchas locuras; pero llega el día, el ruido de la casa me despierta, abro los ojos, y quisiera morirme; porque al fin, ¿no estoy ya enterrada?

-¡Enterrada! -exclamó el Diputado.

-Y no es eso lo peor (siguió diciendo), sino que al fin me casarán...

-¡Casarán! -repitió él con particular extrañeza.

-Ni más ni menos (dijo Aurora). Ya está arreglada la boda; el día menos pensado me llevarán a la iglesia, y cruz y cuadro.

-¿Con quién? -preguntó.

-¡Toma! (le contestó.) Con un pariente nuestro, a quien no hemos visto nunca, que vive en otro pueblo más feo que éste, al otro extremo de la sierra, adonde no se puede ir más que a caballo, subiendo y bajando, porque no hay camino carretero, y se tarda día y medio. Dicen que es un pueblo donde la gente aúlla.

-¡Con un patán! (exclamó el Diputado.) Un destripaterrones, un majagranzas, con barba de ocho días, manos ásperas y pies sucios, rudo como piedra berroqueña, probablemente viejo, y de seguro feo.

-No, no (se apresuró a decir Aurora). Es joven, y los que lo han visto dicen que es hermoso.

-¿Qué saben esas pobres gentes (replicó el Diputado) de juventud ni de belleza?... Lo estoy viendo chato, curtido, velloso..., una fiera salvaje.

-Mi padre (añadió ella dulcemente) nos lee sus cartas, que no están mal puestas, y se le va el santo al cielo con ellas.

-¡Psh! Cartas que le escribirá el Cura, como si lo viera.

-Pues bien: me casarán -dijo ella suspirando.

-¡Imposible! -exclamó él, estrechando más, como accidente retórico, la mano de Aurora, que conservaba entre las suyas.

La seducción es siempre la misma; no ha pasado todavía de sus tres recursos elementales y únicos: la promesa, la dádiva y la amenaza; y ésos son los escollos en que naufragan tantas mujeres. Por lo visto, no hay necesidad de aguzar el ingenio, en atención a que en la mayor parte de los casos se encuentra la mitad del camino hecho.

El Diputado siguió diciendo:

-Soy libre; veré al Sr. Cañizares, y le pediré la mano de su hija.

-Eso es machacar en hierro frío. A mi padre, terco como un guardacantón, se le ha metido en la cabeza el pariente, y no se le saca ni a tres tirones.

Atrayéndola él hacia sí, como para defenderla de la tiranía paterna, rodeole suavemente la cintura, diciendo:

-Cederá.

-No (dijo Aurora); los Cañizares no ceden nunca.

Entonces apretó el nudo en que sus brazos la sujetaban, dispuesto a disputársela a todos los Cañizares juntos.

-Miel sobre hojuelas (replicó). Así como así, no me paro nunca en barras... No se suelta fácilmente el tesoro que se tiene entre las manos. Vengan Cañizares... jugaremos la última partida. Un rapto...

-¡Robarme! -exclamó Aurora, medio risueña, medio asustada.

-No, no se roba lo que ya nos pertenece -le contestó, añadiendo una vuelta más al tornillo de sus brazos.

El demonio de la casualidad los había rodeado de todas las complicidades. Sin darse cuenta de ello, se hallaban en el centro de un círculo de árboles, cuyos troncos parecían complacerse en cerrarles el paso, a la vez que las ramas, entrelazadas sobre sus cabezas, se interponían maliciosamente entre el cielo y la tierra, dejando que los rayos del sol penetrasen al través de las hojas. Por su parte, el silencio, con el dedo invisible puesto sobre su boca nunca vista, espiaba los más ligeros rumores, ansioso de recoger hasta el último suspiro. Llegaba el aire en ondas mudas y suavísimas, llevando como en ofrenda el polen perfumado de los azahares, el polvo impalpable de las azucenas y el aliento amoroso de los rosales. Para que nada faltase al conjunto del cuadro, mariposas de diversos matices hacían allí el papel de inquietos amorcillos que, revoloteando alrededor de la enamorada pareja, la estrechaban en continuos círculos, y parecía que al encontrarse en la incesante
movilidad de sus vuelos, se decían unos a otros: «¡Eh!: que no se escapen.» Huía el agua por los estrechos cauces de las regaderas hablando sola, porque su castidad, alarmada, había comprendido de una sola ojeada que el fuego se acercaba a la estopa, y corría murmurando, y tal vez se hacía cruces interiormente, diciéndose a sí misma: «¡Qué mundo! ¡Qué mundo éste!...»

En resumen: la ocasión traidora, la soledad alevosa y la naturaleza propicia se confabulaban para el éxito completo de un caso de amor como otro cualquiera, en que las cosas se hallaban dispuestas de modo que no eran necesarias tantas complicidades.

Aurora levantó los ojos, a la vez que su boca entreabierta parecía como que intentaba sonreírse. Lo que decía aquella mirada y lo que decía aquella sonrisa, son conceptos que no tienen traducción en ninguna lengua; pero el orden establecido en el abandono de las amorosas intimidades rara vez se interrumpe; así es que detrás de la mirada está siempre la sonrisa, y detrás de la sonrisa el beso.

Ello es que había llegado el momento crítico, el momento oportuno: antes habría sido demasiado temprano; después sería demasiado tarde, porque todas las cosas tienen su sazón, y ¡vaya V. a contener el fruto completamente sazonado que se empeña en caer del árbol!

El Diputado recogió con la suya la mirada de Aurora. Muy bien; pero ¿cómo recoger la sonrisa que le ofrecían los frescos y a la vez encendidos labios de la hermosa hija de Cañizares? Lo de siempre; porque, échese por donde se quiera, la flaqueza humana, que tantas variedades presenta, no ha encontrado todavía más que un solo camino. Inclinose el Diputado victorioso sobre la boca que le sonreía con el afán con que la sed se acerca al

agua... Pero... ¡oh capricho de la naturaleza humana! Ella, más ligera que el deseo que inspiraba, se desprendió de los brazos que la oprimían, echó atrás su graciosa cabeza, y frunciendo vigorosamente el entrecejo, dijo con resuelta firmeza:

-No; eso nunca.

¿Habéis visto alguna vez la actitud y el semblante del niño a quien se le escapa el pájaro que tiene entre las manos? Pues así, confuso, indeciso, aturdido, se quedó el Diputado, inmóvil delante de Aurora. Jamás le había ocurrido cosa más inesperada.

Poseía como talento toda la malicia del mundo; pero ¡cuán inocente debía entonces parecerle su propia malicia!

-¡Ya la tenemos! (exclamó Aurora mirando al través de las ramas de los árboles.) Marta baja. Viene a buscarme.

Luego miró al Diputado sin ceño, sin enojo, y arrancando de sus rizos la rosa que llevaba prendida en ellos, se la arrojó, diciéndole:

-Señor Diputado..., me llaman...: hasta luego.

Antes de llegar al pie de la cuesta que sube a la Ermita, encontró a Marta, y le dijo:

-¡Ya estás aquí...: eres mi sombra!

-Sí (replicó Marta); tu sombra, porque tienes los demonios dentro del cuerpo.

-Mejor -le contestó.

-¡Mejor!..., y te has salido de la iglesia antes y con antes, y te has venido sola con ese enemigo de hombre, que me representa a Lucifer siempre que lo veo. Vas a meter el infierno en la casa. Si tu padre se entera, vamos a tener el día del juicio.

-Yo le quiero -dijo Aurora.

-¡Que le quieres!... ¿Cómo puedes querer a un hombre que no conoces?

-Me gusta (replicó), y es lo mismo.

-No será lo mismo, porque, ya lo sabes, no te dejaré de la mano; siempre me tendrás encima.

-Bueno (contestó); pero hoy has llegado tarde.

-¡Tarde! (exclamó Marta, llevándose las manos a la cabeza.) ¡Qué has hecho!... ¡Infeliz! ¡Qué has hecho!

Aurora soltó una carcajada, y de un brinco acabó de subir la cuesta.

A todo esto el Diputado no acertaba a salir de su aturdimiento. Tenía en sus manos la rosa que Aurora le había arrojado como se arroja un hueso a un perro, y la besaba furioso, jurándose a sí mismo todo lo que en semejantes casos se jura un hombre chasqueado.

La Eva de aquel paraíso le había puesto en los labios el fruto prohibido; pero más cruel que la madre primitiva del género humano, lo había apartado de su boca en el momento mismo en que iba a morderlo.

Sumergido en el abismo de su pensamiento, veía a Aurora mil veces más hermosa que nunca, por lo mismo que la contemplaba huyendo de sus brazos; y la idea del rapto, empleada como un recurso del momento, iba tomando en su imaginación las proporciones de un proyecto decisivo.

Tan absorto se hallaba, que no reparó en dos ojos fijos, atentos, que a muy corta distancia espiaban todos sus movimientos bajo la sombra de un árbol cercano.

De repente se encontró con aquella mirada fría, penetrante, que brillaba en la oscuridad con esa luz amarilla con que suelen brillar los ojos de los gatos. En el momento mismo se trasformó su fisonomía, alzó los párpados como quien despierta de un sueño, e intentando sonreírse, dijo:

-¡Hola, señor síndico! ¿Qué tenemos de nuevo?

-De nuevo, nada (contestó el Ermitaño), porque las mujeres son la perdición de los hombres desde el principio del mundo.

En esto asomó el Alcalde por lo alto de la cuesta, y el síndico lo vio, y dijo:

-El Ayuntamiento tiene ya gana de almorzar... Por este sendero de la izquierda se llega más pronto a la Ermita; yo voy a dar la vuelta al valle, y subiré por el atajo.

Y diciendo y haciendo, se escurrió bajo la sombra de los árboles, perdiéndose en lo más espeso de los senderos.

El Diputado, pensativo, cabizbajo, llevando delante de los ojos la imagen de la hermosa Eva que había encendido su deseo, salió del valle como debió salir Adán del Paraíso.

Capítulo XIII
Plan de campaña

Quedaba por cumplir en el programa de las fiestas, acordado por el Ayuntamiento como homenaje rendido a la popularidad del Diputado, la gran cacería, destinada a ser memorable en los fastos venatorios de la villa de los Remedios.

Al interés natural de la fiesta se añadía la circunstancia de un ojeo que pusiera término a las fechorías del lobo que a la sazón ensangrentaba los rebaños que pacían en toda la comarca contigua a la sierra. La fiera tenía amedrentados a los perros, y penetraba de noche en los rediles, escogiendo a su gusto la presa más regalada. Demasiado astuto para caer en las trampas armadas por los pastores, era señor de horca y cuchillo en todos aquellos contornos.

Preso el lobo en la red de un ojeo bien dirigido, vendría a ser una gloria más añadida a la popularidad del Diputado: así es que el Alcalde no perdonaba medio alguno que pudiese hacer más eficaz la batida.

Desde luego contó con tres elementos indispensables para el éxito seguro de la empresa, y estos tres elementos eran: el primero de los tres serenos de la villa, que tenía a su cargo la vigilancia nocturna del centro de la población, y que, en punto a cazar, daba la hora; el Sacristán de la iglesia mayor, cazador hábil, concienzudo, de buen ojo, que no gastaba la pólvora en salvas, que había recibido la afición a la caza como una herencia, pues venía en la familia desde muy antiguo de padres a hijos; y el síndico, hombre que conocía al dedillo todos los escondrijos de la sierra, las más ocultas emboscadas de los pinares, y las trochas más escondidas del monte bajo.

-Síndico (le decía el Alcalde); hay que echar el resto.

-Lo echaremos, -contestaba el Ermitaño.

-Tú, apagaluces (añadía, dirigiéndose al Sacristán). Vamos a ver cómo te portas. Si tu padre viviera, ya estaría el lobo en el otro mundo.

-Como le eche la vista encima (contestó el Sacristán), es hombre muerto.

-Oye (le advirtió el Alcalde): ya sabes que el señor Diputado es el que ha de matar a la fiera. ¿Lo entiendes? Lo ha acordado así el Ayuntamiento.

Luego, volviéndose al sereno, le dijo:

-Juan Pito, no vayas a dormirte en el monte, como te duermes en el pueblo en los portales de las casas.

-No pego ojo, señor Alcalde (replicó el sereno); y lo que es en el monte, no se me han de pegar las sábanas.

Hablaban así reunidos en la sala capitular, donde habían sido convocados por el Presidente del Ayuntamiento, el que, hechas las advertencias que hemos visto, los abandonó, diciéndoles:

-Ahí os quedáis; arreglad bien la cosa, de manera que la fiesta sea completa.

Los tres directores de la batida comenzaron a ordenar el plan de campaña necesario para rendir a tan terrible enemigo.

-El lobo caza de noche -dijo el Ermitaño.

-De noche caza (afirmó el Sacristán), porque de día nadie le ha visto el pelo.

-Eso quiere decir (añadió el sereno) que hay que buscarle las cosquillas de día claro. Sacristán, ¿no es esto?

-Eso mismo. El lobo saldrá de su guarida al caer de la noche, y bajará, o por el Barranco de las cabras, o por el Cortado de los lentiscos. Hay que dejar que vuelva con su presa para empezar el ojeo, y lo cogemos cansado y harto.

-Se nos puede escapar por la Garganta del pozo que da al otro lado de la sierra -observó el Ermitaño.

-Y si por ahí toma soleta (añadió el sereno), échenle galgos.

-Yo me encargo de la Garganta (dijo el Sacristán). Tú, Pito, te sitúas sobre el Barranco, y el Ermitaño se coloca sobre el Cortado. Si a alguno le acomoda cambiar de sitio, yo cedo el mío.

-Es lo mismo uno que otro (dijo el síndico). Cada uno en su sitio pasará la noche atisbando la vuelta del lobo. ¿No es esto?

-¿Y la gente? -preguntó Juan Pito.

-La gente (contestó el Sacristán) se hará tres grupos: uno para el Barranco, otro para el Cortado y otro para la Garganta.

El concejal movió la cabeza con aire de duda, y el sereno entornó los ojos y torció la boca como quien no ve del todo claro.

-¿Qué dificultad tiene esto? -preguntó el Sacristán.

-Una (le contestó el Ermitaño). El lobo es viejo y astuto, la gente hace ruido, y si llega a oler el queso, nos deja plantados.

-No (replicó el Sacristán); porque la gente pasará la noche repartida; un grupo en el Cortijo nuevo, al pie de la sierra, a la derecha del Cortado; otro en la Almazara del Olivar, a la parte allá del Barranco, y el otro dormirá en Casasola, a la caída de la Garganta.

Con el codo sobre la mesa y la barba en el hueco de la mano, el síndico escuchaba atentamente, y el sereno, de pie por respeto al sitio en que se veía, no pestañeaba.

-Al amanecer (siguió diciendo el Sacristán) se pone la gente en movimiento; llegan ya muy de día a los sitios en que nosotros estamos; se extiende a derecha e izquierda, y a una señal, que será un escopetazo que yo soltaré desde la Garganta, y al que vosotros me contestaréis con otro, empezaremos el ojeo, y si el lobo está dentro no se escapa.

-De fijo (afirmó el síndico), no puede escaparse. Señor Sacristán, el plan es de mano maestra; y si se guarda mucho silencio durante la noche para que no se escame, la cosa es hecha, y vengan lobos.

-¿Y para qué (preguntó Juan Pito) hemos de pasar nosotros la noche en vela?

El síndico se apresuró a contestarle:

-¡Ah, sereno, sereno!... El sueño ha de ser tu perdición. ¿Te parece que estará de más tener, al empezar el ojeo, algún relámpago de que está el lobo dentro?

-Soy un bestia (dijo el sereno): mil veces me lo he dicho: «Juan, no hables delante de la gente, porque siempre enseñas la oreja.»

Como acabamos de ver, el plan consistía en formar un triángulo, cuyos tres ángulos habían de estar vigilados durante la noche por el Ermitaño, el Sacristán y el sereno, encerrando en el centro la parte más agreste y montaraz de la sierra, donde todas las señales indicaban que debía tener la fiera su guarida. Los ojeadores se extenderían a la vez desde los tres puntos indicados, formando los tres lados del triángulo, e irían estrechando gradualmente las distancias en el curso de la batida.

Según el síndico, el lobo no tendría escape, y con el entusiasmo propio del hombre que lo entiende, felicitaba al Sacristán, diciéndole:

-Compañero, va a ser un golpe maestro.

-Nada de perros (advertía el Sacristán), porque si ventean la caza, ladrarán, y somos perdidos. Yo sí llevaré a Minerva, porque mi perra no chistará, aunque tenga el lobo a boca de jarro.

Como debe suponerse, en el pueblo no se hablaba de otra cosa: cabalmente los últimos destrozos hechos por el lobo tenían los ánimos soliviantados, y ya era preciso acabar de una vez con aquella fiera, que no dejaba cordero a vida. Así es que la gente de escopeta y morral acudía presurosa al Ayuntamiento, dispuesta a apuntarse para tomar parte en la batida.

Todo estuvo dispuesto para el día 9 de marzo, y a la caída de la tarde se fueron reuniendo, a la salida del pueblo por la parte que mira a la sierra, los ojeadores, que iban de mano armada a decirle al lobo cuántas son cinco.

Allí se despedían las madres de los hijos, abrazándolos como si fuesen a emprender un viaje a las Indias, y las mujeres abrazaban también a sus maridos, ni más ni menos que si los viesen en la misma boca del lobo. En cuanto a las mozas, no se puede decir que abrazaban a sus novios, pero no habría de faltar algún pellizco perdido o algún apretón llovido del cielo, y en las miradas, detrás de las que se les iban los ojos, bien dejaban traslucir que cada hija de su madre se quedaba con veinte abrazos dentro del cuerpo.

Llegó la hora de la última despedida, y todo fue encargos, recomendaciones, advertencias, consejos y algunas lágrimas; parecía que ya le estaban viendo las orejas al lobo.

A las órdenes del Sacristán marchó delante el grupo que debía ocupar el punto más distante, a saber, Casasola, que caía al otro lado de la Garganta. Después se puso en marcha, capitaneado por el sereno, el segundo grupo, que había de ocupar la Almazara a la salida del Barranco; y, por último, tomó el camino el tercer grupo, que debía pasar la noche en el Cortijo nuevo antes de llegar al Cortado. De los tres puntos estratégicos, éste era el más inmediato al pueblo, y lo dirigía el síndico.

Luego que el último grupo se perdió en las curvas del camino, salió la galera del Alcalde ocupada por el Ayuntamiento, en la que llevaban al Diputado en triunfo, y él por su parte no encubría la emoción que la empresa le causaba, tanto, que se advertía más movilidad en sus ojos, más inquietud en sus ademanes, más palidez en su semblante. Se reía mucho, sí, pero no con la espontaneidad de otras veces.

Los concejales lo miraban a hurtadillas, y se daban con los codos, diciéndose al oído unos a otros:

-Vamos a tener Diputado para toda la vida.

-Sí; la Cañizara le ha cogido el pan bajo el sobaco.

Alguna vez se quedaba como pensativo; pero pronto se desembarazaba de la tenacidad de su pensamiento, y cuento va, cuento viene, el camino se pasó como un soplo.

La noche cayó tristemente sobre la población; las puertas de las casas se cerraron temprano; las familias se recogieron al toque de ánimas, y las mozas más dispuestas a pelar la pava tuvieron que entregarse en brazos del sueño, huyendo de la soledad de las calles. Porque... ¡ya se ve!, la flor y nata de la villa estaba en la sierra, y no había que esperar embozados solitarios en las esquinas, ni pensar en ventaneos silenciosos a las altas horas de la noche, ni en guitarras enamoradas al pie de los balcones.

La noche era oscura... ¡Lástima de noche!; pero no había más remedio que meterse en la cama y dormir a pierna suelta.

Entre tanto los ojeadores, dirigidos por el síndico, el Sacristán y el sereno, tomaban posiciones, marcando los tres puntos del triángulo en que el lobo había de caer al día siguiente.

El Ermitaño instaló su gente en el Cortijo nuevo, encargando silencio y descanso; silencio para no alarmar a la fiera, y descanso para poder soportar la fatiga, que empezaría a los primeros albores de la mañana.

En el mismo Cortijo se albergaban el Diputado y el Ayuntamiento. Se cenó temprano, se cenó bien y se bebió bastante, porque el elegido del pueblo hacía correr con frecuencia entre los ojeadores la bota siempre llena. El síndico hizo alarde de su habitual sobriedad, cenó poco y no bebió nada, y en vano el Diputado quiso con repetida insistencia hacerle romper el rigor de su templanza, pues no consiguió ni una vez siquiera ver el vaso en sus labios.

Antes que terminara la cena, el Ermitaño cogió su escopeta y su manta, y salió cautelosamente del Cortijo. La vereda que conducía a lo alto del Cortado se le puso delante, y comenzó a subir sondeando la oscuridad y sin perder de vista la senda que blanqueaba delante de sus pies. Subiendo, subiendo, acabó por perderse entre los chaparros que por aquella parte cubrían la falda del monte.

Poco después no se oía en el Cortijo ni el vuelo de una mosca. Solamente de vez en cuando los perros encerrados en el corral ladraban, contestando a los ladridos lejanos de otros perros. Así fue trascurriendo la noche.

Comenzó a clarear el día, y la gente encerrada en el Cortijo nuevo no daba señales de vida. El Diputado fue el primero que abrió los ojos, y viendo que la luz del alba penetraba al través de las junturas de las maderas, saltó de la cama y puso la casa en movimiento.

A los pocos momentos el grupo de ojeadores emprendió la marcha en dirección al Cortado. El héroe de la fiesta iba delante; quería llegar pronto y empezar el ojeo. La trocha por que caminaba lo condujo al fin a lo alto del Cortado. Llegó al sitio en que debía estar el Ermitaño, pero no estaba. Registró con mirada inquieta los chaparros que en grandes manchas cubrían el terreno, y nada vio. La palidez de la mañana aumentaba la palidez de su rostro. De pronto un silbido sordo, semejante al de la culebra, le hizo volver los ojos hacia el ramaje de una encina, que se levantaba perezosa a diez pasos de distancia. Allí estaba el Ermitaño.

-¡Hola, señor síndico! (gritó.) ¿Qué tal se ha pasado la noche?

-Bien (dijo saltando de la encina). Todo está hecho. El lobo ha pasado antes de amanecer por la parte baja del Cortado; debía llevar presa. Veamos.

En esto llegó el grupo de los ojeadores; era ya completamente de día, y la claridad permitía examinar minuciosamente el terreno. En efecto: enredados en las zarzas se veían algunos vellones de lana, y gotas de sangre en las piedras marcaban el paso del lobo arrastrando a su presa. El rastro era seguro, y no cabía duda; la fiera estaba dentro.

-Ahora (dijo el síndico), oído a la señal.

Y volviéndose al Diputado, añadió:

-La pieza es nuestra.

Dicho y hecho: una detonación lejana resonó por la parte alta de la sierra; en el momento mismo disparó el Ermitaño su escopeta, y a los seis minutos, un tercer escopetazo, que estalló por la parte de la derecha, completó la señal convenida para dar principio al ojeo. La gente se extendió por uno y otro lado; llegaron a encontrarse los extremos de las líneas, y adelantando todos hacia el centro, el triángulo se convirtió en círculo.

De todos los puntos del bloqueo, y de vez en cuando, salían gritos convenidos para advertir unos a otros el camino que llevaban, pues lo rudo del monte, cada vez más agreste, las salvajes asperezas del terreno, casi inaccesible, los chaparros que cortaban el paso, los lentiscos retorcidos que cubrían las trochas, y el pinar a cada momento más espeso y sombrío, ocultaban a los ojeadores unos de otros.

El Diputado, el síndico y el Alcalde marchaban delante de la línea, venciendo todas las dificultades del paso, con las escopetas preparadas, el oído atento y la mirada pronta.

La fiera que se perseguía era temible por lo feroz y por lo astuta, y viéndose estrechada y sin salida, trataría de forzar el paso acometiendo. Sería un milagro que no hubiese que lamentar alguna desgracia. Entre tantos ojeadores, ¿cuál sería la víctima? El peligro era igual para todos: un descuido podía costar la vida; a lo mejor, la fiera, agazapada en los matorrales, podía saltar de improviso sobre el cazador desprevenido. Conforme se iban acercando al centro de la batida, el peligro iba creciendo, los corazones palpitaban con más violencia, las bocas se contraían y los ojos se agrandaban. Una piedra que rueda, una rama que se mueve, una liebre que salta, todo hacía estremecer a los ojeadores.

Ante el peligro no hay disimulo: es la ocasión en que más fácilmente se descubre el carácter del hombre. El síndico se adelantaba con paso seguro y rostro sereno; el Diputado llevaba la inquietud en los ojos y la indiferencia en la sonrisa, y el Alcalde, todo ojos y todo oídos, no veía más que lobos.

Llegaron a una especie de explanada rodeada de pinos y cubierta de maleza, en la que dos grandes peñascos, separados por la base y apoyados uno en otro por la parte superior, formaban una especie de cueva sombreada por la ancha copa de un pino desgajado.

El Ermitaño detuvo con la mano a sus compañeros y les señaló con el dedo la boca de la madriguera; luego se acercó muy cautelosamente y examinó la entrada de la cueva, registrando con la mirada la oscuridad del fondo, y volviéndose, les dijo a media voz:

-Es la guarida, pero no está el lobo.

En aquel momento estalló en la parte alta del monte, por encima de la cueva, furiosa gritería, y sonó un tiro, y luego otro, cuyas balas silbaron por la derecha. Enseguida la maleza se agitó delante de sus ojos, a treinta pasos de distancia, y poco después oyeron por la izquierda un grito terrible y dos nuevos disparos.

Antes que tomaran determinación alguna, crujió el monte bajo por el lado en que se había oído el grito, y de repente, por medio de un salto vigoroso, el lobo, acosado, se plantó delante de ellos.

Era enorme; el pelo gris leonado se erizaba sobre el lomo; las rayas negras de sus patas delanteras atestiguaban que era ya viejo en el oficio de devorar reses; los ojos, oblicuos, lanzaban llamaradas amarillas; la cola, derecha, indicaba la actividad de su fiereza, y el hocico, agudo, descubría amenazadores los duros colmillos.

Afortunadamente, sorprendido por la presencia de los tres cazadores, se detuvo indeciso, sin saber qué partido tomar. Habría preferido huir, pero el instinto le advertía que los caminos estaban cerrados, y fijo en los tres adversarios que le cortaban el paso, parecía recoger todas sus fuerzas, resuelto a vender cara la vida.

La presencia de la fiera produjo en los cazadores súbita sorpresa: el síndico permaneció inmóvil, el Diputado se echó la escopeta a la cara, y el Alcalde retrocedió. Se hallaba el lobo a diez pasos de ellos, delante de la entrada de la madriguera, como quien defiende su casa. El Diputado hizo fuego, y la fiera cayó sobre él como un rayo, derribándolo en tierra.

El momento era crítico y supremo; el Diputado se encontraba bajo las uñas del lobo que desgarraban su pecho, y los dientes de la fiera, que rugía de cólera, comenzaban a hundirse en su garganta; en vano al caer había interpuesto entre los colmillos del lobo y su cuello el cañón de su escopeta... Estaba perdido: un minuto más, y la villa de los Remedios tendría que elegir un nuevo representante.

A seis pasos de la catástrofe, el Ermitaño seguía con ávidos ojos los rápidos incidentes de aquella lucha mano a mano entablada entre el lobo y el hombre. Poco a poco fue alzando la escopeta hasta colocarla a la altura de sus ojos; entonces apuntó, hizo fuego, y el hombre y el lobo rodaron por la maleza: el señor Alcalde había desaparecido.

Capítulo XIV
La caza del lobo

Continuas noticias del suceso llegaban al pueblo desde el amanecer, propagándose de boca en boca y llevando la inquietud y la zozobra de casa en casa. Desde las primeras horas de la mañana corrió la voz de que el lobo, encerrado dentro de la batida, se defendía furiosamente contra las asechanzas de los ojeadores, y de puerta a puerta y de ventana a ventana se comentaba el caso, despertando la ansiedad de las mujeres, que no esperaban nada bueno de aquella cacería.

Poco después se esparció un rumor pavoroso: se decía que el lobo era formidable; que medía tres varas de largo y cerca de dos varas de alto; que tenía melena como los leones; que echaba fuego por los ojos, y que cada colmillo venía a ser, poco más o menos, como una reja de arado. La ansiedad se convirtió en lamentos, y de puerta en puerta y de familia en familia, se extendió la noticia, llenando los ánimos de desolación y de espanto.

Nuevos datos vinieron a aumentar la consternación de que el pueblo se hallaba poseído. Acababan de llegar de la sierra dos fugitivos, asegurando que el lobo destrozaba cuanto se le ponía por delante; que las balas se aplastaban en su piel como en una plancha de hierro, y que iban ya muchos muertos y heridos; y para que no faltara nada al horror que infundía semejante relato, un pobre viejo, antiguo cazador de trampas, que vivía de limosna, arrastrando por las calles del pueblo sus piernas inútiles, al oír a los fugitivos, había movido la cabeza, frunciendo los labios y arqueando las cejas.

-¿Qué es, tío Benito? -le preguntaron a la vez veinte bocas.

-¿Qué ha de ser? (contestó.) Bien lo dije; para esas fieras montaraces no hay más que las trampas, porque las escopetas sólo sirven para espantar pájaros. Ya podéis rezar Padres Nuestros.

-¿Por qué, tío Benito? -volvieron a preguntarle.

-¡Por qué!... (les dijo), porque todas las señales son de que ese lobo rabia.

No fue menester más. Semejante a un relámpago se esparció por todas partes la voz de que el lobo rabiaba, y la desolación llegó a su colmo. Gritos, lamentos, lágrimas, promesas, oraciones, y a la vez se invocaban los nombres de todos los Santos del cielo.

Una viuda que tenía dos hijos en la sierra, exclamaba llena de angustia:

-¡Virgen de los Remedios, no me dejéis huérfana!

Más allá otra buena mujer, recién casada, besaba una estampa, exclamando:

-¡Madre mía, guardadlo, que es mi único marido!

Al volver la esquina, otra más joven, que iba a casarse, rezaba a media voz, diciendo:

-Señora... defendedlo del lobo, porque ya sabéis que es un cordero.

Y todo eran voces, gemidos, sollozos, súplicas, ofertas, lamentaciones, sustos, esperanzas, temores, confusión y espanto. Las familias afligidas abandonaban las casas, formando en las calles grupos desolados.

De pronto sonó por las avenidas del pueblo el grito de ¡el lobo, el lobo!, y allí fue el correr de unos, el cerrar puertas de otros y la tribulación de todos. En un momento quedaron las calles desiertas y las puertas cerradas: los muchachos sorprendidos lejos de sus casas se abalanzaron a las rejas, trepando hasta los balcones.

Era el caso que se había visto venir por el camino de la sierra una nube de polvo que avanzaba rápidamente; después se distinguió un bulto negro que seguía avanzando, y luego el bulto negro tomó en la imaginación de los que observaban el caso terribles proporciones. Uno dijo de repente:

-Es el lobo escapado de la sierra.

Y todos corrieron gritando:

-¡El lobo!... ¡El lobo!

Pero el lobo no pasaba de ser una mula que venía a todo correr, aguijoneada por el jinete que llevaba encima. Era otro cazador fugitivo, que traía las últimas noticias de la sierra. Las puertas de las casas volvieron a abrirse, aunque no del todo: los más valientes salieron a las calles, muchas cabezas asomaron a los balcones, y caras afligidas aparecieron detrás de las ventanas. La consternación cedió un momento ante la curiosidad, y el que acababa de llegar, detenido aquí, allí, allá, más allá, en todas partes se veía asediado por las mismas preguntas: ¿Qué es? ¿Qué hay? ¿Cuántos quedan vivos?

El hombre, sin apearse de la mula, recorría las calles, diciendo a voz en grito, como un pregonero:

-El señor Diputado ha caído en poder del lobo, que lo ha hecho añicos; lo sé de boca del Alcalde, que se ha escapado por el ojo de una aguja, gritando: «¡Sálvese el que pueda!»

Llegó la noticia a la casa de Cañizares en ocasión en que María de la Paz despachaba un emisario a saber de Martín, que estaba en el Juncar. Nona rezaba en el cuarto de su abuela, arrodillada delante de la urna del niño Jesús, y Aurora se desesperaba con Gila, que no acertaba aquel día a peinarla a su gusto... ¡Ya lo creo!: como que tenía el novio en la batida.

Marta entró, diciendo:

-Ya la tenemos.

-¿Qué tenemos? -preguntó Gila atribulada.

-Que el lobo ha hecho presa en ese hombre que ha traído el infierno a casa, y a la hora presente, Dios lo haya perdonado, el pedazo más grande de su cuerpo es como un real de plata.

-¡Qué dices! -exclamó Aurora abriendo los ojos desmesuradamente.

-Lo que oyes. El alguacil ha venido a todo escape de la sierra a traer la noticia. En la plaza hay mil almas. Dicen que el lobo cayó sobre él como un rayo, y no dijo Jesús me valga... Más vale que haya sido él que no otro. ¡Qué se le ha de hacer!... Ahora se le reza, lo entierran y santas pascuas.

Aurora, trémula, y echando hacia atrás los rizos que cubrían su frente, dijo:

-Es lo mismo; porque, ya lo sabes, no me casaré...: diré que no mil veces, aunque el mundo se hunda.

Y como una leona herida, apartó a Gila, atropelló a Marta y salió de la estancia.

Las dos mujeres se santiguaron, mirándose atónitas, y Marta cruzó las manos, diciendo:

-¡Está loca!... ¡Está loca!... ¡Por dónde se le habrá metido en el cuerpo ese demonio de hombre!

Gila no hizo más que mover la cabeza con indulgente lástima, porque, como ya he dicho, la pobre muchacha también tenía en la sierra un pedazo de su corazón, y estaba que podían ahogarla con un cabello.

Y a todo esto, ¿qué ocurría?... Vamos a ver si podemos averiguarlo.

Como ya hemos visto, al disparo del síndico el Diputado y el lobo rodaron por la maleza. El cazador se detuvo contemplando los efectos de su puntería, mientras el otro, pálido y ensangrentado, se puso de pie, vio al lobo tendido e inmóvil, y clavando sus ojos en el síndico como dos garfios, le dijo:

-¡Aún vivo!...

-Sí -contestó el Ermitaño.

Los dos hicieron a la vez el mismo movimiento, empuñando sus escopetas. Frente a frente uno de otro, con las miradas fijas como dos espadas que se cruzan, se medían de alto a bajo, espiándose mutuamente... Cualquiera habría creído que iban a acometerse.

Oyéronse a lo lejos las voces de algunos cazadores que más atrevidos acudían al lugar de la escena, y entonces el Diputado cambió de actitud y de fisonomía, se encogió de hombros con filosófica indiferencia, y dijo:

-Bueno... El lobo ha intentado quedarse con toda la presa entre las uñas...

Llegaron los cazadores, y encontraron al lobo muerto y al Diputado vivo, y del Diputado al lobo y del lobo al Diputado, iban y venían haciéndose cruces, como si no diesen crédito al testimonio de sus propios ojos.

-Vive de milagro (les decía el síndico). La fiera se le echó encima de pronto, y si tardo un segundo más en echarme la escopeta a la cara, era muerto.

Atraídos por las voces de sus compañeros, fueron llegando los demás ojeadores, detrás de los que apareció el Alcalde con el sombrero echado atrás y la escopeta preparada, apartando a los que le cerraban el paso. Al ver al lobo se detuvo.

-¡Hola! (exclamó.) No me fío; estas fieras suelen hacerse las muertas.

El Sacristán dio con la punta del pie en la cabeza del lobo, diciendo:

-Hable V. más alto, que le ha entrado la bala por la oreja derecha, y está sordo como una tapia.

Aunque sin abandonar ciertas precauciones, se acercó a la fiera y la midió desde el extremo del hocico hasta la punta de la cola, exclamando:

-¡Dos varas de lobo muy bien cumplidas! La piel se guardará en el Ayuntamiento para perpetua memoria...

Luego examinó la herida, añadiendo:

-Con esta gente no hay razones que valgan; las balas les entran por un oído y le salen por otro.

Movíase sin descanso, entraba y salía en los corros formados por los cazadores, arqueaba las cejas, y prorrumpía en continuas exclamaciones; necesitaba toda su actividad para darse testimonio de que aún vivía. Por todas partes iba diciendo: «Le debemos la vida al síndico.»

El Diputado electo, por su parte, se reía del suceso, a la vez que se limpiaba la sangre de que tenía salpicado el rostro y arreglaba la pechera de su camisa, desgarrada por las uñas de la fiera, que habían llegado hasta arañarle el pecho. Hecha esta operación, atravesó el círculo de cazadores que lo rodeaban, y dirigiéndose al Ermitaño, que acababa de entrar en el corro, le puso las manos sobre los hombros, y con fisonomía franca, risueña y burlona, le dijo:

-Señor síndico, no hay más remedio; tenemos que partir entre los dos la gloria de esta hazaña memorable; y yo, por mi parte, no cedo nada de lo que me corresponde. La fiera iba a su negocio; quería quedarse con toda la presa entre los dientes; pero una bala demasiado ligera se interpuso, y adiós mi dinero. Señores (añadió, volviéndose a los circunstantes): juro que mi gratitud será eterna, y propongo una corona de laurel para la escopeta del síndico.

-¡Bravo! -exclamaron los cazadores.

Apoyado en el cañón de su retaco, el Sacristán, siempre grave y serio, oía las palabras del Diputado con atención respetuosa, mientras que Minerva olfateaba las polainas del Ermitaño como si hubiera descubierto en ellas un rastro, a la vez que el síndico, ufano de su triunfo, se reía como nunca lo habían visto reírse.

A todo esto el Alcalde había hecho formar con ramas de encina una especie de angarillas, sobre las que hizo colocar al lobo muerto, que aún conservaba el lomo erizado, mostrando los colmillos amenazadores.

Cuatro ojeadores cargaron con las angarillas, llevándolas a hombro, y el lobo sobre ellas movía la cabeza, al compás de los pasos; parecía que iba diciendo: «En buena me he metido.»

Detrás del sangriento trofeo de tan señalada victoria, iba el Diputado seguido del Ayuntamiento, y cerraban la marcha los grupos de cazadores que habían tomado parte en la batida. De esta manera bajaron por la pendiente del Cortado, dirigiéndose hacia el Cortijo nuevo, que blanqueaba a los pies de la sierra. Sobre las tejas amarillas iluminadas por el sol se empinaba la chimenea, y sobre la chimenea flotaba como una pluma el humo del hogar, anunciando al despierto apetito de los cazadores el almuerzo del siglo, porque ése es el mundo: a lobo muerto, cordero asado.

Las gentes de todas aquellas cercanías les salían al encuentro vitoreando a los vencedores, y los rebaños que pastaban en las laderas vecinas se detenían balando a lo lejos, como si quisieran añadir sus tristes lamentos a la gritería del regocijo.

¿Se asociaban al triunfo de los cazadores? Hay que dudarlo, porque no deben ignorar que para ellos no hay diferencia entre un lobo y un hombre, pues en el orden de la justicia natural hay un delito imperdonable ante el tribunal de los hombres y de los lobos: el delito de nacer cordero.

A la caída de la tarde se hizo la entrada triunfal en el pueblo, y el lobo fue paseado por las calles en medio de las más vivas aclamaciones. Se ponía en las nubes el arrojo del Diputado; las gentes se hacían lenguas de la puntería del síndico; se admiraba la serenidad del Alcalde, que había tenido resolución para volver pies atrás, y algo se hablaba del plan del ojeo, debido a la estrategia del Sacristán. El peligro en que se había visto el Diputado realzaba su figura a los ojos de sus electores.

Se celebraba la muerte del lobo, poco más o menos como Roma celebró la muerte de Julio César; solamente que, como entonces, al pueblo no se le ocurrió gritar: «¡Al Tíber los asesinos!»

Al pasar por delante de la casa de Cañizares, el Diputado vio a Aurora en el balcón. Sus miradas, buscándose, se encontraron, y, encontrándose, se confundieron, del mismo modo que se confunden dos manos que se estrechan; pero de pronto se oscureció la fisonomía del Diputado, y una mirada rencorosa brotó del fondo de sus pupilas. Aurora detuvo la sonrisa que asomaba a sus labios, bajó los ojos, y se encogió de hombros.

¿Qué veía el héroe principal de aquella fiesta para pasar tan repentinamente del amor al odio? Veía detrás de la cabeza de Aurora otra cabeza bien modelada, cabeza joven, de frente serena y líneas enérgicas, que miraba el espectáculo que cubría la calle con ojos indiferentes. Desde luego comprendió que aquella cabeza pertenecía al hombre que ya aborrecía sin conocerlo, y la actitud resignada de Aurora le dejó comprender que tenía delante al que estaba solemnemente prometida su mano.

El rival anunciado aparecía inesperadamente, en una pieza, hecho y derecho, y dispuesto a disputarle al más pintado el honor de ser preferido. Y no había que dormirse sobre los laureles, que el mozo no era saco de paja, y quieras que no quieras, la belleza de Aurora acabaría por encender su corazón, y los rasgos varoniles de aquella fisonomía, entonces tranquila, atestiguaban que no se detendría ante ningún obstáculo.

Así discurría, jurándose a sí mismo llevarlo todo a sangre y fuego, cuando llegó al pie del balcón en que se hallaba Aurora.

-¡Ahora! -dijo ésta imperiosamente al que tenía a la espalda; y él obedeció al punto, presentando en el balcón una gran bandeja llena de hojas de rosas, que empezaron a caer formando una nube sobre la cabeza del Diputado, atrayendo las miradas de la concurrencia que llenaba la calle.

La malicia es agorera y supersticiosa, y los maliciosos pudieron restregarse las manos de gusto, porque el cuadro que se ofrecía a sus ojos era el siguiente: el Diputado recibía aquella lluvia de rosas que lo inundaba; Aurora las arrojaba desde el balcón con sus propias manos, y el futuro marido de la hija de Cañizares tenía la bandeja.

Capítulo XV
Fermín

El pariente a quien Cañizares tenía prometida la mano de su hija acababa de llegar a la villa de los Remedios. No se le esperaba, porque, queriendo sorprender a la familia, había omitido todo aviso que pudiera anunciar su presencia. Se apeó en la puerta del parador en ocasión en que María de la Paz despachaba a Chucho con orden expresa de traerle noticias de Martín, que estaba en el Juncar. No se conocían, por la sencilla razón de que nunca se habían visto; pero en cuanto María de la Paz le echó la vista encima, hizo primero un gesto de sorpresa, y luego se le llenó la cara de alegría, y exclamó, diciendo:

-¡Fermín!... ¡Ah, sí; tú eres Fermín!... ¡Válgame Dios qué alto estás!... Abrázame... hijo mío... Así... ¿Sabes que eres un buen mozo? Y... ¡qué demonio de muchacho! Tiene toda la cara de su madre. ¡Jesús mil veces!... Me parece que la estoy viendo... Mira, me lleva cuatro años: pero hemos diableado mucho juntas, porque éramos uña y carne, hasta que se casó con el santo varón de tu padre, que se la llevó; lloramos más que Jeremías, y no hemos vuelto a vernos. Vamos, dime: ¿cómo están por allá?

-Por allá (contestó Fermín), todos comen de la olla grande. Solamente mi padre cerdea; está ya achacoso, y desde la muerte de mi hermano José se le ha venido el mundo encima. Era sus pies y sus manos; manejaba la hacienda como el mejor labrador de la comarca, y al buen señor se le caía la baba viendo crecer los intereses de la casa en manos de su hijo. Yo he tenido que abandonar mi carrera después de concluida para sustituirle; pero mi pobre José valía mucho.

-¿Tu carrera? -preguntó María de la Paz.

-Sí (le contestó). Soy jurisconsulto.

-¿Juris... qué? ¡Vaya qué cosas tan raras sois los hombres! Y bien: ¿qué es eso que dices que eres?

-Digo, tía Paz, que soy abogado; que no he perdido ni un año siquiera, y que tengo mi título de licenciado en leyes por la Universidad de Valencia.

-Ya... ya lo entiendo...: eres de esos que arman un pleito en el filo de una espada, que dan la razón al que la compra, que indisponen a las familias y arruinan las casas. ¡Déjate tú de leyes!: la ley de Dios; ésa es la ley; las demás son embusterías de los hombres. La tierra, hijo mío; la tierra, que es la que nos da el pan, y como está siempre mirando al cielo, no es ingrata como las gentes, que no miran más que a su negocio.

-Tiene V. razón, tía, mucha razón; ¡pero a mí me gusta tanto lo criminal!

-¡Qué dices, criatura!... Con esa cara de ángel, ¿cómo te ha de gustar a ti semejante cosa?...

-Quiero decir (replicó Fermín sonriéndose), que me indigna el crimen, que me gusta sorprender la astucia de los malvados. Descubrir al culpable y defender al inocente es obligación precisa de toda conciencia honrada, porque la justicia es el primer derecho de la sociedad y el primer deber del hombre.

-Vaya que sí (dijo María de la Paz): y hablas como un libro. Pero cuéntame: ¿qué dice la pícara de tu madre?

-Mi madre me ha encargado muy particularmente que le diga a V. que está deseando que sea V. abuela.

-Como si la oyera... ¡Siempre la misma! Lo que es por ella, el mundo no se acabaría nunca... Pero, ¡Dios mío!, con la alegría no sé más que charlar, y estamos aquí hechos unos pasmarotes, y traerás un hambre... ¡ya lo creo!... ¡Marta!, ¡Prisca!, ¡Gila!... Jamón del pernil grande... huevos fritos, de los del día, aceitunas de las enteras, salchichón, miel... queso... pronto, pronto. Ahora tomarás ese tentempié, y luego cenarás a tus

anchas. Vamos arriba, y verás a tu prima, que es también una real moza. A tu tío Martín se le va a volver el juicio en cuanto te vea.

Diciendo esto, cogió la mano de Fermín, y se lo llevó escaleras arriba, gritando:

-¡Eh!... ¡Aquí está este hombre llovido del cielo!

Al paso encontraron a Marta, que se apartó para dejarles libre la escalera. Siguiolos con los ojos, y cuando acabaron de subir, se mordió suavemente el labio inferior, exclamando:

-¡Dios lo bendiga!

-Entremos aquí (dijo María de la Paz). Es el cuarto donde murió mi madre: entrarte aquí es lo mismo que entrarte en mi corazón.

Sin dejar de sonreírse, enjugó con las puntas de los dedos dos lágrimas que aparecieron en sus ojos, y empujó la puerta.

-Mira (añadió, haciendo entrar a Fermín en la habitación): aquí tienes a ésta, siempre en el cuarto de su abuela. ¡Pobre hija mía!... ¡Qué buena eres! (y estampó un beso en sus mejillas, y siguió diciéndole:) Dale conversación a tu primo, que acaba de llegar como agua de mayo: cuéntale lo del lobo, y dale noticia de todas las cosas del pueblo, mientras yo voy a disponer lo necesario. Pero antes abrázalo... así... ¡Bueno!... Voy a echar hacia acá a la otra.

Los dos primos se encontraron solos en el cuarto en que había muerto la abuela, solos, de pie y frente a frente. Ella, de resultas del abrazo, encarnada como una amapola, con los ojos bajos y retorciendo entre los dedos las puntas del delantal; él mirándola con atención ingenua, solícita y complacida.

No se sabe el tiempo que habrían permanecido de esa manera, si ella, con voz a la vez tímida y dulce, no le hubiese dicho:

-Primo, vendrás muy cansado, siéntate.

Fermín se sentó en el sillón de vaqueta en que había muerto la abuela, al mismo tiempo que decía:

-No me canso yo tan fácilmente, ni es posible cansarse viniendo a esta casa; pero voy a sentarme, porque, prima, tienes una voz que no hay más que obedecerla. Vamos, siéntate tú también, y dime qué es eso del lobo.

La prima no fue menos obediente, y se sentó en una silla delante del primo, dando frente al balcón, cuya luz iluminaba de lleno su semblante. Al sentarse levantó la cabeza, y miró atentamente a Fermín. ¿Por qué no? Era su primo, acababa de llegar, y no lo había visto bien todavía.

-Prima... (dijo él), tienes los ojos de mi madre.

-¡Yo!... -preguntó ella admirada.

-Tú... Ojos pardos, claros, hermosos, detrás de los que se ve el alma. Y mira tú qué disparate. Te he visto muchas veces antes de verte por primera vez. ¿Qué te parece eso?

La prima se echó a reír a carcajada tendida, descubriendo a los ojos de Fermín la boca húmeda y fresca como una granada; y él añadió, viéndola reírse:

-¡Precioso contraste!... Tu mirada es algo triste, y tu risa es la alegría misma. Cuando bajas los ojos, parece que va a anochecer, y cuando te ríes amanece. Tienes mirada de mujer y risa de niña: cualquiera diría que tus ojos han nacido antes que tu boca.

-¡Válgame Dios, primo, qué cosas dices!

-Lo que oyes... Yo soy así; tengo el corazón detrás de la lengua. No sé mentir... ¿Quieres que te diga todo lo que pienso?

-Sí -contestó con ingenua espontaneidad; mas luego se mordió los labios, como si hubiese querido advertirles la precipitación con que habían contestado.

-¡Ah, prima! (añadió.) Tampoco hay mucha distancia de tu corazón a tu lengua. En un solo momento has querido dos cosas contrarias. Quieres que te diga lo que pienso, y al

mismo tiempo no quieres que te lo diga, y eso que no adivinas lo que voy a decirte. Óyeme: pienso que no eres tan hermosa como me han dicho.

Al oír estas palabras se quedó suspensa; miró a un lado y a otro, como quien busca algo que no encuentra; pero de pronto sus ojos se iluminaron, y pudiendo apenas contener la risa, suspiró diciendo:

-¡Ay, primo, cómo te equivocas!

-¡Mire V. qué vanidosa!... (exclamó Fermín.) ¿Me equivoco, eh?... ¿No quieres ceder nada de la belleza que la fama te atribuye? ¡Bueno!: quiere decir que eres una mujer como todas, prendada de ti misma, porque Dios ha querido darte ojos dulces, boca risueña y mejillas redondas. Ahora todo va perfectamente... Te miras al espejo, y el mundo es tuyo; pero ¿y luego? Porque has de saber que todo eso es lo mismo que escribir en el agua... La hermosura es flor de un día, y desaparece como el humo que se lleva el viento; y ¿qué queda?... Pero me estás engañando, porque no veo en ti nada que me descubra la pueril vanidad de las mujeres que se creen hermosas; no encuentro en ti ese aliño esmerado o caprichoso con que el deseo de agradar os saca de quicio. Esos dos rizos que cubren tus sienes no se despepitan por embellecerte; el pañuelo en que ocultas tu cabeza, oscurece la morena tez de tu semblante; ese corpiño ceñido a la buena de Dios, desfigura tu talle; tus pies son mucho más
pequeños que tus zapatos... A ti hay que buscarte, porque te escondes... ¿A qué quieres engañarme?

-No te engaño (le contestó ella plegando entre los dedos la tela del delantal). Y, ¡vaya! ¿Quieres que yo también te diga lo que pienso?

-Sí; vas a decirme todo lo que piensas.

-Pues, mira (le dijo, mirándolo con cariñosa alegría); me estoy riendo de ti como una tonta, porque tú mismo eres el que te engañas... ¡Dios mío! (añadió, cruzando las manos y riéndose a carcajadas.) ¡Qué chasco se va a llevar!... Cuando mi padre nos leía tus cartas, se le iba el santo al cielo y no hacía más que decir: «¡Buen muchacho! ¡Qué corazón! ¡Qué juicio! ¡De estos novios entran pocos en libra!» Te pone en las nubes, y ahí tienes que estábamos deseando que vinieras...; yo contaba los días, y Marta contaba las horas. ¡Bueno!: ya estás aquí; has caído por la chimenea, y ¿sabes lo que resulta? Que eres un loco.

Fermín escuchaba a su prima sin pestañear, viendo el movimiento de sus labios y las inflexiones de su voz. Luego se cruzó de brazos, diciéndole:

-¡Conque soy un loco!... Bien: ¿y por qué?

-Porque sí. Pronto lo verás por tus propios ojos, y te reirás de ti mismo; pero ¡no vayas a enojarte conmigo!... ¿Qué culpa tengo yo de que hayas tomado el rábano por las hojas?... Espera... espera -dijo, poniéndole la mano delante de la boca para imponerle silencio, a la vez que inclinaba la cabeza hacia la puerta, en ademán de quien escucha.

Algo oía, pues se llevó el dedo a los labios, poniéndose también silencio a sí misma.

En esta actitud se presentaba a la contemplación del primo medio de perfil; el pañuelo que cubría su cabeza recortaba el contorno del semblante, precisando las suaves líneas de su fisonomía viva, risueña y candorosa, la boca entreabierta dejaba admirar el color encendido de los labios, realzando la blancura de los dientes; el movimiento de los párpados parecía empeñado en aumentar la profusión de las pestañas, y el dibujo graciosamente incorrecto de su rostro resultaba iluminado por la luz de la tarde, que acudía a reflejarse en su frente como si quisiera decir: «¡Vean Vds. qué cara ésta!»

Y, en verdad, la actitud en que se encontraba no podía ser más expresiva, ni más natural el movimiento de las líneas que modelaban el conjunto de su figura... Lo primero que un pintor habría advertido en ella hubiera sido la franqueza de los rasgos con que aparecía diseñada.

Contemplábala su primo, esperando en qué vendría a parar tanto misterio, cuando Aurora, empujando la puerta, entró en la habitación en que se hallaban. Fermín, al verla, no pudo contener un movimiento de admiración, y casi se escapó de su garganta un grito de sorpresa. Nona los miró alternativamente, y bajó la cabeza, ocultando que se mordía los labios para reprimir la risa que hormigueaba en ellos. Aurora, por su parte, entornó ligeramente los ojos, como si quisiera recoger en un solo punto de vista todos los detalles que componían la totalidad de la persona de su primo, diciendo al mismo tiempo:

-¡Hola, Fermín! Marta anda pregonando por la casa que has llegado. ¡Vaya un capricho!... No te esperábamos tan pronto.

Nada contestó Fermín a las palabras con que su prima lo saludaba; parecía deslumbrado ante el resplandor repentino de tanta belleza; era todo ojos, y su boca entreabierta permanecía muda. Aurora se inclinó hacia Nona, preguntándole:

-¿Es sordo?...

-No (contestó Nona). Es que... como no te ha visto hasta ahora...

Enseguida tocó familiarmente con la mano la rodilla de Fermín, diciéndole:

-¡Primo!... Ésta es Aurora...: yo soy... su hermana.

Al oír la voz de su prima, Fermín respiró como quien despierta de un sueño, y pasando las miradas de una a otra, dijo:

-Sí... sí... ya lo comprendo... Ésta es Aurora... ¡ajajá!, y tú eres Bernarda...

-Nona -añadió ella.

-Eso es (siguió diciendo). Os he confundido.

-¡Me has confundido con Nona! (exclamó Aurora soltando una carcajada.) ¡Qué disparate!

La franca expresión que animaba el semblante de Fermín se oscureció de repente; mas, por lo visto, no era el primo hombre que se dejaba dominar por pensamientos enfadosos; pues pronto recobró su natural franqueza, diciendo:

-¡Disparate! ¡Ya lo creo!, ¡como que es imposible confundiros!: solamente que yo no os conocía. Perdóname, Aurora, que no te haya adivinado, y tú, Bernarda, ríete de mí... No me enfado, porque yo también me río...

En esto se oyó en la plaza algazara de voces y ruido de gente, y los tres se abalanzaron al balcón. Era que había llegado de la sierra la noticia del éxito feliz de la cacería, y el anuncio de que el lobo muerto iba a ser paseado en triunfo por todas las calles del pueblo, para que, grabándose en la memoria de todos, se hiciese perpetuo el recuerdo de tan formidable victoria. La voz pública aclamaba al Diputado y vitoreaba al síndico, verdaderos héroes de la hazaña. Enterada Aurora del suceso, abandonó el balcón bruscamente, y corrió hacia el interior de la casa. Encontrose con Marta que la detuvo, diciéndole:

-¿Adónde vas hecha una loca?... ¡Hum!: no me lo digas, porque lo sé: has visto al primo, y te ha sorbido el seso... ¡Ya se ve!: como que es un mozo, que ni soñado.

Aurora la apartó para abrirse paso, y arqueando la boca, siguió adelante sin contestarle.

Ya bien entrada la noche llegó Martín Cañizares, que volvía del Juncar, y entró en el parador, caballero sobre su mula de paso. De un salto se puso en tierra, y entró en la casa alborotando el cotarro con estas voces:

-¡Dónde está ese hombre que me trae a uña de caballo! Vamos a ver si llega el momento de que yo le eche la vista encima.

La familia acudió a la escalera, y el señor Cañizares subió de dos en dos los escalones.

-¡Ah, pícaro Fermín! (dijo abrazando a su sobrino, y mirándolo después de arriba abajo.) Esto es... ¿lo veis?: lo mismo que yo me lo imaginaba: alto, fuerte, sano, robusto... Y ahí tiene V., doña María de la Paz, ahí tiene V. lo que son las cosas: es preciso que los parientes nos presten un hijo, en vista de que V., señora mía...

-Calla, Martín, porque sé lo que vas a decir, y es un desatino.

-Bueno; doblemos la hoja... Así como así, por más doblada no doy un cuarto... ¿Y qué?... ¿No se cena en esta casa?

La mesa estaba dispuesta, y María de la Paz echó delante, detrás Aurora, y luego Nona. Cañizares puso la mano sobre el hombro de su sobrino, y lo detuvo, diciéndole al oído:

-Ayúdame, Fermín, porque ya soy viejo, y empiezan a pesarme las piernas. (Y bajando la voz, añadió confidencialmente:) Ahora oye un consejo: no me llenes la casa de chiquillas: un muchacho ha de ser lo primero; un muchacho que alegre los últimos años de mi vida.

La cena humeaba sobre la mesa, y el pan moreno amasado en la casa aumentaba la blancura del mantel: dos velones con los cuatro mecheros encendidos iluminaban la trasparencia del agua que llenaba los vasos, chispeando en el vino que cubría el borde de las copas.

Acababan de sentarse a la mesa, cuando se sintieron pasos precipitados, sollozos y lamentos, y de golpe y porrazo se presentó ante la familia atónita el señor Cura, con la sotana desgarrada, sin manteo y sin sombrero, pálido como la cera, trémulo como un azogado.

-¿Qué ocurre, señor Cura? -preguntó Cañizares.

-¡Ah, señor D. Martín! (exclamó el señor Cura con acento desfallecido.) ¡Qué desgracia tan grande! ¡Qué crimen tan abominable! ¡Qué sacrilegio tan espantoso!

-Serénese V., señor Cura (dijo D. Martín). ¡Ea!: dadle un sorbo de agua y vino, que se tranquilice... Vamos a ver: ¿qué pasa?

Con voz ahogada por los suspiros y por las lágrimas, y juntando las manos como quien pide misericordia, el señor Cura, casi aniquilado, medio muerto, sollozó estas palabras:

-Sr. D. Martín, ¡las alhajas de la Virgen han sido robadas!...

No pudo más; vaciló, y hubiera caído en tierra, si Fermín no le hubiese sostenido en sus brazos. El espanto anudó la voz de todos los que se hallaban presentes.

Capítulo XVI
El sumario

Ni el terremoto de Orán causó más sorpresa ni más espanto en la ciudad asolada, que el robo de las alhajas de la Virgen produjo en la villa de los Remedios. Ojos afligidos que se elevaban al cielo, manos cruzadas sobre el pecho, semblantes atónitos que miraban a una y a otra parte, no acertando a dar crédito a lo que oían; tal era, poco más o menos, el cuadro que en las calles, en los portales de las viviendas y en el interior de las casas ofrecían los habitantes de aquel pueblo escondido en el último rincón del mundo.

¡Robadas las alhajas de la Virgen!... Pero... ¡cuándo!..., ¡cómo!..., ¡quién!... ¿Cuándo?... Durante la noche de la batida, en que medio pueblo se hallaba en la sierra. ¿Cómo? Escalando el muro que cerraba el huerto de la iglesia, abriendo con llave segura la puerta que comunicaba con la sacristía, y forzando la doble cerradura de la cajonera que contenía el cofre de hierro... ¿Quién?... Aquí hacían alto todas las sospechas, porque las conjeturas más suspicaces se detenían ante los nombres de las tres personas que el suceso hacía acudir a la memoria.

El señor Cura..., el Sacristán..., el Alcalde... El señor Cura, que vivía en la casa rectoral de la iglesia; el Sacristán, que habitaba en su pequeña casa del huerto junto a la sacristía, y el Alcalde, que tenía una de las llaves que guardaban las alhajas. Pero la veneración que inspiraba el señor Cura lo ponía a cubierto de toda sospecha: su sobriedad, su amor a la pobreza, su caridad, todo hablaba en su favor; el Sacristán, hombre sin necesidades, sin

familia, pegado a la iglesia como la hiedra al tronco, y que además había pasado la noche en la sierra, no podía ser objeto de la suspicaz malicia de la gente; y, en fin, el señor Alcalde, ligero de cascos, farolón, mete-sillas y saca-muertos, tiranuelo de monterilla, muy a propósito para cualquier enjuague municipal, no era, sin embargo, capaz de tener arte ni parte en la ejecución de tan escandaloso sacrilegio.

Además, el señor Cura parecía alelado por la impresión del suceso; lloraba como un niño, y en su rostro de paz se dibujaba fielmente la desolación de su alma; el Sacristán, por su parte, parecía herido por un rayo: sus ojos desencajados iban de una parte a otra como buscando con ansia desesperada el rastro del crimen, y de vez en cuando comprimía convulsivamente los labios y apretaba los puños para contener el furor interior de que se hallaba poseído; y, en fin, el Alcalde semejaba a un loco, yendo y viniendo, entrando y saliendo, subiendo y bajando, multiplicándose por todas partes, dispuesto a meter en el último calabozo de la cárcel hasta a los santos de la iglesia. Realmente participaba de la indignación y del espanto del pueblo.

Y la cosa era que no se conocía en el vecindario persona alguna capaz de tanta maldad, de tanta audacia y de tanta astucia; porque los más señalados con el dedo, ladrones, digámoslo así, de tres al cuarto, no ofrecían en la hoja de sus fechorías méritos bastantes para que pudiese atribuírseles valor y medios proporcionados a la magnitud de la empresa.

¿A qué punto volver los ojos de las presunciones en busca de las huellas del crimen? ¿De dónde había venido un golpe tan seguro, tan sigilosamente concertado, con tanta habilidad dispuesto, sin dejar por ninguna parte señales de su paso? ¿Adónde habían ido a parar aquellas alhajas sagradas, rico patrimonio de la piedad, y honor de la tradición del pueblo? La sospecha pública andaba a ciegas, sin poder penetrar en las sombras del misterio; se hallaba suspensa, al mismo tiempo que la indignación crecía en los ánimos conforme se iba aumentando la densidad de las tinieblas; y en medio de tanta oscuridad, échele V. un galgo.

Pero bien: la justicia oficial suele ser perspicaz algunas veces, y lo que no ven los aturdidos ojos de la multitud, puede verlo, y hay casos, el encargado de inquirir los secretos de la perversidad y de dar a cada uno su merecido. En ese recurso fundaba el pueblo su esperanza de que al fin serían descubiertos los culpables, y, sea como quiera, hay que convenir en que era al fin una esperanza.

En efecto: el Juez acudió desde el primer momento, personándose en la sacristía teatro del suceso, donde constituyó el juzgado para practicar las primeras diligencias del sumario. Detrás del Juez se hallaba el Escribano, esa sombra, al parecer inevitable, de la justicia humana.

Diose principio a la indagación de los hechos por la declaración del Sacristán, de la que resultaba lo siguiente:

«Que al salir para la batida cerró con dos vueltas la puerta de la sacristía que comunica con el huerto; que guardó la llave como siempre en el cajón de su mesa; que del mismo modo cerró la puerta de la casa, llevándose la llave en el bolsillo, como también la de la puerta interior de la torre, que es por donde su casa se comunica con la calle; que al volver de la sierra encontró dichas puertas cerradas como las había dejado, y la llave de la sacristía en el mismo sitio en que la puso al irse, sin notar en ninguna parte señal de violencia; pero que al abrir la puerta de la sacristía advirtió que el pestillo no tenía más que una vuelta, cuando estaba seguro y podía jurar que le había echado las dos vueltas a la llave, como acostumbraba a hacerlo siempre; que entonces reparó en Minerva...»

Aquí el Juez le interrumpió para preguntarle:

-¿Quién es Minerva?

-Minerva (contestó), es mi perra de caza, conocida en todo el pueblo, más fina que el oro.

-Adelante -dijo el Juez.

«Que Minerva, desde que entró en el huerto, se plantó al pie de la higuera y levantó el hocico, como hace cuando toma vientos en el monte; que, olfateando la tierra, llegó al pie del muro que separa el huerto de la calle, y se empinó, oliendo las piedras de la pared como si quisiera comérselas; que desde allí, rastreando, se fue a la puerta de la sacristía, y escarbó con las manos, y gruñó lo mismo que cuando se le pierde el rastro en la madriguera; que en cuanto el que habla abrió la puerta, Minerva se precipitó dentro, y con la nariz pegada al suelo, corrió hasta la mitad de la sacristía, y se paró delante de la cajonera, en el mismo sitio en que se reviste el sacerdote para decir Misa, y que allí olfateó el aire y se puso de manos oliendo el cajón en que estaban encerradas las alhajas; que entonces el declarante lo examinó, sin encontrar al pronto nada que le llamara la atención, hasta que, fijándose más atentamente, pudo observar que alguien había intentado forzar el
cajón, y le dio un vuelco la sangre al ver desunida la juntura superior y manifiestas las señales del instrumento introducido en la juntura para desunirla; que sin saber qué hacer ni qué pensar, se quedó medio muerto delante de la cajonera; que entonces entró en la sacristía el señor Cura, y le hizo ver lo que acababa de observar, y atribulados, llamaron al señor Alcalde, que acudió en el acto, y se trajeron las llaves, que no eran necesarias; porque el cajón estaba abierto, y dentro encontraron el cofre de hierro vacío.» Tal era, en sustancia, la declaración del Sacristán. La del señor Cura se reducía a que la noche anterior, después del rosario, como al oscurecer, lo mismo que todos los días, se registró la iglesia capilla por capilla, y se cerraron las puertas, asegurándose de que quedaban bien cerradas; que lo mismo se hizo en la sacristía, más por costumbre de hacerlo así que por temor de tan grave sacrilegio. Que al día siguiente se levantó al amanecer, y dijo la Misa del alba, sin advertir nada hasta el momento en que el Sacristán le hizo ver el estado en que el cajón se hallaba, y se llamó al señor Alcalde, y se descubrió todo.

El señor Alcalde confirmó cuanto a él se refería; y evacuadas las citas de testigos producidas por las anteriores declaraciones, nada más pudo averiguarse. Quedaba que examinar a los vecinos inmediatos a la iglesia, y todos dijeron lo mismo; nada habían oído durante la noche: ni pasos en la calle, ni ruidos sospechosos, ni siquiera el ladrido de un perro.

-El sereno (dijo el Juez de pronto): que venga inmediatamente el sereno del barrio.

Y Juan Pito, conducido por el alguacil, compareció con asombrados ojos, sin saber qué podía querer la justicia de su humilde persona.

Juró decir verdad en todo lo que supiese y fuere preguntado; pero ¿qué podía saber, si había pasado la noche en la sierra, sobre lo alto del Barranco, esperando al lobo? Juan Pito salió a la calle con semblante airado, rechinando los dientes y amenazándose a sí mismo con ambos puños. Cercole la gente, que, estacionada alrededor de la iglesia, esperaba el resultado de las indagaciones judiciales, comiéndoselo a preguntas; pero su boca era una piedra, y sólo contestaba encogiendo los hombros y arqueando las cejas.

Hizo el Juez prodigios en la investigación: echó a un lado el camino legal que tanto favorece a los criminales en los Códigos modernos; aguzó las preguntas, sorprendió a los testigos con observaciones inesperadas; agotó, en fin, todos los recursos de su discreción, y nada pudo sacar en limpio. La verdad obtenida en el sumario echaba un velo impenetrable sobre el delito. Todos habían dicho la verdad, y la verdad no daba luz ninguna.

Acto continuo se procedió al examen minucioso y pericial del sitio en que se había cometido el robo, del cual resultó que el muro, a pesar de su altura, debió ser escalado por

medio de un garfio sujeto a una cuerda, porque en lo alto de la tapia se veían las señales sobre las piedras arañadas por el hierro, y a uno y otro lado de la pared manifiestos indicios de haberse apoyado en ella los pies para elevarse por la cuerda pendiente del garfio.

En la tierra movediza del huerto, al pie del muro, se veían dos huellas profundamente grabadas en dirección a la pared, impresas por el peso del cuerpo al caer desprendido de la cuerda. Estas huellas volvían sobre sí mismas, dirigiéndose, confusamente señaladas, hacia la puerta de la sacristía. La cerradura de la puerta no ofrecía indicio alguno de violencia; pero examinada la parte interior, se observó que había sido profusamente bañada con aceite para que la llave entrara fácilmente en la cerradura, lo cual inducía al cerrajero a creer que la puerta no se había abierto con su propia llave; y lo confirmaba en ello la circunstancia de que la llave guardada por el Sacristán entraba holguera, y los dientes, gastados por el uso, no agarraban las guardas del pestillo sino haciendo un esfuerzo particular, que sólo el Sacristán conocía, porque él sólo usaba aquella llave.

Examinado el cajón que contenía las alhajas, se vio que había sido abierto por medio de una palanqueta, quedando después del robo aparentemente cerrado.

Sin pérdida de tiempo se expidieron exhortos en todas direcciones, se dieron órdenes reservadas a la Guardia civil, y quedó terminado el sumario, o por lo menos suspenso ante la oscuridad que ocultaba a los culpables.

Mordía el escribano el extremo de la pluma, guiñando ya un ojo, ya otro, como si pasara de una conjetura a otra, mientras el Juez daba vueltas al bastón que tenía entre sus manos, con semblante confuso, pensativo y ceñudo, cuando entró el Alcalde, diciendo:

-Vamos a ver, señor Juez: ¿a quién prendemos? Esto no puede quedar así; hay que prender a alguien, uno a lo menos, sea quien sea.

Por toda respuesta el Juez tomó el sombrero, y seguido del escribano que llevaba el rollo de los autos debajo del brazo, salió de la sacristía. La gente, agolpada a la puerta de la iglesia, abrió paso a la justicia, que se adelantó silenciosa y cabizbaja, andando con la lentitud de quien no sabe por dónde anda.

Detrás apareció el Alcalde; cercáronle los más curiosos, y les dijo:

-Nada se sabe; pero estamos sobre la pista, y no se puede descubrir el secreto del sumario: caerán, ¡vaya si caerán!, y no se han de escapar ni las ratas: como que tenemos la sartén del mango, y ahí está el Diputado, que nos ha prometido no salir del pueblo hasta que no se averigüe todo y sean castigados los culpables. Calma y orden... La autoridad no duerme, y ahora mismo voy a registrar el pueblo, casa por casa... ¡Ea!; seguidme, y veréis cómo no dejo piedra sobre piedra.

Capítulo XVII
La velada

Allí está María de la Paz, empeñada en desenredar la madeja, hilada en la casa y curada al sol y al aire, que, extendida alrededor de las devanaderas de cañas, parece resuelta a que por el hilo se saque el ovillo. Mas a fuerza de paciencia, tira de aquí, tira de allí, consigue María de la Paz deshacer el enredo; las devanaderas dan unas cuantas vueltas sobre la barra de hierro que las sostienen, y de pronto vacilan, la hebra se resiste, y ya tenemos otra vez a Periquillo hecho fraile; vuelta a empezar; nuevo enredo y nuevo desenredo. El hilo de la madeja parece el hilo de la vida; apenas se desenreda, cuando vuelve a enredarse; pero en buenas manos está el pandero, y quieras que no quieras, la madeja poco a poco va enflaqueciendo, y el ovillo engruesa en las manos de la Pacheca.

Sentada delante de su madre, junto a la mesa cuadrada que, cubierta con una manta de lana y enriquecida con diversos dibujos y variados colores, sostiene el gran velón sombreado por doble pantalla, se entretiene Nona en retorcer entre sus redondos dedos, formando cordoncillos, la urdimbre suelta de las toallas que aquella misma tarde han salido del telar para entrar al servicio de la familia.

Al otro lado de la mesa, Aurora, inclinada sobre un periódico de modas, de fecha atrasada, verdadera serpiente tentadora de todas las Evas del nuevo paraíso, y que le había prestado la Jueza, no precisamente la mujer del Juez, sino la hija, repasa los dibujos y los figurines que tiene delante con la atención de quien ve entreabiertas las puertas de un mundo soñado y desconocido.

D. Martín Cañizares se pasea de un extremo a otro de la habitación; tose con frecuencia y se suena las narices estrepitosamente, como si quisiera desahogar el pecho de impertinentes opresiones y descargar la cabeza de algún peso molesto.

También está allí Fermín, con los codos apoyados en la mesa, y, digámoslo así, con la cabeza sumergida entre las manos. No se sabe a ciencia cierta si duerme o medita.

Por último: a respetuosa distancia, amparada por la sombra de una de las pantallas, se ve a Marta, sentada en una silla que no levanta medio palmo del suelo, con la rueca atravesada en la cinta del delantal, hila que te hila.

Sobre la mesa hay un tomo del Año Cristiano, cuya pasta gastada advierte que se abre con frecuencia, y junto al libro descansa un rosario de cuentas gordas, del que penden medallas milagrosas y cruces benditas.

-¡Ave María! (exclamó de pronto la Pacheca.) ¡Qué silencio tan triste! Parece que os han dado cañazo, y cualquiera diría que no pensáis cosa buena cuando no acertáis a decir ni una palabra.

Nona miró a su madre, como siempre, con la risa en los labios; Aurora arqueó la boca; Fermín abrió los ojos y los clavó en su tía; a Marta se le cayó el huso de las manos, y don Martín tosió con más violencia, se sonó con mayor ímpetu, y dijo:

-El demonio del robo de las alhajas no me deja ni a sol ni a sombra. Cuando lo pienso, se me oprime el alma, y cuantas más vueltas le doy, más peso siento en la cabeza. Ya hace tres días que nos han deshonrado, y nada se descubre. Fermín, no hay que devanarse los sesos; el ladrón no es del pueblo; ni el mismo Mindolo se hubiese atrevido a robar a la Virgen... ¿Pero de dónde nos ha venido este golpe?... Aquí es donde yo me tiro de los pelos.

-Y el caso es (añadió María de la Paz) que al señor Cura le va a costar la vida.

-¿Pues y el Sacristán? (dijo Nona.) Se está quedando en los huesos. Esta mañana en Misa parecía una sombra.

Miró Fermín por algunos instantes a Aurora, que seguía absorta en la contemplación de los figurines; se dirigió luego a Nona, que bajó los ojos al sentir la mirada de su primo, y después dijo:

-He hablado extensamente con el Juez, y están bien apreciadas todas las circunstancias. El hecho se ha consumado con gran astucia, y la cacería, en que medio pueblo se hallaba en la sierra, ha sido la ocasión propicia: la cosa estaba muy de antemano preparada, pues hay por medio una llave misteriosa hecha ad hoc Dios sabe dónde. Un solo ladrón ha penetrado en la sacristía, porque las huellas estampadas en el huerto responden a una misma medida.

-Hasta ahí ya estamos (replicó Cañizares), y si no habéis descubierto más que eso, nuestro gozo en un pozo.

-Hay más: hay un testigo incapaz de mentir, del que al pronto no se ha hecho caso, y que indudablemente está en el secreto.

-¿Quién? -preguntaron todos.

-Minerva -contestó Fermín.
-¡Minerva! ¡La perra del Sacristán!...
-La misma.
-¿Y ha hablado?
-Como una cotorra.
-¡Jesús mil veces!... (exclamó María de la Paz.) ¡Qué demonios ha podido decir la perra!
-Minerva es una alhaja. La hemos puesto en la calle por donde ha sido escalada la tapia, y ha hecho maravillas. Olfateó primero la pared por el sitio en que se encuentran las señales del escalamiento, empinándose como si quisiera trepar por el muro; luego, con el hocico pegado a la tierra, rastreó de un lado a otro. «Busca, Minerva, busca», le decíamos nosotros: y el animal se deshacía yendo y viniendo. De repente se detuvo, oliendo con ansia, y como siguiendo el rastro, corrió a lo largo de la pared. Seguímosla, animándola con nuestras palabras; y después de muchas vueltas, perdiendo unas veces la pista, recobrándola de nuevo, nos llevó al fin delante de la puerta de una casa, aulló, nos miró con ojos inteligentes, y se plantó de muestra.
-¿Y qué? -preguntó Cañizares.
-Nada: el Juez, el Sacristán y yo nos miramos; ellos con asombro, y yo diciéndoles con aire triunfante: «Aquí está el nido.» Recogimos a Minerva, y nos volvimos sin hablar más palabra.
-¿La casa habrá sido registrada inmediatamente?
-No.
-¿Estarán ya presas las personas que la habitan?
-Tampoco.
-¡Demonio!... ¿Pues en qué estáis pensando?
-Calma, tío, calma: no hay que precipitar las cosas, que ellas vendrán por sus pasos contados. Estamos sobre la pista, y una imprudencia puede cerrarnos el camino. Aún nos queda que hacer con Minerva otra prueba, y ésa será definitiva.
-Y la casa que dices, ¿está dentro del pueblo?
-Psh... -contestó Fermín.
-Vamos, ¿quién la habita?
-No puedo decirlo.
-¡Ni a mí!
-A nadie.
-Bien hecho (dijo María de la Paz). No seas curioso. ¿A qué meternos en las cosas de la Justicia?
Aurora levantó la cabeza, diciendo:
-Vamos a tener robo para muchos días. ¡Ya se ve!: aquí es una cosa extraordinaria, y, por lo que dice el primo, ya hablan de ella hasta los perros.
-Pues Dios quiera (dijo Nona) que se descubra, porque en la vida se ha visto una picardía más grande.
-Lo descubriremos, prima; yo te prometo que lo descubriremos; pero dice bien tu hermana: no se debe hablar tanto del asunto. Lo que yo he dicho es un secreto que ha de quedarse entre nosotros. Nadie se ha enterado de la revelación que nos ha hecho Minerva. Y ella no ha de ir a contarlo.
-¿Lo oís? (exclamó Cañizares.) Punto en boca.
-Ahora los dejo a Vds.; tengo cita con el Juez; volveré pronto.
-Vuelve a la hora que quieras (le dijo su tía). Chucho te esperará al pie de la escalera hasta la consumación de los siglos.
Luego la campana de la iglesia sonó tristemente, y el eco fue de casa en casa, diciendo: «Las diez de la noche.» Era la hora en que se recogía la familia.

Detrás de la alcoba en que dormía el matrimonio se hallaban los cuartos de Aurora, Nona y Marta, que se comunicaban entre sí, y tenían salida al gran corredor de la casa. Marta era, si puedo decirlo así, aya de las dos hijas de Cañizares, y no se acostaba ninguna noche sin dejarlas en la cama, todo bien cerrado, muy bien tapadas y casi dormidas. Luego echaba tres bendiciones sobre cada una de ellas, y se recogía, moviendo los labios como quien reza, y todas las noches, antes de dejar caer la cabeza sobre la almohada, besaba el relicario pendiente de su cuello, y renovaba la promesa hecha a la difunta abuela de velar sin descanso por Aurora, pidiéndole a Dios de todas veras que la casara pronto con su primo, que haría de ella una santa.

Acabando María de la Paz de devanar una madeja, miró a su marido mientras tiraba del hilo, preguntándole:

-Dime, Martín, ahora que estamos solos: ¿qué casa será esa que Fermín nos ha dicho?

-Mira, mujer: o yo vengo de arar, o la casa no está en el pueblo.

-¿Te lo ha dicho tu sobrino?

-No.

-Pues entonces, ¿cómo lo sabes?

-¡Ah, doña María, doña María!... No es tan ciego el que ve por tela de cedazo, y ya sabes tú que a mí no se me escapa nada. ¿Te acuerdas del nido de jilgueros en el peral grande?

-Calla, hombre, que ya no te pegan esas cosas. ¡Vaya un recuerdo con que sales ahora!... ¡El demonio del nido!... Y, ¡válgame Dios cómo se pasa el tiempo! ¡Parece que fue ayer!... Mira, hablemos del robo de las alhajas.

-Pues oye: si has reparado en Fermín, habrás echado de ver que traía polvo hasta en las orejas, polvo rojizo, del que hay a manta de Dios en la rambla por el Paso de los gavilanes. ¿Qué quiere decir cristiano? Quiere decir que la perra los ha llevado al otro lado de la rambla.

-¿Y qué casas hay por allí, Martín?

-A eso le estoy dando vueltas... Por allí... No hay mucho que pensar; a la derecha, siguiendo la senda de los Cañares, se encuentra el cortijo de la Brenca; a la izquierda, metiéndose en el Salador, vamos a caer a la Olla de los Jiménez; y de frente, tomando derecho por los atajos, camino de la sierra, se va a la viña del Ermitaño.

-Y tú, Martín, ¿qué piensas?

-No sé qué pensar; pero eches tú por donde quieras, la casa no está en el pueblo.

-¿Vaya que la perra no da pie con bola?

-Puede; pero Fermín está muy en ello, y es listo como una centella, y las coge al vuelo. En cuanto a la perra, tiene una nariz que canta en la mano... Y dime, María: ¿cómo andan los muchachos?

-Bien, hombre, bien. Aurora es orgullosilla; se la ha mimado mucho, y cree que todo se lo merece. Fermín es formalote, no le da mucho el naipe para los requiebros, y ahora, con la trapisonda del robo, no piensa en nada. Ellos acabarán por entenderse; para eso nadie necesita maestro.

-¡Ya lo creo que no!... Tú misma... ¿Te acuerdas, María?...

-No, Martín, no me acuerdo; no quiero acordarme... ¿De qué te ríes? El diablo tienes en la memoria esta noche. ¡Y a buena hora!...

-Corriente; pero es el caso que hay que ir pensando en la boda.

-No los corren moros... ¿A qué atosigarlos? Déjalos que se traten, que se conozcan. Y ahora ya puedes empezar a meterte en la cama, y no me pienses mañana en esas tempraneras que tomas; estás muy constipado, y es preciso que sudes.

Dicho esto recogió los ovillos, arrinconó las devanaderas, dio al paso una afectuosa palmadita en el hombro de su marido, y se entró en la alcoba, donde encendió la

capuchina; y de puntillas, para no hacer ruido, penetró en los cuartos de sus hijas, las besó suavemente por no despertarlas, y se volvió a la alcoba. D. Martín acababa de meterse en la cama, y María de la Paz lo arropó. Después rezó, se santiguó, dobló pieza por pieza la ropa colocándola sobre una silla, apagó la capuchina, y se deslizó entre las sábanas, diciendo al acostarse:

-¡Válgame Dios, Martín! ¿No podremos saber qué casa es esa que ha descubierto Minerva?

-Sí... María...: debe ser... la casa... de... de...

No dijo más, porque se quedó dormido.

Poco después la Pacheca hacía lo mismo. En medio del silencio se oían las sosegadas respiraciones del matrimonio, y era cosa de exclamar: ¡Cuán hermosamente duermen las conciencias tranquilas!

Capítulo XVIII
Al día siguiente

Cuando Marta se despertó a la mañana siguiente, era ya muy de día; la luz iluminaba las junturas de la ventana; Chucho aullaba desaforadamente en el parador, vaciando en las grandes tinajas del cobertizo los cántaros de agua que, con ayuda del macho, traía de la fuente. Prisca, remangada hasta los hombros, hacía sonar en un lebrillo inmenso rebosando de agua caliente, todos los cachivaches de la cocina, que, a fuerza de puños, quedaban brillantes como el oro; a la vez que atizaba la lumbre del hogar, que no quería acabar de encenderse. Su lengua tampoco estaba ociosa, pues unas veces contemplando la cacerola que tenía en las manos, torcía la boca diciendo: «¡Mira qué hermosa te quedas!...: desúñese V. para esto.» Otras veces, viendo rodar un puchero, decía: «Anda, panzón, corre y descrísmate.» Otras, en fin, miraba la lumbre sacudiendo la cabeza, y exclamaba: «¿Te querrás tú encender esta mañana? ¡Vaya, pues no echa pocos humos la señora!»

Por lo que hace a Gila, no estaba mano sobre mano; barría el corredor a grandes rasgos, llevando delante una nube de polvo, y de vez en cuando entonaba una copla con mucho retintín, que iba derecha a Chucho, y le picaba en lo vivo.

Marta abrió los ojos y se sentó en la cama, santiguándose dos veces, una por devoción y otra de asombro: la primera, porque acababa de despertarse, y la segunda, porque era ya muy tarde, y no sabía cómo se le habían pegado las sábanas. Saltó de la cama, y se vistió en un vuelo. Asomó la cabeza al cuarto de Nona, que empezaba a desperezarse, y luego hizo la misma operación en el cuarto de Aurora, que dormía profundamente.

Nuevo asombro: el mantón de lana con que ella misma había abrigado a Aurora, extendiéndolo a los pies de la cama, se hallaba desdoblado y medio caído sobre el respaldo de una silla, y advirtió también que las zapatillas no estaban en orden, sino una aquí y otra allí, como si hubiesen sido abandonadas precipitadamente.

¡Se habría puesto mala Aurora durante la noche!... ¡Cómo no había llamado!... Se acercó a la cama con ánimo de preguntarle, porque no se le cocía el pan y la masa se le hacía vinagre, pero la encontró tan dormida, que no quiso despertarla, aunque tosió por si hacía la tos que se despertase, y fue en vano, pues por lo visto había caído en el sueño como en un pozo, y no daba señales de vida. Quedose pensativa, sin acabar de caer en lo que podría significar aquello, y salió de allí dispuesta a emprenderla con la primera que tropezara, y Gila y Chucho pagaron el pato, porque ¿qué hora era aquélla de escandalizar la casa con cantos y aullidos, cuando el niño Fermín se había retirado muy tarde, por

asuntos de mucha importancia, y necesitaba dormir tranquilo sin que lo incomodara el vuelo de una mosca?

Gila y Chucho llevaron su correspondiente reprimenda, y también hubo algo para Prisca, pues era desconsideración grande hacer tanto ruido con los cacharros de la cocina, que, ¡vea V.!, caía casi debajo de la habitación en que Fermín se hallaba alojado.

Hecho esto, se fue un pie tras otro a enterarse de si Fermín roncaba a pierna suelta; mas ¡cuál no sería su asombro al ver que la luz del día se escapaba por debajo de la puerta! «El demonio, se dijo a sí misma, se ha metido en esta casa... ¿Vaya que se ha acostado con el balcón abierto? Ciertos son los toros... Vendría muerto de sueño, y por cerrar el balcón, cerró los ojos, y allí queda eso. Pero yo vivo aún en el mundo, y entraré sin que lo entienda la tierra, cerraré el balcón a piedra y lodo, y que ronque hasta el día del juicio. No faltaba más sino que una pulmonía nos deshiciese la boda, cuando más falta hace.»

Dicho y hecho: empujó suavemente la puerta, que se abrió sin ruido, y una vez más tuvo que asombrarse. Fermín no dormía, como vulgarmente se dice, a calzón quitado; antes bien, se hallaba fuera de la cama, vestido de pies a cabeza.

-¡Jesús mil veces! (exclamó Marta al verlo.) ¡Tan de mañana! ¡Calla! ¡Y la cama está como si no hubiese dormido en ella ningún cristiano!...

-Volví muy tarde (dijo Fermín); me dejé caer en ese sillón que me esperaba con los brazos abiertos, y he dormido un par de horas.

-¡Qué le parece a V.!... En el sillón, sin desnudarse...: eso no es dormir como Dios manda. Pero del mal el menos, porque todavía se puede echar un sueño.

-No (replicó Fermín); me gusta el aire de la mañana.

-¡Vaya, vaya! (dijo Marta.) Esa cara no es la de todos los días. Bien se ve que no ha pegado los ojos en toda la noche... Y ahora caigo en la cuenta: Chucho se ha dormido como un poste al pie de la escalera, y lo ha tenido en la calle las horas muertas. Es tan animal, que no hay quien pueda sacarle punta.

-No (dijo Fermín): Chucho se despertó en cuanto llamé. Además, no todos dormían en la casa.

-¡Milagro! (exclamó Marta); porque ésta parece la casa de los siete durmientes. Y ¿quién, quién era la que estaba despierta?

-No sé; pero al volver yo de casa del Juez, en la callejuela del parador tropecé con un bulto que se hallaba al pie de la reja que está sobre la bodega, y dentro de la reja había otro bulto.

-¡No hay más que decir! (exclamó Marta ahuecando la boca.) ¡Esa pícara Gila, no contenta con traer a Chucho al retortero, anda también en ventaneos!

-No era Gila -dijo Fermín.

-¿Cómo que no? Entonces... como si lo viera: ese demonio de Prisca, con sus treinta y cinco años a la cola, es muy capaz de venirse con noviajos a media noche. Y vaya V. a ponerle puertas al campo, si a su edad el amor se le ha metido en el cuerpo.

-Marta; tampoco era Prisca la que estaba en la reja.

-¡Ay, niño Fermín! ¿Se puede creer que yo, que tengo ya un pie en la sepultura, estuviese en la reja pelando la pava?

-Si así fuese (añadió Fermín sonriendo), sería V. mujer de gusto, porque el galán me pareció de perlas, y tenía todo el aire de personaje de campanillas. Al pasar yo se pegó a la reja, como si quisiera tapar lo que había dentro.

Marta, que no era mujer de morderse la lengua, quedose muda, con la boca abierta, los ojos parados y el semblante atónito: cualquiera habría dicho que acababa de experimentar el deslumbramiento que causa la repentina luz del relámpago; y como si fuese así, se santiguó, exclamando:

-¡El dulcísimo nombre de Jesús!... Esto, niño Fermín, es obra del demonio, que no puede estarse quieto... ¡Virgen Santísima! ¡Ella en la reja... a media noche!... ¡Chist!...: que no lo entienda la tierra; porque si su padre llega a saberlo, la mata. ¡Tonta de mí!... Yo tengo la culpa... Las dos duermen, se puede decir, junto a mi cama... y estos ojos que pudrirán pronto tierra...

Fermín la interrumpió, preguntándole:

-Vamos a ver: ¿cuál de las dos era la de la reja?

A Marta no se le ocultó la ansiedad con que Fermín hizo la pregunta.

-¡Cuál!... (exclamó, respirando con fuerza.) ¡Psh!... ¿Cuál ha de ser? Me parece que eso se cae de su peso... No es ningún arco de iglesia, porque al fin, cosas de muchachas; desde nuestra madre Eva, que en paz descanse, todas hemos hecho lo mismo.

-Pero, vamos, ¿cuál es? -insistió el sobrino de Cañizares.

-Cuesta trabajo decirlo, porque aunque es una chiquilla, y se cae de inocentona, no es cosa de darle un cuarto al pregonero, porque al fin es Cañizares y Pacheca por los cuatro costados, y las malas lenguas andan muy sueltas en el mundo.

-Yo no he de ir a decírselo a nadie. Vamos, Marta: ¿es Aurora?

-¡Aurora! (exclamó Marta, llevándose las manos a la cabeza.) No hay que pensar en semejante cosa. ¡Ella! ¡Estando para casarse con el real mozo de su primo! ¡Aunque estuviese loca!... Me atrevería a poner las manos en el fuego.

-Entonces (dijo Fermín), no cabe duda... Nona es... la... la de la reja.

-¡Por los clavos de Cristo, niño Fermín, que esto no salga de nosotros!: ardería Troya, y sobre mí caerían todas las culpas... Punto en boca, que yo juro por este puñado de cruces que una y no más, señor San Blas. ¡Qué diría su abuela si viviera!...

Diciendo esto, enjugó sus ojos con la punta del delantal, y salió apresuradamente del cuarto de Fermín, porque había oído en el corredor la voz de Nona. A pocos pasos, Marta y Nona se encontraron, y la última dijo:

-¡Válgame Dios, Marta, qué cara traes! ¿Estás mala? ¿Por qué madrugas tanto?

-Más me valiera no haber pegado los ojos en toda la noche. Pero ven... Vamos al pajar, que ayer debieron poner las gallinas a manta de Dios, y estarán allí los huevos muertos de risa... Vamos, vamos; que tengo un peso en el corazón, que no me deja vivir.

Nona siguió a Marta, la cual bajó la escalera que iba al parador, y entró en la cuadra, de donde echó a Chucho con cajas destempladas; y por unos peldaños de madera tosca, sujetos a la pared, de mayor a menor, en un rincón de la cuadra, una detrás de otra se encaramaron en el pajar. Una vez arriba, Marta abrazó a Nona, la besó muchas veces, y casi al oído le dijo:

-¡Hija mía! Tú no sabes lo que sucede.

-¿Qué dices, Marta?

-Eso; que el demonio se nos ha metido en la casa.

-¡El demonio! ¡Ave María Purísima! ¿Lo has visto tú?

-Como si lo viera; pero no te asustes, porque el demonio no tiene nada que ver con los ángeles del cielo, como tú eres. ¿Me das palabra de coserte la boca en cuanto oigas lo que voy a decirte?

-Sí, Marta; haré lo que tú me digas; pero habla, habla pronto, porque me tienes en brasas.

-¿Ves este relicario que siempre llevo conmigo?

-Sí -contestó Nona, besando el relicario.

-Me lo dio tu abuela el día antes de su muerte.

-Ya lo sé -añadió volviendo a besarlo.

-Pero no sabes lo que tiene dentro.

-No.

-Tiene un papel... ¿Ves? Así se abre. Este papel está escrito... Toma, léelo.

Nona sacó el papel contenido dentro del relicario, lo desdobló, y exclamó diciendo:

-¡Es letra de mi abuela!...

-Su letra es; lee lo que dice.

Nona leyó: «Marta, me muero pronto: Dios no quiere que enmiende viviendo el daño que con mi ciego cariño he hecho a Aurora. Cúmplase su voluntad santísima. A ti te la encomiendo; sé su ángel de la Guarda. Esa niña puede dar muchos disgustos a sus padres; sálvala de sí misma, y oye: mientras tú vivas, no descubras nada de esto a mi hija, que se moriría de pena. Sírvate este relicario de recuerdo continuo de la promesa que me tienes hecha... Dios os bendiga a todos, como yo os bendigo.»

-Ese escrito (dijo Marta) es la voz de la muerta.

-Sí -contestó Nona apretando el papel contra su pecho.

-¿Te enteras?

-No quisiera enterarme. ¿Por qué me cuentas estas cosas?

-Porque es preciso que las sepas; porque, hija mía, ¿no sabes tú que Su Divina Majestad sufrió muerte y pasión por salvar a los pecadores?

-Marta... ¿Quién no sabe eso?

-Pues bien: oye, que ahora entra lo gordo. ¿Querrás creer que tu primo Fermín?...

-¿Mi primo Fermín, qué?...

-Poca cosa, si me apuras; pero ha hecho el diablo que el niño Fermín coja anoche a la loca de tu hermana hablando por la reja...

-¡Mi hermana hablando por la reja!... ¿Con quién?

-¡Toma! ¡Toma! ¿Ahí estamos?... Con ese hombre de Lucifer que nos ha enviado el infierno para la condenación de las almas. ¿No sabes que tu hermana está dejada de la mano de Dios?

-Por Dios, Marta, no digas esas cosas.

-¡Y mira tú qué pícara! Ha pasado por delante de mi cama sin despertarme. Así, a media noche..., por una reja que no levanta tres palmos del suelo, con ese hombre que hará de las suyas, y tomará soleta con diez mil de a caballo, y si te vi no me acuerdo, y ahí te quedas, mundo amargo. Porque, hija, el hombre es fuego, la mujer estopa, llega el diablo, y sopla. Así es desde el principio del mundo, y será hasta la consumación de los siglos. ¿Te parece a ti? Cuando va a casarse, cuando las gentes se hacen lenguas del novio, y todo está en punto de caramelo, y se espera la boda como pan bendito, ¡salir con esta pata de gallo! Si esto se sabe, adiós matrimonio, adiós paz en esta casa... Tu padre... tu madre... las conversaciones de puerta de calle, el retintín de las envidiosas, las chilindrinas... Te aseguro que se nos ha venido el mundo encima.

-¡Ay, Marta!... ¿Y qué dice mi primo?

-Dios aprieta, y no ahoga. Tu primo no sabía a qué carta quedarse.

-¿Cómo?

-¡Claro está!: no sabía si eras tú o Aurora la que estaba en la reja... Yo vi el cielo abierto.

-¿Y qué?

-No había remedio: era preciso cortar por lo sano. ¿Cómo dejábamos a esa criatura en el aire?...

-Di, di.

-¿No te enteras? Pues la cosa salta a la vista. Hemos ido a Roma por todo.

-Acaba, Marta, acaba.

-¡Qué torpe estás esta mañana! Oye: el primo cree que tú eres la de la reja... Ya lo sabes.

-¡Yo!...

-Calla, tonta; ¿a ti qué te importa? ¿Te vas tú a casar con tu primo? Sí que haríais una buena pareja; pero tú no piensas en casorios.

-Pero ¿qué dirá de mí, Dios mío?

-Ni una palabra: su boca será una piedra. ¡Qué ha de decir él, cuando tiene el alma más hermosa que hay en el mundo!

-Sí; pero pensará...

-Tampoco; es hombre, y los hombres no hacen alto en esas cosas como no les toquen muy de cerca. Ahora tú, punto en boca; deja correr el mundo, porque lo de anoche, yo te juro que no volverá a suceder. Ellos se casullarán, se irán del pueblo, y santas pascuas.

-Esto es muy terrible, Marta.

-Muy terrible, hija mía. ¡Si vieras qué peso tengo yo en el alma!... ¡Vaya!: no me mires con esos ojazos tan tristes. Ésta es tu cruz, y hay que llevarla. ¿No has leído lo que dice tu abuela? Salvemos a Aurora, que yo me muera tranquila. ¿No quieres tú salvar a tu hermana?

Nona, por toda respuesta, cruzó las manos y bajó los ojos.

En esto la voz de María de la Paz se dejó oír en el parador, y Marta dijo:

-¡Tu madre!

Ambas se apresuraron a salir, y en el parador se encontraron con María de la Paz, que, viendo a Nona que quería esconderse detrás de Marta, la llamó, diciéndole:

-Ven acá, hija mía, ven; no te escondas; ya sé que sales del pajar. Mira: ¿ves? Lo que te tengo dicho: el polvo de la paja es muy malo para la vista, y ya tienes los ojos llorosos. Deja a Gila que recoja los huevos de las gallinas, que ésa es su obligación.

-¡Vaya, menos sermones! (dijo Marta): si ha ido al pajar, ha ido conmigo.

-¡Ea!: ya tenemos aquí al paño de lágrimas.

Pues oye, acércate, y acaba de tender esta ropa, que hoy van los oficios retrasados. Y tú, hija mía, sube, y con agua bien fresca, lávate esos ojos, que se parecen esta mañana a los de Nuestra Señora de las Angustias.

Nona se dirigió a la escalera, y comenzó a subirla con la frente inclinada, y lenta, muy lentamente, como si el mundo entero pesara sobre su cabeza.

Capítulo XIX
Una por otra

Marta se había equivocado de medio a medio al decir que los hombres no hacen alto en ciertas cosas de las mujeres, como no les toquen muy de cerca; pues, sin ir más lejos, allí estaba Fermín que daba testimonio de todo lo contrario. Porque es el caso que el futuro marido de la hermosa hija de Cañizares, el novio oficial, auténtico, de la mejor moza del pueblo, que debía casarse de un día a otro, dando ocasión a la boda más ruidosa de aquellas cercanías, daba continuas vueltas en su cabeza al descubrimiento que acababa de hacer. Esta cavilación, mil veces ahuyentada, volvía a cebarse en su imaginación con la tenacidad de la mosca, y sacudida aquí, manotazo allá, la hacía irse, pero volvía, y no encontraba medio de deshacerse de tan molesto enemigo.

¡Nona, a media noche, en la reja, burlando la vigilancia de la familia, manos a boca con un hombre desconocido, que pronto abandonaría el pueblo para no volver en su vida! He ahí el punto de partida de su admiración. Mas ¿qué había en ello de extraordinario? Dos amantes más o menos misteriosos, a media noche, con una reja por medio, es un espectáculo que se encuentra a cada paso, en las calles solitarias de los pueblos del Mediodía, durante la noche.

Es verdad que no es el camino más seguro para que las cosas lleguen a buen término; pero las costumbres no son tan severas, y guiñándose el ojo, dejan que ruede la bola. Lo de la reja era, en efecto, moneda corriente; mas lo que a Fermín escarabajeaba es que fuese Nona la de la reja. ¿Y por qué? La casa de Cañizares, ¿era acaso un convento de monjas? ¿Había hecho Nona profesión de consagrar a Dios el resto de sus días? ¿Quién había dicho que por aquellos ojos apacibles como una mañana de mayo no había de entrar un rayo de amor humano, que es al fin el sol de las almas?

A sí mismo se decía Fermín todas estas cosas, revolviendo en su imaginación esas y otras razones; y, sin embargo, la imagen de Nona, fingiéndose dormida para burlar la vigilancia de Marta, levantándose silenciosa y descalza, pasando de puntillas por delante de la cama de su guardiana, deslizándose como una sombra por el corredor, bajando a la reja trémula, ansiosa, inquieta, anhelante, enamorada..., le causaba un daño indecible. Y vamos a ver: ¿por qué? ¿Era acaso la primera muchacha irreflexiva que se dejaba guiar por los impulsos de su corazón? Claro está que podía haber puesto a su madre, a Marta siquiera, en el secreto de aquellos amores tan misteriosos; pero, por lo visto, cerraba su boca a toda confidencia el temor de la oposición de su padre, y el señor de Cañizares era hombre muy duro de pelar.

Pensando en esto, decía Fermín: «¿Qué razones puede tener mi tío para oponerse a la elección de su hija? ¿Que el apellido de ese hombre no es ilustre? ¿Y ha de llevar su manía nobiliaria a tanto extremo? Sí, es una persona aquí desconocida, un advenedizo, un cunero; mas, sea como quiera, resulta elegido por el pueblo; es muy suelto de lengua, se encuentra hecho Diputado, ¿por qué no ha de ser mañana ministro? Las gentes políticas medran tan fácilmente, que bien pudiera mi prima alcanzar una brillante posición en el mundo. ¡Ay, Nona! (añadía con un profundo suspiro): si yo pudiera convencer a tu padre, no dejarías por mí de ser dichosa.»

Deteníase algunos momentos en esta idea, y luego seguía pensando: «Tenemos que ese hombre ha cautivado su corazón; ¿pero ese hombre la merece? ¿Es para él un pasatiempo que olvidará en cuanto le vuelva la espalda al pueblo? Entonces, ¿qué sería de ella?, ¿qué sería de su corazón tan vilmente engañado? No; Marta la vigila y yo la protejo; estoy en el secreto, y no consentiré que sea burlada. Ese hombre no sabe dónde se ha metido.»

Aquí la energía habitual de sus facciones se acentuaba vigorosamente, y las ventanas de la nariz se dilataban para dar paso al aire que los pulmones aspiraban con violencia.

Tal era, poco más o menos, el oleaje en que se agitaba el mar de sus pensamientos.

Probablemente no se hubiera almorzado en la casa en todo el día si D. Martín, sentado a plomo delante de la mesa, no hubiese hecho resonar su voz no muy dulce ni excesivamente templada, a la familia, a grito pelado, llamando a cada uno por su nombre.

-¡María!... ¡Nona!... ¡Aurora!... ¡Fermín!... Pues, señor, ¿dónde se habrá metido esta gente?... A ver, tú, Prisca... ¿Qué hace tu ama? ¿Se han quedado sordas esas muchachas?... ¿Y mi sobrino? ¿Dónde está mi sobrino? ¡Por vida de Sanes, que están al caer las diez de la mañana, y tengo el estómago en los talones! ¡Aunque fuera hoy día de ayuno!

Gracias al auxilio de Prisca, que sin apartarse del hogar gritó como una desesperada, y puso en movimiento a Gila, comenzó a reunirse la familia. La que primeramente entró en el comedor fue Aurora. Venía despeinada y vestida de cualquier modo, como quien acaba de abandonar la cama; mas en ella hasta el desaliño servía para dar más realce a su belleza. Ligeramente pálida, parecía que las últimas sombras del sueño no querían abandonar del todo los suaves contornos de sus mejillas; su tez se mostraba en toda su pureza, los rayos de sus ojos brillaban indiferentes, y el desdén era la expresión de su boca.

Entró, como digo, y fue a sentarse en el sitio de la mesa que habitualmente ocupaba, al mismo tiempo que sus labios se dilataron prorrumpiendo, si puedo decirlo así, en un gran bostezo.

-¡Hola, señorita! (exclamó D. Martín.) ¿Son ésos los buenos días que le das a tu padre?

-Buenos días -dijo Aurora.

-Santos y buenos nos los dé Dios a todos. Mira: corta ese pan, a ver si empezamos.

-Ahora -contestó ella, apoyando el codo en el borde de la mesa y la mejilla en el hueco de la mano.

En esto entró Nona; miró tristemente a su hermana, queriendo sonreírse, y fue a quedarse de pie junto a su padre.

-¿Qué quieres tú, muchacha?... ¿Te has vuelto muda? ¡Vamos!, ¿qué quieres?

-La mano -contestó Nona.

-Sí, mujer, sí; tú tienes esa buena costumbre, y yo, cuando tengo hambre, no tengo memoria. Toma, hija, toma la mano, y Dios te haga una santa.

Nona se inclinó y besó la mano de su padre, mientras él decía:

-¿Y vuestro primo? Él es el primero todos los días a la hora del almuerzo, y hoy parece que se lo ha tragado la tierra.

-Ya baja (advirtió Nona); Gila ha ido a avisarle.

D. Martín se dio una gran palmada en la frente, exclamando:

-¡Vaya, se me fue el santo al cielo!... Ya no me acordaba de que ha pasado la noche de parranda con el señor Juez. ¡Qué muchacho! Es la alhaja de toda la parentela... ¿Sabéis vosotras a qué hora vino?

Aurora se encogió de hombros, y Nona contestó:

-No, señor, no lo sabemos.

-A las dos y media (dijo Fermín, entrando en el comedor). Poco más o menos, sería esa hora.

-No encontrarías ni un alma por esas calles de Dios, porque en este pueblo todo el mundo se recoge temprano, y no da señales de vida hasta que raya el día.

Fermín no contestó; pero miró alternativamente a Aurora y a Nona, sin más que mover los ojos de un lado a otro; pues estaba colocado entre las dos hermanas. La primera frunció ligeramente los labios, y miró al techo con profunda indiferencia; la segunda inclinó la cabeza sobre el plato, aún vacío, y bajó los ojos, pálida como una muerta.

D. Martín cogió un pellizco de pan, y se lo metió en la boca, al mismo tiempo que decía:

-Larga fue la conferencia... Hay tela cortada, ¿eh? Bueno; pero precisemos las cosas: ¿estamos ya al cabo de la calle?

-Sí -contestó Fermín.

-¡Demonio, y que sí tan triste! Cualquiera diría que te pesa en el alma la suerte de haber dado con la pista.

-¡Puede! (replicó Fermín); porque siempre es triste encontrarse con que donde menos se espera...

-¿Salta la liebre? No digas más... Eso ya estaba aquí (añadió Cañizares). Mira tú: toda la noche le he estado dando vueltas al asunto; porque a mí no se me escapa nada: ya estaba yo en camino, y con lo que acabas de decir, ciertos son los toros; no tiene pérdida; iría con los ojos vendados. Pero punto en boca; que las mujeres tienen los oídos muy listos y la lengua muy larga; hablan lo suyo y lo ajeno. Si vieras a tu tía, no se le cuece el pan por saber a dónde fue a parar Minerva; todas son chilindrinas; pero yo me hago el sueco.

-¡Qué! (preguntó Fermín.) ¿V. sabe?...

-Sí, hombre, sí. ¿Crees tú que yo he bailado en Belén? No me gusta pensar mal de nadie, porque no hay pecado más malo que el de un falso testimonio. El que mata, mata; mas el que calumnia, deshonra: al muerto se le entierra, y los vivos le rezan; al deshonrado se le

entierra vivo, y todo el mundo le vuelve la espalda. Mira, Fermín: prefiero cien mil muertes a la más pequeña deshonra; primero, porque soy Cañizares, y este apellido se lo debo a mi padre, se lo debo a mis hijos, se lo debo a nuestra ilustre familia. Es un depósito que he recibido, y que tengo que devolver limpio como el oro. Después, porque soy hombre, y el que no es honrado es una bestia salvaje. Te digo, Fermín, que la más ligera sombra de deshonor en mi nombre, la lavaría con la sangre del mundo entero.

Cañizares hablaba así con la vehemencia que infunden las convicciones profundas, y chispeaban sus ojos lo mismo que una fragua, y su voz sonaba a sorda, como si saliese de lo más hondo de su alma; y sus brazos, agitándose amenazadores, descubrían el vigor varonil de su naturaleza sana y enérgica, lo cual dejaba entender que el ilustre descendiente de los Cañizares cumpliría al pie de la letra todo lo que estaba diciendo.

Nona temblaba oyendo crujir sobre su cabeza la voz de su padre, sin atreverse a levantar los ojos del plato que tenía delante, mientras Aurora, apoyados los codos sobre la mesa, erguido el talle, mondaba muy tranquilamente una manzana. Y su correcta belleza debía parecerse entonces más que nunca a Eva por lo de la manzana, si en efecto fue manzana la fruta del paraíso.

Fermín, por su parte, escuchaba atentamente las palabras de su tío; y, si puedo decirlo así, añadiré que su semblante se abría de par en par para recibirlas, porque en ellas se hallaban contenidos sus propios pensamientos. Mas al llegar a la terrible promesa con que Cañizares terminó su discurso, cubrió a Nona con su mirada, como si quisiera defenderla, y haciendo rayas sobre el mantel con el rabo de la cuchara que tenía en la mano, dijo:

-Muy bien, tío. Pero no hay que pensar en eso, porque la casa de los Cañizares no ha de pasar por esa prueba.

-Así sea hasta el día del juicio (añadió don Martín). Por ahora no me asalta temor alguno de que el nombre de mi padre ande en lenguas, ni que alma viviente tenga por qué señalarme con el dedo. Y por lo que hace al día de mañana, tú, Cañizares también, aunque no por línea recta, vas a ser mi hijo en cuanto el señor Cura os eche las bendiciones; tú serás el hombre de la casa, y en buenas manos va a estar el pandero. Y sabes lo que te digo, que ya te ha caído la lotería, porque esta Aurora, que Dios me dio, tiene muchos humos; parece que se ha tragado el asador, y es más terca que todos los Cañizares juntos. Pero quiere decir que tú la irás amansando, porque bríos no han de faltarte para ponerla más blanda que la manteca. Si fuese esta otra, sería coser y cantar. Ahí la tienes, más humilde que una malva; no ha roto un plato en su vida: su madre dice que se hace de ella lo que se quiere, y su tía la monja nos está mareando siempre con que es una santa.

Las palabras de D. Martín hicieron sonreír desdeñosamente a Aurora, pusieron el rostro de Nona encendido como la grana, y dejaron a Fermín cabizbajo, taciturno y pensativo.

A todo esto humeaba sobre la mesa una fuente de loza blanca, de la que se exhalaba un olor capaz de resucitar a un muerto. ¡Friolera!... Como que se trataba de una fritada de magras con pimientos y tomates. Pimientos verdes y frescos, tiernos y dulces; primicias tempranas recién cogidas en las matas del huerto de abajo; tomates, los primeros que había coloreado la luna de aquella semana y que habían llegado a la casa frescos, con el rocío de la aurora; magras, ¡ayúdeme V. a sentir!, adobadas con todos sus menesteres por las mismas manos de María de la Paz, que para adobar magras se pintaban solas. Y todo rebosando aceite, aceite limpio de la última cosecha; y, lo que es más, todo ello aderezado por Prisca, que en lo tocante al punto de la sal, tenía la gracia de Dios en los dedos. ¡Vamos!: la fuente decía: «Comedme.»

D. Martín aspiró con ansia aquel ambiente de vida, y dando una palmada en la mesa, dijo:

-¡Dónde se habrá metido esta mujer de mis pecados!...

Y con toda la voz de su impaciente apetito, gritó:

-¡María!... ¿Qué haces?... ¿Dónde estás?... ¿Te has muerto?...

La voz de María de la Paz se dejó oír por la parte del parador, diciendo:

-¡Calla, hombre!... Ahora no puedo ir.

-Lo de siempre (murmuró Cañizares). A la hora de comer, ¡ya se sabe!... Cualquiera diría que no come, y está reventando de gorda. (Luego, alzando la voz, preguntó en octava alta:) Pero, María, ¿almorzamos hoy, o lo dejamos para el año que viene?

-Almorzad vosotros (contestó doña María); que yo almorzaré cuando Dios quiera.

-Mal anda el carro (dijo Cañizares. Y luego añadió a voz en grito:) ¡Vamos a ver!, ¿qué es lo que te sucede?

-¡Nada, hombre! (replicó ella a grito pelado.) ¡Qué ha de suceder! Que no se sabe quién ha dejado abierta la reja del amasador que está encima de la bodega, y se han salido a la calle todas las gallinas.

Aurora miró a Fermín con natural indiferencia; Fermín miró a Nona, y Nona bajó los ojos.

-¡Ea, almorcemos! (dijo D. Martín); mientras Doña María de la Paz recoge las gallinas que se han salido a la calle.

Aurora comió con su habitual apetito; Fermín menos de lo que comía ordinariamente, y Nona casi no probó bocado; en cambio Cañizares se despachó a su gusto, comiendo por cuatro; se cobró en comida lo que le habían hecho perder en tiempo.

Después de las magras puso Prisca sobre la mesa dos pollas asadas, plato indispensable, porque hacía las delicias de D. Martín; y si se exceptúa una empanada de liebre, sobrante de la cena de la noche anterior, algunas ruedas de salchichón, aceitunas partidas, queso, miel y varias frutas entre secas y verdes, el almuerzo de la familia de Cañizares no pasaba de dos platos. Con ese desayuno, nadie volvía a abrir la boca en la casa hasta las dos de la tarde, hora en que se comía.

Luego que Cañizares cerró la intención, bebió su último sorbo de vino, y encarándose con Nona, le dijo:

-Vamos, muchacha; demos gracias.

Y Nona no se hizo esperar, pues cruzando las manos sobre la mesa, apoyó la barba sobre ellas, y rezó a media voz la oración de costumbre, en que se daba gracias a Dios por el sustento del cuerpo y se le pedía el sustento del alma.

-Amén (dijo D. Martín). Y ahora vosotras, a volar. Dejadnos solos.

No esperaron nueva orden, ni la una ni la otra, pues Aurora se levantó majestuosamente con su aire de princesa, y desapareció como una mariposa que se escapa de entre las manos, dejando en los ojos los relámpagos de su belleza, y Nona la siguió silenciosa, poco más o menos del modo que suele seguir la sombra al cuerpo.

Bien almorzado el ilustre descendiente de los Cañizares, se arrellanó en el sillón de vaqueta que ocupaba, como un patriarca, si es que los patriarcas llegaron a usar alguna vez sillones de vaqueta. Desde allí se dirigió a su sobrino, diciéndole:

-Te decía, muchacho, que a mí no me gusta pensar mal de nadie; pero a veces las cosas lo ponen a uno en cuatro caminos, y hay que echar por alguno. Luego hay caras que comprometen a los que las llevan... ¿Me entiendes?... Y miel sobre hojuelas: hace cuatro años que el hombre cayó en el pueblo, y ésta es la bendita hora que no se sabe de dónde ha salido. Traía sus cuartejos, y ahí se acomodó como un cartujo. Eso sí; nadie tiene que decir de él nada. ¿Qué tal?, ¿nos entendemos?

-Sí, tío (contestó Fermín); nos entendemos. Todo eso está ya pasado en cuenta; su sospecha de V. confirma la nuestra. La oscuridad de su vida anterior es un misterio, y ese misterio es un indicio. La Justicia tiene que agarrarse a todo.

-¡Y bien!: dime tú ahora: ¿a cuántas estamos?

Fermín bajó la voz, diciendo:

-Anoche despachamos dos inquisitorias confidenciales, que lleva el correo de esta madrugada, a dos personas de toda nuestra confianza, que ejercen autoridad, una en Valencia y otra en Zaragoza, porque tenemos ciertos relámpagos de que el hombre, como V. dice, ha debido residir en épocas determinadas en uno y otro punto.

-¡Y bien! -preguntó D. Martín, dejando caer la cabeza sobre el respaldo del sillón y entornando los ojos.

-Hay que esperar los datos que hemos pedido para no dar un golpe en vago. Entre tanto, todo se vigila con la mayor cautela. El Juez tiene gran conocimiento de los hombres, y posee una astucia admirable.

-Y dime, muchacho (añadió D. Martín, al mismo tiempo que movía la cabeza de un lado a otro para espantar las moscas que le molestaban); dime: ¿el escribano sabe algo de eso?

-No sabe nada más que lo que consta en autos. Ignora que Minerva ha descubierto la casa y que nosotros buscamos al hombre.

-Bien hecho; esos escribas son capaces de vender... a su padre. Bien, muy... bien... hecho...

Pronunciando esas palabras entrecortadas, Cañizares acabó de cerrar los ojos, y un ronquido suave y tranquilo dio a entender a Fermín que su tío entraba en la plenitud de la más pacífica de las digestiones. Dejolo profundamente dormido, y salió del comedor, diciéndose entre dientes a sí mismo:

-¡Nona, Nona! ¡Lo estoy viendo con mis propios ojos, y aún me parece mentira!

Capítulo XX
Tres al saco

Era de ver la curiosidad con que Chucho volvía la cabeza conforme se iba acercando a la casa de sus amos, colgada al brazo una cesta llena de manzanas. Cualquiera habría dicho que se veía perseguido por algún fantasma, porque nunca los rasgos descompuestos de su fisonomía habían ofrecido señales más visibles de estupidez. La visión, no obstante, se escapaba a la perspicacia de los ojos profanos, pues cabalmente en aquel momento sólo dos simples mortales cruzaban la calle.

El caso es que Chucho, sin dejar de volver la cabeza, salvó de un salto el portal y llegó hasta el portón o puerta de enmedio, que de ambas maneras por allí se dice, y se detuvo, tragándose media manzana de un solo bocado, hasta que una figura humana oscureció la claridad de la puerta; figura que tenía algo de sombra, tanto por el reposo de sus movimientos como por lo negro del vestido que traía. Chucho entonces se precipitó dentro de la casa, a tiempo que Gila pasaba por delante de la puerta, y chocaron uno con otro, y saltaron las manzanas fuera de la cesta y rodaron por el suelo.

-¡Ave María! (gritó Gila.) ¡Qué animal eres, y cómo te echas encima!

-¡Calla! -le dijo Chucho.

-¡Cómo que calle! -le replicó.

-Sí, calla. No sabes: ahí detrás viene la Justicia.

-¡La Justicia! -repitió Gila; y tomó escaleras arriba, y tan ciega iba, que no vio a Marta, y ¡allá va!, por poco le hace rodar escaleras abajo.

-¡Bestia! (exclamó Marta.) ¿No tienes ojos en la cara?

-¡Calle V.!...

-¡Cómo que calle!...

-Sí... ¡Que viene la Justicia!

-¡La Justicia! (murmuró Marta.) ¿Qué tiene que hacer aquí la Justicia?

Y sin más investigaciones, se encaramó en lo alto de la escalera, en ocasión en que María de la Paz pasaba con un azafate de mimbre, reventando de ropa planchada; y como estaba de Dios que en aquel día todos habían de ser tropiezos, la cabeza de Marta dio en el azafate, y el azafate en el suelo.

-¡Válgame Dios, Marta! (dijo María de la Paz.) Hoy no te has santiguado.

-Calla, hija (le contestó Marta). Es que ahí tienes a la Justicia.

-¡Acabaras!... (prorrumpió la Pacheca.) Recoge esa ropa que me has echado al suelo, que yo voy a avisarle a tu amo.

Dicho y hecho; con el apresuramiento que en las casas inalterables produce el anuncio de una visita extraordinaria, Doña María de la Paz, diciendo: «¡Martín! ¡Martín!», se abalanzó a la puerta del cuarto de su marido, y empujó con viva urgencia, cabalmente a tiempo en que Cañizares iba a salir, de modo que le dio en las narices al abrirse la hoja de la puerta empujada por la Pacheca.

-¡Allá va eso!... (gritó D. Martín.) Mujer, por poco me dejas chato.

-Calla, hombre (replicó ella): si es que tienes en la casa a la Justicia.

-Bien venida sea (dijo Cañizares, adelantándose a recibirla). Bien venida, aunque se diga Justicia, y no por mi casa.

En efecto: la Justicia era el mismo Juez en persona, que subía lentamente la escalera, dando en cada peldaño un golpe con la contera de su bastón jurisdiccional.

Al verlo D. Martín, exclamó diciendo:

-¡Ah, señor Juez! ¿Tanto bueno por esta casa?

-Sí, señor (le contestó el Magistrado). Algún día había yo de venir a pagarle a su buen sobrino las visitas que le debo. ¿Habré venido a molestar, en ocasión en que no está en casa?...

-Molestia, nunca (dijo Cañizares). En cuanto a mi sobrino, no lo he visto hoy en todo el día; pero de seguro está en casa, porque tengo entendido que esta mañana se quejaba de algo, así como de dolor de cabeza; y si no estuviese, se le buscaría en el centro de la tierra... ¡Eh! ¡Familia!... Al niño Fermín, que venga, que tiene aquí una visita que honra la casa de los Cañizares. Por aquí, señor Juez; entremos en mi cuarto, donde no llega el ruido de la familia, porque estas mujeres caseras todo lo traen siempre revuelto.

No tardó Fermín mucho tiempo en presentarse en el cuarto de su tío, y al punto Cañizares cerró la puerta; y, a mayor abundamiento, le dio media vuelta a la llave, diciendo:

-Aquí se puede hablar hasta la consumación de los siglos, sin que lo entienda la tierra.

El Juez dirigió a Fermín una mirada inquisitiva, y éste le dijo:

-No hay inconveniente; mi tío se ha puesto al cabo de la calle; sus sospechas coinciden con las nuestras, y su auxilio puede sernos de mucho provecho.

-Así es la verdad (añadió Cañizares). Y si yo puedo servir de algo a la Justicia, aquí estoy con el alma y con la vida.

-Todo auxilio se necesita (advirtió el Magistrado), y hay que tomar la luz de donde Dios nos la envíe, porque el asunto se presenta muy oscuro.

Era el Juez hombre de cincuenta años bien cumplidos; ningún rasgo particular lo distinguía de la masa común de los hombres, si se dejaba aparte cierta sombra de bondadosa tristeza que se descubría en la expresión habitual de su rostro. Podía pasar por el mundo sin que se reparara en su persona. Había hecho su carrera muy lentamente, paso a paso, y después de veinte años de ir y venir de una fiscalía a otra, de uno a otro juzgado, se encontraba de Juez de ascenso en la villa de los Remedios. Su mérito principal consistía en eso que se llama tener buen ojo, perspicacia instintiva que solía ponerlo en camino de lo que buscaba. Sabía por razón y experiencia que en la urdimbre de todo

delito, por bien tejido que esté, queda siempre un hilo suelto que era preciso buscar, aunque fuese a tientas, y no se fiaba nunca de las primeras apariencias, porque decía que engañaban como las perspectivas. En fin: completaba su carácter profesional un verdadero amor a la Justicia y cierto amor
propio en descubrir a los culpables, y eso que había experimentado contrariedades en su carrera por haber puesto alguna vez el dedo en la llaga. A Fermín lo conoció en Valencia, y le profesaba paternal afecto.

A D. Martín no se le cocía el pan, impaciente por meterse de hoz y de coz en aquel complot, urdido a espaldas del proceso, contra los ladrones de las alhajas de la Virgen. Así es que echó por medio, preguntando:

-¿Estorbo?

-No, Sr. D. Martín (le contestó al punto el Juez.) Hemos convenido en que V. nos ayude, y con eso contamos.

-¿Qué hay que hacer? -volvió a preguntar Cañizares.

-Ahora, nada: estamos pendientes de los datos que hemos pedido a Zaragoza y Valencia, y por muy felices que sean las investigaciones que han de hacerse, han de pasarse algunos días. ¿No es eso, Fermín?

-Eso mismo.

-Sí (replicó Cañizares); pero se pierde un tiempo precioso.

-Lo importante aquí (dijo Fermín), es que el presunto culpable no sospeche que sospechamos.

A lo que el Juez añadió:

-Pues es el caso que sospecha.

-¿Cómo? -preguntaron a la vez el tío y el sobrino.

-Acaba de ocurrir un hecho, indicio probable de que nuestras secretas averiguaciones han sido descubiertas.

-¿Sí?

-Hay que temerlo: hoy ha aparecido Minerva envenenada.

Fermín y Cañizares se quedaron con la boca abierta, y el Juez siguió diciendo:

-La encontraron revolcándose en la calle estrecha contigua a la iglesia. Se creyó que rabiaba, y la gente huyó despavorida; pero llegó el Sacristán desalado a la noticia de que su perra rabiaba, y el pobre animal, al verlo, se arrastró hasta sus pies, y murió lamiéndole las manos. Cuentan que el Sacristán miró con ojos furiosos a la gente que lo rodeaba, y que luego recogió a Minerva muerta, y se fue llorando a lágrima viva.

-Pero ¿cómo (preguntó D. Martín) han envenenado a ese animal, que era el ojo derecho del pueblo?

-Según el albéitar, que me ha referido el caso, la han envenenado con arsénico.

-¿Y quién? -preguntó a su vez Fermín.

-Eso (dijo el Juez) es otro misterio.

-¡Otro misterio! (exclamó Cañizares impetuosamente.) Pues a mí me parece claro como el sol que nos alumbra que han matado a Minerva por miedo o por venganza. Por miedo de que acabase de descubrir el rastro, o en venganza de haberlo descubierto.

-Luego... -añadió el Juez, abriendo paso a la consecuencia.

-Luego (dijo Fermín) Minerva no nos había engañado; ha puesto el dedo en la llaga, y estamos realmente sobre la pista.

-Eso es (continuó el Juez). No debemos discurrir de otra manera. Ese animal era muy sociable, inofensivo, y muy querido en el pueblo; el veneno no es sustancia que anda aquí en manos de las gentes para que pueda atribuirse el caso a un envenenamiento casual. El boticario me ha dicho con toda seguridad que no hay en el pueblo más arsénico que el que se guarda en la botica. Además, el misterio es la luz. Nadie da cuenta del hecho,

nadie lo ha presenciado, nadie lo ha visto, nadie sabe por quién ni cómo ha sido envenenada Minerva, y claro es que se la ha matado secretamente de intento, porque había grande interés en matarla. El culpable, al ocultarse, se ha descubierto.

-Entonces, esto es coser y cantar (dijo don Martín). No hay más que plantarse en su casa, hacer un reconocimiento minucioso, y meter en chirona a nuestro hombre.

-Eso (advirtió el Juez) sería perderlo todo. Creo que andamos entre gente que sabe el oficio; un registro a ciegas, no nos daría resultado ninguno; acabaríamos de levantar la caza, y nuestro hombre saldría de la cárcel a las setenta y cinco horas más inocente que antes de haber entrado en ella. Nuestro trabajo ahora consiste en desorientarlos acerca de nuestras pesquisas, y estar sobre el rastro.

-Es triste (observó Fermín) tener el convencimiento del nombre del culpable, y no poder llevarlo a los autos.

-Lo que a mí me escarabajea (dijo el Juez, golpeando con la contera del bastón las suelas de sus botas) es quién ha podido advertirle el camino de nuestras indagaciones. Tres únicamente estábamos en el secreto: nosotros dos, y el Sacristán. Se dirá que han podido sospecharlo; pero lo posible es el vacío, y sólo se puede aceptar después de agotado lo probable. Ahora bien: ¿qué es lo probable en el caso en que nos encontramos?

Los tres guardaron profundo silencio: no encontraban nada probable, y les costaba mucho trabajo atenerse a lo posible. ¿Adónde dirigir las sospechas de una traición?... El Juez esperó largo rato que Cañizares o Fermín iluminasen la oscuridad con algún rayo de luz, aunque fuese rápido como el relámpago; pero ambos permanecieron silenciosos, buscando alternativamente, ya en el suelo, ya en el techo, la clave del enigma. Al fin el Juez rompió el silencio, diciendo:

-Nosotros estamos seguros de no haber cometido ninguna imprudencia; nuestras pesquisas permanecen ignoradas para todo el mundo. ¿Cómo, pues, el autor o los autores del robo son los únicos que han podido averiguarlas? La noticia no ha llegado a ellos por rumor público; la saben por confidencia. Tenemos al Sacristán en tela de juicio; despojémonos de toda consideración, y juzguemosle. Yo pregunto: ¿Es el Sacristán cómplice de este delito?

Tío y sobrino abrieron desmesuradamente los ojos, y se quedaron mirando de hito en hito la cara del Juez, serena e impasible.

-No (se contestó a sí mismo). Cabalmente el Sacristán fue quien nos sugirió la idea de aprovechar el instinto de Minerva para dar con el rastro; a nosotros no nos había ocurrido semejante cosa; y hay que convenir en que ha sido un medio seguro. No salimos de la oscuridad; estamos en el caos; todo es posible, y no encontramos nada probable. Tenemos, sin embargo, un dato precioso que confirma nuestros indicios; la mano del ladrón es la que ha envenenado a Minerva.

D. Martín Cañizares no había visto jamás a su entendimiento en tan apretado lance, y allá en sus adentros discurría con más fuerza de voluntad que de ingenio, y con más impaciencia que éxito. Así es que se rascaba la cabeza y se mordía las uñas, y ya se tiraba de una oreja, ya de otra; ya ahuecaba el labio inferior sacándolo de quicio y haciendo de su cara una pililla de agua bendita. Mas ni por esas, porque el enigma continuaba impenetrable. Fermín, por el contrario, permanecía inmóvil, mordiéndose los labios en reflexión lenta y profunda. De repente se puso de pie, diose una gran palmada en la frente, miró al Juez primero y después a su tío, retrocedió, y volvió a sentarse sin decir palabra.

-Tú has visto algo (dijo D. Martín). ¿Qué has visto?

-Nada (le contestó). No he visto nada; no puedo ver nada.

Poco después se daba por terminada la conferencia, porque el asunto estaba completamente agotado. Tres al saco, y el saco en tierra.

Al volver a su cuarto, encontró Fermín a Nona en el corredor, y clavó en ella una mirada de tan terrible enojo, que la pobre muchacha se dobló como si el cielo se desplomara sobre su cabeza, y huyó de su primo, y fue a refugiarse en el cuarto de su abuela. Allí cruzó las manos sobre el pecho, y rompió en llorar, exclamando:

-¡Dios mío!... ¡Dios mío!

Pues no era esa la más negra, sino que al mismo tiempo el primo se encerraba en su cuarto, diciendo con furia reconcentrada:

-Sí; Nona ha confiado a ese hombre el secreto de Minerva, que yo tuve la imprudencia de descubrir en la intimidad de la familia, y ese hombre... ¡Mejor!... Le arrancaré la máscara... No, no; no es mejor...; no haré nada... No puedo hacer nada... Ella le quiere... ¡Infeliz criatura!... ¡Infeliz de mí!... ¡Todos infelices!... No me queda más recurso que volverme loco.

Y como se dice en las novelas, cayó desplomado sobre una silla, ocultando el rostro entre las manos.

Capítulo XXI
Tragicomedia

Sentado sobre el borde de la cama y a medio vestir, D. Martín Cañizares llamaba a María de la Paz, a voz en grito, con señales visibles de un humor de todos los demonios.

-¿Qué quieres, hombre? (dijo la Pacheca entrando en la alcoba.) Vamos a ver: ¿qué tripa se te ha salido?

-¡Friolera! (exclamó D. Martín.) ¿Te parece poco encontrarme los pantalones sin botón en la pretina? Seis días hace que los llevo así, sin que le haya ocurrido a nadie en esta casa reparar en ello. Pues, mira, me voy hartando ya de que se me caigan los calzones de hombre de bien.

-Trae, hombre, trae. ¿No tenías ahí otros pantalones que ponerte? Y me parece que buena boca tienes para haber dicho desde un principio: «A ver, cosedme este botón.»

-Bueno, señora, bueno. Quiere decir que otra vez que ocurra, cogeré yo una aguja, la enhebraré como Dios me encamine, y de paso me daré un punto en la boca; porque aquí, está visto que no puede uno decir: «Alabado sea Dios», sin que enseguida no le quieran meter el resuello para dentro. ¿No es esto, doña María?

-No es eso, ni por el forro; es que con los años se te ha avinagrado el genio, que siempre le has tenido más de cardo silvestre que de malva-rosa, y hoy aún no has puesto los pies en el suelo, y ya parece que has pisado alguna mala hierba.

-Puede V. hablar, señora Pacheca, cuando no amanece día que no salte V. de la cama tropezando con todo, y me revuelva V. la casa de arriba a abajo, y lleve V. la gente al retortero y no quede títere con cabeza. ¡Pues qué!, ¿estoy yo sordo? ¿No la oigo yo a V. rabiar los palos todos los días con todo bicho viviente? ¡Genio!... ¡Vaya si lo tienes bien puesto! A mí no me engañas: ¿no ves que te conozco desde que te subías a los perales a coger nidos? No he conocido una mujer más arisca que tú en todos los días de mi vida.

María de la Paz mordió la seda con que acababa de pegar el botón de los pantalones, se puso de pie, y mirando a su marido de hito en hito, le dijo:

-¡Dios te perdone! Hoy te levantas de muy mala data, y andas buscándome la lengua.

Afanado Cañizares en hacer entrar los pantalones en su sitio, nada tuvo por de pronto que contestar a su mujer; mas a poco se volvió a ella, diciéndole:

-María: ¿te has santiguado esta mañana?

-Martín (le contestó); yo me santiguo todos los días.

-Pues entonces, ¿qué has hecho aquí, que no puedo abrochar esto?

-¿Qué he de haber hecho más que pegar el botón en su sitio?...
-Pues, mujer, ¿en qué consiste?...
-Hombre, consiste en que estás ya muy torpe... Trae aquí, trae... ¿Ves? así...
-¡Eh! (gritó D. Martín.) No aprietes tanto.
-¡Ave María! ¡Aunque fueras de alfeñique! Anda, así se hace. ¿Qué otra cosa se te ocurre? ¡Ay, marido mío, que ya hay que vestirte, y aún echas roncas!
Y así diciendo, la Pacheca comenzó a levantar la ropa de la cama y a sacudir los colchones.
-María (dijo D. Martín): algo te escarabajea a ti por tus adentros, porque estás hablando sola.
-No me escarabajea nada (le contestó al golpe), ni hablo sola. Hablo conmigo misma. ¡Ay, Martín, si hubieras dado con otra!
-¡Vaya una salida!... ¿Y tú por qué diste conmigo?
-Porque me buscaste.
-¡Yo!
-Tú. Bien andabas detrás y delante. ¡Pues qué!, ¿estaba yo ciega?
-Y vamos a ver; ¿tú qué hacías, ya que me buscas la lengua?
-¿Yo? Huir cielo y tierra.
-Eso es, para echar más leña al fuego, como quien dice «a ver si me coges.» ¡Vaya una gracia! Eso lo hacen todas las mujeres. ¿Y qué?... Bien pronto dijiste que sí, en cuanto tu madre abrió la boca.
-Te equivocas, que fue la tuya la que vino a pedirme.
-No digo que no; pero has de saber que mi madre, que en paz descanse, quería que yo fuese canónigo.
-¿Sí?... Pues ten en cuenta que yo me encontraba muy retebién en mi casa, y ninguna prisa tenía de casorio.
-¡Es mucho cuento esto! No digo hoy palabra que no me la vuelvas al cuerpo.
-Es que hoy, Martín, ni atas ni trasquilas, y le andas buscando tres pies al gato; pero, hijo mío, das en piedra.
-¡Me gusta la frescura! ¿Pues no eres tú la que te lo dices todo? No sé yo qué mosca te ha picado; pero hoy has amanecido con gana de fiesta.
-¡Yo! Sí. Hace ya tiempo que la procesión va por dentro, y no digo esta boca es mía: siempre voy bailándote el agua delante, aunque no creas que las cosas caen en saco roto. Tú, tú eres el que has puesto la piedra en la cuesta, diciendo esas cosas que dices. ¡Mire V. con qué halagos se viene! Afortunadamente, yo me pudro y callo.
-¡Pues no dice que calla, y está hablando por los codos!...
-¡Que hablo!... (exclamó la Pacheca, arqueando las cejas.) ¡Ay, señor D. Martín, si yo hablase!...
Cañizares apretó los puños, y dijo en voz baja, como hablando consigo mismo:
-¡Señor, no hay para matarla!...
-No te impacientes (le replicó ella); no te impacientes, porque con la vida que llevo no haré muchas navidades.
-¡Por los clavos de Cristo! ¿A que va a decir que la estoy matando?
-No digo eso.
-¡No!...
-No.
-Pues entonces, ¿qué es lo que dices?
-Lo que digo es que el demonio ha metido la pata en esta casa.
-Bueno; ahora lo va a pagar el demonio. Vamos a ver; y ¿por qué?
-Porque la casa tiene sombra.

-¡Otra te pego! Pues, mujer, ¿no está en medio de la calle? ¿No le da el sol todo el día? ¿Dónde quieres que la ponga?

-¡Ya se ve!: tú, como tienes la cabeza a pájaros, no ves lo que pasa.

-Señora Pacheca: ¡por las once mil vírgenes, desembuche V. de una vez! ¿Qué es lo que pasa?

-No lo sé, y ésa es mi pesadilla.

-Y tú la mía -prorrumpió Cañizares sin poder contenerse.

-El caso es (siguió diciendo María de la Paz), que a Marta parece que se le ha ido el santo al cielo; rompe cuanto cae en sus manos, va y viene sin ton ni son; se santigua a cada momento, como si siempre tuviera el enemigo delante, y a lo mejor se le van unos suspiros, que parten el alma; y si le preguntas, no te contesta a derechas. Pues déjate a ésa, y toma a las otras dos, que andan todo el día a la greña como dos basiliscos, y todo lo llevan a sangre y fuego. Pues agárrate a Chucho, que ha dado ahora en la gracia de aullar en la cuadra lo mismo que los perros cuando anuncian alguna desgracia.

Al llegar aquí se detuvo, so pretexto de perfeccionar el doblez de la sábana que había extendido sobre los colchones de antemano mullidos, porque a todo esto María de la Paz hacía la cama con el primor de la mujer que sabe hacer las cosas de su casa. D. Martín se rascó la cabeza en señal de que le picaba la impaciencia, y ella siguió diciendo:

-Aurora cada vez más metida en el quinto cielo, mirando por encima del hombro, y sin que se pueda conseguir que entre en los trotes de hacer algo de sus manos. Estos días está como nunca. Fermín es otro hombre de tres días a esta parte; lo veo desconocido, apenas come, apenas habla, y aunque disimula, bien se le conoce que allá en sus adentros se le hace la masa vinagre. ¿Qué más quieres? Hasta Nona, tan alegre siempre, ya no se ríe como antes, ni echa aquellos cantares que eran la alegría de la casa, y llora a sus solas; lo niega con la boca, pero a mí me lo dicen sus ojos. Pues aquí, en sana paz, yo te pregunto, Martín: ¿qué mundo es el que se nos viene encima?

-¡Válgame la Santísima Trinidad (exclamó Cañizares), y cuántas cosas has resuelto en un abrir y cerrar de ojos! ¿Será que por tu bella cara ha de andar siempre el mundo alegre como unas castañuelas? Que Marta chochea, que Prisca y Gila riñen, que Chucho aúlla, que Aurora anda por las nubes, que Fermín calla, que Nona llora... ¿Le parece a V. que todo esto no es caso de que un Cañizares, ¡el último de los Cañizares!, se dé a todos los diablos?

Al ver el despego con que D. Martín le contestaba, María de la Paz se quedó inmóvil, con una cabecera entre las manos, contemplando a su marido con la mirada más triste de que eran capaces aquellos ojos siempre dulces y todavía hermosos; y como quien va a Roma por todo, prosiguió su tarea, diciendo:

-Pues, mira, no es ésa la más negra.

-¡Acaba de una vez, antes que a mí se me acabe la paciencia! -gritó D. Martín, al paso que apretaba furiosamente el nudo de su corbata.

-Tú (dijo ella, promediando el tono de la voz entre la queja y la súplica), tú eres la más negra, porque hace tres días que tienes una cara de justo juez, que no hay quien te mire. Parece que te deben y no te pagan, cuando si ajustamos cuentas...

-Saldré yo debiendo... ¿no es esto?... Pero, dime: ¿no eres tú la que dispones de los cuatro cuartos que hay en la casa?... ¿No haces y deshaces sin que nadie te vaya a la mano? ¿Quieres decir qué es lo que te falta?

-Lo que no se paga con ningún dinero (contestó ella). ¡Qué mundo éste!... ¡Qué pronto pasan las cosas!... ¡Cómo se olvida todo!

-¡Me estás sacando de tino! -exclamó Cañizares en el colmo del enojo.

-Bueno; ya no hablo más; se acabó... No te enfades... Yo no sé lo que daría por verte siempre contento, y tú... ¡Vamos!, no me hagas caso... Ya te he dicho todo lo que tenía en el alma: ahora, perdóname... Ésa es nuestra suerte.

¿Había dicho, en efecto, todo lo que tenía en el alma? Es posible, porque no volvió a salir palabra de su boca. La cama ya estaba hecha, pero aún le faltaban los últimos perfiles: un pliegue aquí, un doblez más allá, una punta que cuelga más que la otra. Bajo la cubierta de percal rameado, se adivinaba la blandura de los colchones: las fundas de las cabeceras, las puntillas que las adornaban y el doblez de la sábana, parecía que preguntaban a los ojos: «¡Vamos a ver!, ¿quién es más blanco?»

Hecho esto, abrió de par en par la ventana, y el aire, que no esperaba otra cosa, se entró de golpe, como amigo de confianza, revoltoso como siempre y perfumado con las primeras flores de la primavera; al mismo tiempo se coló un rayo de sol, y los claveles dobles, que en dos macetas adornaban la ventana, alargaron sus cabezas rojas y blancas, como diciéndose unos a otros: «Vamos a ver qué pasa por aquí dentro.»

La señora de Cañizares miró a su alrededor buscando algo más que hacer; pero todo estaba en orden, cada cosa en su sitio. De pronto se detuvieron sus ojos en un ángulo de la alcoba, y entonces dijo con mucha dulzura:

-Martín, ¿por qué no quitas de ahí esa escopeta?

-¿También mi escopeta te estorba? (preguntó a su vez Cañizares.) Hace un siglo que está ahí, y hasta hoy no se te ha ocurrido que la quite. Pues, mira, te advierto que no tropieces con ella, María, porque está cargada.

-Por eso lo digo, hombre, porque te la vi cargar el otro día, y temo que suceda alguna desgracia.

-Sí (replicó bruscamente D. Martín). La cargué, porque desde el robo de las alhajas de la Virgen, que no hay quien me lo saque de la cabeza, creo que ya no queda nada seguro en este pueblo, y quiero tener la escopeta cargada y a la mano. No me busques más camorra.

-¡Válgame Dios! (dijo María de la Paz.) ¿Por qué has de ser conmigo rencoroso? No volveré a decir nada que te incomode; pero deja que te arregle el nudo de la corbata. Mira: has cogido dentro el cuello de la camisa.

Y diciendo y haciendo, comenzó a perfeccionar el tocado de su marido, mientras éste respiraba con violencia, como queriendo contener los sordos impulsos de su irritada cólera. Ella acercó la boca para deshacer con los dientes el nudo hecho en el pañuelo que servía de corbata, y levantó los ojos: D. Martín reparó en ellos, y allí fue Troya.

-¿Qué es esto? (dijo.) ¿Qué lágrimas son esas con que ahora me vienes? ¡No me faltaba más que verte llorar para que acabaran de llevarme todos los demonios del infierno! ¡Por vida de todos los Santos del cielo! ¿Quién puede ofenderte viviendo yo en el mundo? Mira, María. Tengamos la fiesta en paz; dime todas las desvergüenzas que te dé la gana; dame azotes si quieres, como a un chiquillo de la escuela; pero no me llores, porque no puedo ver lágrimas sin que toda la sangre se me suba a la cabeza.

María de la Paz alzó los brazos y rodeó con ellos el cuello de su marido; se empinó sobre las puntas de los pies, y le besó primero una mejilla y luego otra.

-Eso es otra cosa (dijo D. Martín); todo lo que quieras, menos llorarme. Eso, María, no te lo consiento.

-¡Martín!... -exclamó ella.

-Calla (dijo él). Gila viene a decirnos que ya es hora de almorzar...

Capítulo XXII
El locutorio

No, no estaba resentida la madre Purificación, porque, digan lo que quieran las vanidades humanas, hay corazones tan apartados de las cosas del mundo, que viven a cubierto hasta de las pequeñas mordeduras del amor propio. Mas, ¡ya se ve!, la buena monja no se hallaba tan desligada de los afectos de la familia, que allá en la paz interior de su alma no sintiese algo, así como cierto escozor que de vez en cuando se le venía a la punta de la lengua, y le hacía exclamar: «Esto es que el Señor me castiga, porque no merezco otra cosa.»

Todo ello consistía en que Fermín, el pícaro Fermín, prometido esposo y futuro marido de Aurora, no había parecido por el convento ni una vez siquiera a ver a la madre Purificación, que iba a ser dos veces su tía, aunque tía segunda las dos veces; y es el caso que habían llegado al locutorio las más favorables noticias, pues las gentes se hacían lenguas del muchacho y lo ponían en los cuernos de la luna, y cate V. que a la monja no se le cocía el pan, impaciente por echarle la vista encima; y quieras que no quieras, a la comunidad le sucedía dos cuartos de lo mismo.

Y véase lo que son las cosas: desde que Fermín puso los pies en la casa de Cañizares, todos los días se hablaba de llevarlo en procesión al convento; mas hoy por una cosa, mañana por otra, como en las casas de las mujeres hacendosas hay siempre tanto que hacer, se había ido aplazando la visita al convento; y Dios sabe cuándo habría llegado el día propicio, si una mañana María de la Paz no hubiese visto entrar por las puertas de su casa a la mandadera de las monjas, con una cesta colgada en el brazo izquierdo y una carta en la mano derecha. En cuanto la Pacheca distinguió a la mandadera, exclamó diciendo:

-¡Tienen razón las madres, muchísima razón!... Todos los días estamos yendo, y aún no hemos ido; pues de hoy no pasa que vayamos. Y vea V. qué santas mujeres: en vez de enviarnos quejas, nos envían bizcochos. ¡Ah!, ¡qué hermosa gloria les espera! Tú, Marta; toma esta cesta y pon esos bizcochos en la bandeja grande. A ver si se te caen y hacemos tenderete. Mira que son de los que más le gustan a tu amo.

Diciendo así, tomó la carta que la mandadera traía, y abriéndola, leyó lo siguiente:

«Convento de la Santísima Trinidad, día de la
Anunciación de Nuestra Señora.

»Mi buena prima: La Comunidad ha hecho esos pocos bizcochos, que gracias a Dios han salido muy buenos, y son de los que más le gustan al goloso de tu marido. No sabes, hija mía, qué rico sale el pan del trigo que nos enviasteis; da gozo verlo. El Señor os lo pague, como nosotras lo agradecemos. Dile al descastado de tu sobrino, que, aunque por la misericordia de Dios no vivimos en el siglo, todavía Nuestro Señor Jesucristo nos tiene en el mundo. No os olvidamos en nuestras oraciones, y le pedimos a Dios que Aurora sea una Santa Mónica y que Nona persevere en su santa vocación y tome el hábito en este convento. Se acerca la Semana de Pasión, y no podréis vernos en algunos días, porque vamos a entrar en ejercicios.

»Tu prima,

»MARÍA DE LA PURIFICACIÓN.

»Abadesa del Convento de la Santísima Trinidad.»

Luego que hubo leído la carta de la Abadesa, llamó a su sobrino y a sus hijas, y dijo al primero:

-Toma, Fermín: lee eso en alta voz, que se enteren bien tus primas, para que vean lo que dice la madre Purificación.

Así que Fermín leyó la carta, añadió la Pacheca:

-¿Veis? Lo que estoy diciendo todos los días. Hay que ir a ver a las monjas; hace un siglo que no hemos parecido por allí; la Comunidad estará deshecha porque no ha visto a Fermín todavía. Y nosotros aquí, dejándolo siempre para mañana. No os culpo a vosotros, sino a mí, que se me pasea el alma por el cuerpo y se me va el tiempo entre los dedos.

-Bueno (advirtió Fermín). Eso fácilmente se remedia; yo voy esta tarde, y cumplo por toda la familia.

-No (le replicó su tía); esta tarde vamos todos en comitiva... ¡No faltaba más! ¿Quién me quita a mí el gusto de presentarte a la Comunidad? ¡Vaya si se celebrará tu visita!... Verás qué hermoso está aquello.

-¡Hermoso! (dijo Aurora.) Lo más triste del mundo... Cuatro tapias cercadas de cipreses; parece un cementerio... ¡y luego las monjas tan preguntonas!... No sé a qué viene esa caminata.

-¡Caminata! (exclamó la Pacheca.) ¡Pues aunque el Convento estuviese en el quinto infierno, cuando lo tenemos a dos pasos de la casa!... Hija mía, le tienes ojeriza a las madres. ¿Qué daño te han hecho? Mira a tu hermana, que se despepita por ir al Convento; así la quieren a ella. No te pongas encarnada, hija, pues querer ser monja no es ningún delito.

-¡Monja! -exclamó Fermín, sin poder contenerse.

-Monja (volvió a decir la Pacheca). ¿Por qué no?

Nona levantó los ojos y los clavó en María de la Paz: aquella mirada era una súplica, que quería decir: «¡Por Dios, madre!»

-¡Ea! (siguió diciendo la Pacheca): a echarse los vestidos y a colgarse las mantillas; yo me arreglo en medio minuto, y, paso entre paso, caemos en el Convento como una bomba... ¡Eh!: tú, Nona, dile a Chucho que apareje el macho Y arree, que va a llevar a las madres dos costales de trigo.

Aurora miró a su hermana con expresión compasiva, y corrió con ademán resuelto a hacer su tocado, en el que puso muy especial esmero. Prendiose un hermoso clavel doble de color de fuego, que llameaba sobre los rizos negros de su altiva cabeza como un sol que se pone entre nubes; dio un punto más al cinturón que estrechaba el contorno de su talle; echó atrás la mantilla, como quien se echa el alma a la espalda, y después de recrearse ante el espejo en su propia contemplación, irguió gallardamente la cabeza, complacida de sí misma, y con el gesto más encantador del mundo, dijo entre dientes: «Así; que rabien las monjas.»

En efecto: el Convento de la Santísima Trinidad, de que era Abadesa la madre Purificación, estaba, como quien dice, detrás de la puerta. No había más que cruzar la plaza, bajar la calle de los Desamparados, salir al campo, y tomar la senda de los álamos blancos que termina en el atrio mismo del convento.

Aurora echó delante, porque ella había de ser la primera siempre; siguiola Nona como sigue la noche al día, y Fermín se quedó detrás, acompañando a su tía. Ésta le dijo:

-Anda tú con las muchachas, y diles cuatro chicoleos; yo voy aquí a mi paso, y no necesito a nadie.

Fermín se adelantó, colocándose entre sus dos primas, y Nona se fue rezagando poco a poco hasta encontrarse con su madre.

Las cuatro paredes del convento aparecieron pronto al extremo de la alameda, sombreadas por altos cipreses, como si el pequeño edificio descansara en brazos de la oración y del recogimiento a que estaba consagrado. Nada tenían que ver allí ni el arqueólogo ni el artista, porque no encontrarían más antigüedad que la de la fe, ni más poesía que la de la esperanza. La capilla, el claustro y el huerto, o, como diría un espíritu superior, cuatro altares, cuatro celdas y cuatro árboles componían la totalidad de la casa,

pequeña en todas sus partes, y tan grande, que cabía en ella la paz que no cabe en el mundo.

Llegó la familia a la portería, y fue inmediatamente introducida en el locutorio. Al través de la oscuridad que ocultaba los objetos al otro lado de la reja, se vio aparecer una sombra blanca que se acercó a los hierros cruzados, diciendo:

-Ave María Purísima.

Obtenida la contestación correspondiente, siguió diciendo:

-Vamos. Bendito sea Dios, que os ha traído a esta santa casa; la Comunidad va a tener un día de regocijo.

-Calla, mujer (1e replicó la Pacheca), porque aquella casa de mis pecados es la vida perdurable, Martín fue hoy a la huerta, porque ha empezado la escarda, y están los sembrados que da gozo verlos.

-Dios los bendiga -contestó la madre Abadesa.

Una detrás de otra fueron entrando las monjas en el locutorio, y después de repetido muchas veces el Ave María Purísima, comenzaron los saludos, las preguntas y las conversaciones: la Comunidad entera asistía a la visita.

Las sombras blancas de las monjas se destacaban en el fondo oscuro del locutorio, y casi lo iluminaban; al través de las rejas se distinguían bocas risueñas, y relampagueaban miradas tímidas y curiosas. Siempre que hablaba la madre Abadesa callaban todas las monjas.

-¡Vaya!, ¡vaya! (dijo): ¿conque éste es Fermín? ¿Éste es el que?... ¡Jesús! Dios lo haga un Santo. ¡Tantos días en el pueblo, y sin venir a vernos!...

Los huecos que formaban los hierros cruzados de las rejas se cubrieron de ojos.

-Sí, tía (contestó Fermín): pero si no estuviese esta reja por medio, vería V. con qué abrazo tan apretado le decía cuánto deseaba verla su sobrino.

-Dios te lo pague, hijo (añadió la Abadesa); porque has de saber que yo no me quedaría corta.

-¡Es una alhaja! (advirtió María de la Paz.) Ahí donde lo ves, sería un hermoso sacerdote... ¡Qué sermones, hija, qué sermones!... Os chuparíais los dedos, porque habla como un libro; pero, ¡vamos!, Dios lo llama por otro camino.

-Lo mismo (replicó la Abadesa) se puede servir al Señor en el siglo que en el claustro. El mundo ha de ser mundo.

-Crescite, et multiplicamini, et replete terram, murmuró Fermín entre dientes.

-¡Ay! (exclamó una voz casi infantil al otro lado de la reja del locutorio.) ¡Habla en latín, lo mismo que el señor Cura!...

La Comunidad no pudo contener la risa, y celebró con inocente algazara el texto bíblico, tal vez sin entenderlo, mientras María de la Paz arqueaba las cejas, tan admirada como las monjas.

-¡Aurora! (dijo la madre Abadesa.) Acércate, mujer; que el locutorio no se come a nadie. ¡Si vieras qué paz tan hermosa hay aquí dentro! Mira: el siglo nos lo ha quitado todo; pero nos ha dejado a Dios, y nada nos falta.

-Yo (contestó Aurora irguiendo su gallarda cabeza) no podría vivir dentro de esas cuatro paredes ni un solo instante. ¡Ave María, qué tristeza!...

-¡Triste! (exclamó la monja.) No, hija mía. Es verdad que aquí no hay espejos; pero nos vemos unas a otras. Si tuvieras vocación, no dirías eso.

-¡Vocación! ¡Ay, tía; Dios me perdone, pero no tengo ninguna!

-No le hagas caso a esta loca (dijo la Pacheca): tiene la cabeza a pájaros, y no sabe lo que se pesca.

-Sí lo sé (replicó Aurora), y no sería monja por nada en el mundo.

-Su Divina Majestad (añadió dulcemente la Abadesa) te destina a otra cosa; pero si alguna vez te afligen las desdichas del mundo, ríete de cuentos, hija mía, y ven, porque en esta casa, que te parece tan triste, encontrarás mucho consuelo. Y, ¡vamos!, ¿qué nos decís del robo de las alhajas de la Virgen? ¡Habéis visto qué sacrilegio tan grande! Nosotras hemos tenido tres días de rogativa para que el Señor permita que parezcan.

Nona dijo:

-Mi primo asegura que parecerán.

-No aseguro eso (replicó Fermín). No puedo asegurarlo. ¿Quién puede asegurar nada en este mundo?

Nona, como siempre, dobló la cabeza bajo el peso de las palabras pronunciadas por su primo, y apoyó la frente sobre los hierros de la reja.

-¡Hola, Madre Dolorosa! (exclamó la Abadesa, dirigiéndose a Nona.) ¿Qué cara es esa tan seria que nos trae V. esta tarde? Levanta la cabeza. ¿Por qué tienes tú que bajarla? Miren, hermanas; miren qué chica ésta, cada día tiene más cara de santica.

-Calla, mujer (replicó María de la Paz). Yo no sé qué lleva por dentro esa criatura; pero hace unos cuantos días que no es ni su sombra. Repárala bien, y verás que parece un cielo nublado.

-Ésa es la vocación, prima (contestó la Abadesa). El claustro la llama. Aquí están sus hermanas esperándola con los brazos abiertos. Ya le tenemos preparada la celda. ¿No? (preguntó, fijando su mirada apacible en los ojos de Nona.) Vaya, tu madre no te entiende, y tú tienes algo que decirme. Las monjas, hija mía, somos muy curiosas, y queremos saberlo todo. Mira tú; al fin hijas de nuestra madre Eva. Entra en el locutorio grande, y verás cuántas cosas hablamos.

El locutorio grande estaba pared por medio, y era cabalmente más pequeño que el otro; pero se le llamaba grande porque las rejas se hallaban más unidas y los hierros mucho más claros, de manera que los interlocutores se encontraban más cerca uno de otro, y la comunicación era más estrecha, más íntima. Nona no tuvo que hacer más que empujar una puerta para entrar en el locutorio grande, y cuando llegó al pie de la reja, ya estaba allí la madre Abadesa. La tía y la sobrina se encontraron frente a frente, y aun puedo decir manos a boca.

-¿Por qué no me miras?... -dijo la Abadesa.

Nona alzó los ojos.

-Así (continuó la madre). Vamos a ver: tú tienes algo.

-Sí tengo -contestó Nona.

-Pues bien: cuéntamelo todo.

-¡Todo!... ¿Hay palabras para decirlo todo? ¿Sé yo misma lo que pasa en mi alma?

-¡Hola! ¿Secretos, eh?... Niñerías. Vamos a ver: ¿qué tienes?

-Tengo un nudo en la garganta que me ahoga.

-¡Un nudo, hija mía!

-Sí, madre; y otro nudo en el corazón, que me aprieta mucho.

-Óyeme (le dijo la madre Purificación). Dios ha hecho las lágrimas para que lloremos nuestras culpas. Ábreme tu corazón. ¿Por qué lloras?

-No quisiera llorar, y lloro: le pido a Dios que seque en mis ojos estas lágrimas que salen del alma, y no las seca.

-Eso es. Dios ha de cargar siempre con la cruz de nuestras flaquezas. ¿Te parece a ti que su Divina Majestad no tiene otra cosa que hacer mas que venir con sus manos limpias y por tu bella cara, a pasarte el pañuelo por los ojos?...

-No; pero... ¡Si Dios quisiera!...

-Pero ¿qué ha de querer?... ¡Vamos!: dale tus órdenes.

-¡Madre!... Lo diré. Me parece que el mundo se me viene encima.

Movió la monja la cabeza en señal de duda; permaneció un momento pensativa, y luego se echó a reír, diciendo:

-¡Vamos!: lo de siempre... No te aflijas. El Señor no quiere votos a regañadientes, sino votos voluntarios. ¿Lo ves ahí clavado en la Cruz por nuestros pecados? Pues siempre que vengas, lo encontrarás lo mismo: con los brazos abiertos. No temas que yo me enfade. ¿Por qué he de enfadarme?... Mira: a nuestra madre Santa Teresa también le costó trabajo dejar el mundo, y ya ves si fue Santa de campanillas. Yo te diré lo que tienes en el alma, porque lo estoy viendo en tu cara.

-¿Qué tengo? -preguntó Nona con la ansiedad de quien va a leer en las oscuridades de su propio pensamiento.

-Tienes (añadió la monja), que tu vocación se ha entibiado. Tu corazón se encuentra entre el siglo y el claustro. Lloras porque quisieras ser monja, y lloras porque no quieres serlo. Es el noviciado de tu alma. ¡Vaya!: no más sollozos. Pongámoslo todo en manos de Dios. ¿Podemos hacer otra cosa?

-No, madre.

-¡Cómo que no!

-No quiero decir eso.

-Bueno, lo que quieres es que ya no piensas en ser monja. Pues bien: no hablemos más de ello.

Nona se asió con ambas manos a los hierros de la reja que la separaba de su tía, y dijo:

-Sí quiero, madre; ahora lo quiero más que nunca.

-Pues entonces (preguntó la Abadesa), ¿a qué vienen esos lagrimones?

-Vienen a que mi madre no va a querer que tome el hábito tan pronto; porque como mi hermana se casa...

-¿Tanta prisa tienes, hija mía?

-¡Oh! Sí; mucha.

-¿Por qué? Vamos a ver: ¿por qué tienes prisa?

-Porque el corazón me dice que su Divina Majestad me llama.

-Pues, mira, su Divina Majestad tendrá paciencia, porque no te corren moros. No creas que el Señor es un mozalbete, que se te va a escapar entre los dedos; así como así, es tan misericordioso, que no se cansa nunca de esperarnos. A Dios, hija mía, le gustan las cosas bien hechas, y lo que se hace deprisa sale bien muy pocas veces. Hazte cuenta de que ya eres monja, puesto que lo eres en tu corazón; el hábito y la celda vendrán después, porque ya convenceremos a tu madre. No es tan dura de cascos, que no se venga a razones. ¿Estás contenta?

-Sí.

-No te engañes a ti misma.

-No me engaño: he venido muy triste, y me voy alegre.

-Pues ahora volvámonos al otro locutorio, porque ya es tarde y la comunidad va a entrar en coro.

No pudiendo Nona besar a su tía, besó los hierros de la reja, y salió del locutorio grande. La madre Abadesa la siguió con los ojos, y cuando hubo desaparecido en la sombra de la puerta, se volvió al Cristo crucificado que adornaba la estancia, y cruzando las manos en ademán de súplica, le dijo:

-Señor, proteged su inocencia, porque me parece que el mundo ha clavado en su corazón alguna espina.

Capítulo XXIII
Drama

Sin la luna, que sabe embellecer los objetos alumbrándolos de modo que se suavicen sus imperfecciones; sin el cielo tachonado de estrellas, que obligan a los ojos de la cara a llenarse de asombro y a los ojos del alma a meterse en honduras; sin el sueño, que, cuando se satisface a pierna suelta, viene a ser un período de vacaciones que se toma el alma, hemos de convenir en que la noche no podría dar muy buena idea de su persona. Cuando ella se envuelve en su manto de color de boca de lobo, y se lanza por esos mundos asida del brazo del dolor, que es su amigo, e imponiendo silencio a casi todas las voces de la naturaleza, el ánimo más suelto y retozón se recoge un poco, dentro de sí mismo; las ideas enfadosas que durante el día pasaron no más que rozándole, se fijan en él profundamente, y la imaginación, metiéndose en el abismo de los sinsabores de la vida, si no se perturba hasta el punto de crearse fantasmas o ver visiones, logra cuando menos que el manto de la noche se
convierta lisa y llanamente en manto de tristeza.

Algo de esto ocurría en el seno de la familia de Cañizares la noche que sucedió a la tarde en que se había verificado la visita al Convento. Las sombras que habían invadido las calles produciendo una oscuridad densa como el caos, ejercían sin duda su influjo en las gentes de la casa, las cuales, contra su costumbre, se mostraban taciturnas. En el reloj muy respetable de la estancia donde se solía cenar ordinariamente habían sonado las nueve; y el bueno de D. Martín, sentado junto a la gran mesa de nogal dispuesta para recibir la cena, repasaba por tercera vez a la luz del velón, con el ceño fruncido, una carta que temblaba entre sus manos. Aquella carta era un anónimo.

Asombrada María de la Paz de que el reloj hubiera sido más exacto que su marido en dar la hora de la cena, fue a buscarle, diciéndole desde la puerta de la habitación:

-¿Pero qué es esto, Martín, tú sin dar señales de vida?

-Ahí verás, mujer (repuso Cañizares, guardando presuroso la carta, y haciendo un gran esfuerzo para serenar el semblante); estaba leyendo una cuenta que me importa mucho saldar, y se me ha ido la cabeza a pájaros. Pero tienes razón: que avisen a los muchachos para que vengan a cenar, y cenemos.

María de la Paz llamó a Marta para trasmitirle este encargo, y habiendo acudido a los pocos momentos Aurora, Nona y Fermín, toda la familia se sentó a la mesa.

Nunca decae más fácilmente la conversación que cuando se hacen esfuerzos para sostenerla. Aquellos cinco interlocutores, que se habían propuesto hablar y comer con el objeto de ocultarse unos a otros las preocupaciones de su ánimo, ni comían ni hablaban a derechas. María de la Paz, cuya vida conyugal había corrido tranquila en medio de los deberes domésticos, para el cariño y la virtud fáciles y amables, observaba inquieta a su marido, en cuyo semblante, que ella se sabía de memoria, veía algo extraordinario que no acertaba a definir, tal vez porque en aquella casa no se había albergado hasta entonces pasión alguna violenta.

En efecto: las frases que a duras penas hilvanaba D. Martín con el propósito de mostrarse jovial, según costumbre, salían de sus labios con voz casi convulsiva. Era la primera vez que en su natural, franco y leal, se hallaban en desacuerdo el corazón y los labios; y como le costaba gran trabajo dominarse, tan pronto como la cena llegó a su fin, dio las buenas noches en ademán de levantarse de la mesa, con asombro de María de la Paz, que le detuvo, diciéndole:

-Martín, ¿te vas sin rezar la oración de gracias?

-Es verdad (repuso Cañizares); se me había ido el santo al cielo.

-Pues, mira, dile a tu santo que vuelva (añadió María de la Paz), porque no parece sino que esta noche te han dado cañazo.

Rezose la oración de gracias; y aunque el sueño no quiso pesar sobre los párpados de nadie, por no cargar con la responsabilidad de la poca animación que había reinado en la mesa, empezó el desfile, y cada cual se retiró a su respectivo aposento.

Fermín, al verse en el suyo a solas con su corazón, que le decía atropelladamente una porción de cosas, no sabía, digámoslo así, a qué palo quedarse. Las figuras de Nona y Aurora alternaban en su imaginación, produciendo ambas en ella impresiones distintas, y apareciendo cada una a su vez con distintos colores siempre que pasaban. Nona, sobre todo, era la que más honda y tristemente ocupaba su atención. Revolviendo en su mente algunas circunstancias del proceso sobre las alhajas de la Virgen, su corazón y su inteligencia se sublevaban ante la idea de que Nona hubiera podido aceptar el galanteo del Diputado; en sus libros, en los discretos y honrados libros de Fermín, no se admitía fácilmente la posibilidad de un sentimiento amoroso entre el milano y la paloma. Sin embargo, no le era lícito dudar de que Nona había asistido a una cita desde la reja: además de que Marta lo había dicho claramente, la confusión de Nona cuando se hablaba, aunque sin darle en apariencia
importancia, de algo relacionado con la cita, era de ello elocuente prueba.

Estremecíase Fermín al repasar en su imaginación todos estos datos. Y cuando recordaba el envenenamiento de la perra Minerva y sus causas más que probables; cuando de la revelación de aquel secreto, tanto más de guardar cuanto que fue depositado en el seno de la familia, deducía naturalmente hasta qué extremo había llegado la fascinación de Nona, entonces el dolor, la compasión y la ira se disputaban la posesión de su pecho, y el choque de sentimientos tan encontrados estaba a punto de volverle loco.

-¡No! (exclamaba en voz alta, hablando consigo mismo); no debo permanecer más tiempo en la inacción; es preciso salvar a mi prima pronto y a todo trance del peligro que la amenaza; su tranquilidad, su decoro, la honra de la familia, que es también mi honra, lo exigen imperiosamente. Y si para ello fuera necesario atropellar toda clase de respetos; si fuera indispensable matar a ese hombre como se mata a un perro rabioso...

Una fuerte detonación de arma de fuego, disparada cerca, muy cerca de la habitación de Fermín, y que venía a ser como el eco de sus propias reflexiones, le embargó el ánimo, dejándole sin acción breves instantes.

Repuesto de su estupor, y aunque no sin sobresalto, porque presentía una desgracia terrible, salió acelerado de su aposento, y fue a parar quizás maquinalmente a la reja de la cita. Asomose a ella con afán angustioso, y a la escasa luz de un candil que temblaba en las manos del pobre Chucho, quien había salido a la callejuela al ruido del disparo, Fermín alcanzó a ver con espantados ojos un hombre tendido en el suelo, frente por frente de una de las ventanas del cuarto de Cañizares, y una mujer envuelta en su manto, la cual se alejaba precipitadamente.

-¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de esa desventurada? -exclamó con desesperado acento.

Y al volverse para acudir en auxilio de la fugitiva, se quedó inmóvil y como estático, no acertando a creer lo que estaban viendo sus ojos.

Nona y Marta se dirigían presurosas al sitio donde él se hallaba.

-¡Tú, tú! (gritó Fermín al fijar la vista en su prima.) Pues entonces... (añadió mostrando en el semblante tanta ternura como asombro): ¿quién puede ser?... ¿Quién es la que?... ¡Marta!, ¿qué significa esto?...

-Esto significa (contestó Marta tristemente), que Nona, a instancia mía, se sacrificaba por salvar a su hermana.

Fermín estrechó contra su corazón a Nona, y besando aquella casta frente, repetía con fervor: «¡Bendita seas, bendita seas!», al propio tiempo que Nona, sin desprenderse de

los brazos de su primo, y dirigiéndole una intensa mirada, tierna y suplicante, le decía con igual fervor: «¡Sálvala, Fermín; corre a salvarla!»

Fermín se echó inmediatamente a la calle, donde le cerró el paso un grupo de gente que ya rodeaba al herido.

El Diputado, pues era él, bañado en sangre, y con indicios seguros en su rostro de ser muy grave la herida, decía con acento sarcástico y dirigiendo su mirada siniestra a la ventana de Cañizares de donde había salido el tiro:

-¡Ah, señor síndico, señor síndico!...: te conozco demasiado, para no estar seguro de que este regalo a ti es a quien lo debo... ¡Vaya si te conozco!...: ni el lobo ni tu escopeta te sirvieron bien y, ¡es claro!, como hombre de recursos, te has valido ahora de mano ajena para librarte de mí y alzarte con el santo y la limosna...

Un vómito de sangre interrumpió al herido, de cuya boca empezaron a salir imprecaciones no menos sangrientas que el vómito, a punto en que llegaba el Juez.

Al verlo, brilló en los ojos del Diputado una alegría feroz, y prosiguió diciendo, como si hablara con el síndico:

-Pero... ahora, como junto a la madriguera del lobo, yo también puedo decirte: «¡Aún vivo!»... Y ahora... como entonces... tampoco te vas a quedar con la carne entre las uñas, porque... porque...

El Diputado presintió que otro vómito de sangre iba a interrumpirle de nuevo, y añadió, dirigiéndose al Juez:

-En confianza: sepa V. que el síndico es un buen devoto...: en su casa... están las alhajas de la Virgen...

Estas palabras fueron acogidas por los circunstantes con rumores de indignación; y atónitos se hallaban de haberlas escuchado, cuando se oyó clara y distinta en el interior de la casa de Cañizares la voz de María de la Paz, que gritaba angustiosamente:

-¡Fermín! ¡Nona! ¡Marta! ¡Socorro!... ¡Socorro!

Fermín y el Juez, seguidos de algunas otras personas, penetraron presurosos en la casa; y guiados por la voz desolada de la Pacheca, que seguía pidiendo auxilio, llegaron al aposento de D. Martín, casi al mismo tiempo que Nona y Marta.

D. Martín yacía en el centro de la habitación, con todos los síntomas de un accidente apoplético: María de la Paz, arrodillada junto a él y activa en medio de su dolor, a duras penas sostenía la cabeza de su marido con un brazo, mientras que se valía del otro para desabrocharle la ropa. Nona y Fermín se arrodillaron también, secundando en sus esfuerzos a María de la Paz, y prodigando ellos y todos al enfermo los remedios caseros que en semejantes casos suelen multiplicarse. Al cabo de un rato, D. Martín abrió los ojos, aunque sin fijarlos en ninguna parte, y denotando extravío en sus miradas. María de la Paz y Nona lograron con sus ternezas llamar la atención del enfermo, en cuyos ojos fue reapareciendo la razón gradualmente. Pero a medida que ésta se restablecía, D. Martín fruncía el ceño; su semblante tomaba la expresión de concentrado enojo; agitábanse sus miembros con una especie de temblor convulsivo, y moviendo los labios con dificultad, exclamaba balbuceando:

-¡Hija desnaturalizada! ¡Infame!... ¡Ah! Si mi escopeta hubiera tenido más de un tiro...

Y como reparara que María de la Paz hacía ademán de interrumpirle:

-No...; no me hables en favor suyo (añadió violentamente). ¡Es el baldón de la familia!... ¡No quiero verla!... ¡No quiero que vuelva a entrar en esta casa!... La rechazo..., la mal...

-¡Martín, Martín!, ¿qué vas a hacer? (gritó María de la Paz, poniéndole la mano en la boca.) ¡¡¡Es tu hija!!!...

Aquel grito maternal que llevaba en sí la mayor de las elocuencias, paralizó la cólera de don Martín, quien, abriendo los brazos, estrechó fuertemente en ellos a María de la Paz, y se confundieron sus lágrimas y sus sollozos.

A los pocos momentos, María de la Paz, sintiendo que su marido dejaba de estrecharla, se desprendió de él para observar su semblante, exhaló un quejido, y ambos cayeron en brazos de Fermín y Nona: él sin vida, María de la Paz postrada por el dolor, y exclamando con los ojos elevados al cielo:

-¡Dios mío, amparadle y amparadme!...

Los circunstantes se postraron de rodillas, y el Juez, abriendo una esquela que acababa de llegar del Convento dirigida al difunto, leyó en voz alta lo que sigue: «Tranquilizaos: Aurora está aquí.»

Aurora, la hermosa y altiva Aurora, que aquella misma tarde casi había hecho befa del claustro, a las pocas horas vio en él su único refugio.

Su soberbia humillada había tenido la suerte de tropezar con la fe, y, véase lo que son las cosas: una ciega era quien la llevaba por buen camino.

Regla general: los corazones duros, cuando la desdicha los coge en sus manos, se ablandan.

FIN